No temas la oscuridad, hazlo de la luz.

LUCES TENEBROSAS

CRAYSON DREADS

GRAYSON DREADS

LUCES TENEBROSAS

Título inglés:

DARK LIGHTS



Mientras respiro, espero.

1

Que la lluvia azotara la ciudad como hacía años nadie recordaba no iba a arruinar los planes de Owen Reed y su equipo. Bajo aquella tromba de agua, un par de coches policiales recorría las calles de la capital del estado a mayor velocidad que cualquier otro agente de la ley, por urgente que hubiera sido la incidencia recibida. Los limpiaparabrisas se movían de un lado a otro con una rapidísima cadencia de barrido para ayudar a que, en uno, el inspector Samuel Canfield y, en el otro, el sargento Wayne Rutherford tuvieran la máxima visibilidad posible. Pericia para no chocar; de eso iban sobrados. De suerte, todavía estaba por ver. Todo policía, de alguna forma u otra, siempre se encomendaba a la diosa Fortuna, pues enfrentarse al crimen, por bien instruido que se estuviera, implicaba tratar, hasta cierto punto, con el azar. Pero aquella intervención iba más allá. No bastaba con sus aptitudes físicas ni con sus conocimientos policiales. Ni siquiera un golpe favorable del destino. Precisaban de algo más contundente, como la ayuda de Dios.

En lo referente a la conducción, esa asistencia divina, a buen seguro, no provendría la luz. Desde luego que no. No al menos que la brigada capitaneada por Reed esperara al amanecer, y para ello quedaban más de diez horas. ¡Si ni siquiera contaban con diez minutos! El aviso había llegado de noche, muy a su pesar. Actuar de la oscuridad siempre implicaba mayor riesgo. En carretera, se guiaban gracias a los faros de los dos Chevrolet Caprice en los que viajaban. Y también a las farolas estratégicamente colocadas por el ayuntamiento a lo largo de la urbe, por supuesto. Las luces estroboscópicas

posicionadas en el techo de los vehículos avisaban a los escasos urbanitas que transitaban a motor a aquellas horas intempestivas de un segundo miércoles de febrero de dejar vía libre a los vehículos policiales. Los destellos rojos y azules impregnaban muy fugazmente cada fachada humedecida, cada calzada encharcada mientras las sirenas estridentes rompían el sosiego nocturno.

Pronto el equipo policial liderado por el comisario Reed atravesó el puente de la calle Gervais sobre el río Congaree y se adentró en una zona industrial. Los dos coches blancos y negros iniciaron un recorrido laberíntico a través de las calles de aquel polígono, compuesto por construcciones de líneas rectas y tonos grises.

–Central, ¿me recibe? –tanteó Reed.

–Aquí central –contestó una operadora a través del micrófono.

–Al habla el comisario Reed. Mantenga a la espera a todas las unidades de la zona. No deje que intervengan. ¿Me copia?

El comisario retiró el dedo pulgar del botón que le permitía comunicarse con la centralita, pero la respuesta no se produjo al instante. Aquella tardanza lo intranquilizó a más no poder. Y es que estaba tan claro como el agua torrencial que caía sobre la desangelada urbe que a la encargada de gestionar la información le estaban sobreviniendo dudas acerca de las instrucciones recibidas. Reed, por su parte, y para no parecer un charlatán irrespetuoso, esperó, impaciente, una réplica a su favor…

–Recibido, dos, tres, nueve. Todas las unidades a la espera hasta nuevo aviso.

–¿Qué pretende, jefe? –preguntó el inspector Canfield, que debido a la frenética conducción en la que se veía envuelto, junto a las circunstancias climatológicas adversas, no pudo siquiera girar levemente su cabeza a la derecha para echar un vistazo al asiento del acompañante.

La oficial Lesly Alvarado, desde las plazas traseras, se fijó en las arrugas que se acababan de marcar en el entrecejo de Canfield. Al no haber respuesta por parte del superior al mando, intervino:

–Sí, jefe. Este no es el procedimiento habitual.

–Lo sé, Lesly. No hace falta que me recuerdes el manual… Llevamos más de cuatro años detrás de ese malnacido. No quiero que siga matando gente. Esta vez lo haremos a nuestra manera. No podemos permitirnos más errores, ¿de acuerdo?

La oficial Alvarado se mojó los labios con la punta de la lengua y asintió con la convicción propia de un devoto. El conductor, que echó una mirada a su compañera a través del retrovisor interior, sonrió de medio lado y siguió conduciendo con la misma celeridad que lo había estado haciendo hasta el momento.

Después de dejar atrás una fábrica de confección de ropa, Reed señaló a una bocacalle tan oscura como la entrada al reino de las tinieblas y pronunció:

–¡Frena! ¡Es ahí!

Los dos Chevrolet Caprice se detuvieron a un lado de la calzada. Las bocas de tormenta apenas podían llevar a cabo su función y, por ello, durante aquel proceso de estacionamiento apresurado, la masa de agua acumulada a ese lado de la vía se elevó como un tsunami. Las puertas de los dos vehículos se abrieron sin apenas dar tiempo a que los rugidos de ambos motores quedaran ahogados en la densa lluvia nocturna. Del primer coche policial se bajó el comisario Owen Reed, el inspector Samuel Canfield y la oficial Lesly Alvarado; del segundo lo hizo el forense Kenneth Barnett y el matrimonio formado por el sargento Wayne Rutherford y la inspectora Elizabeth Rutherford. Esposo y esposa, uno con pelo negro y rapado, la otra con melena rubio hasta los hombros. Él con bigote ancho, empapado y, por ende, caído hasta el punto de taparle el labio superior; ella con un surco estético y placentero a la vista.

Resuelto como él solo, Canfield se dirigió al maletero del coche y lo abrió con la misma presteza con la que acababa de aparcar. Sacó tantos chalecos antibalas como policías se encontraban allí. Empapados de pies a cabeza, cada uno se puso el suyo alrededor del torso y se lo abrochó. El sargento Rutherford no tardó en sacar del otro vehículo, el que le había tocado manejar a él, unos cuantos ponchos impermeables. Los repartió entre sus compañeros. Todos los presentes se pusieron los chubasqueros negros largos y finos y

desenfundaron sus respectivas armas reglamentarias. Y esperaron algún tipo de orden por parte del hombre al mando del equipo. Este, sin embargo, simplemente corrió bajo la lluvia hasta el final de la fachada frente a la que habían estacionado. Pegado a la esquina de aquella construcción sombría, como si fuera un elemento del mobiliario urbano más, y asomando solo la mitad de la cabeza para vigilar aquello que había al otro lado de la calle, aguardaba el oficial Justus Theodore Clark. En la oscuridad de la noche, bajo el inexistente alumbrado público de la zona, y a pesar de las proporciones de aquel jayán, lo único que llegó a percibir el comisario Reed con total claridad fueron las escleróticas de su confidente. Al blanco de los ojos le siguió el marfil de sus dientes:

–Le seguí hasta aquí. Debe de ser su escondite.

–Bien hecho, J.T. ¿Alguien más? ¿Algún suceso fuera de lo común?

El agente de policía afroamericano de gran envergadura negó con la cabeza.

–De acuerdo. Ahora ve a la otra punta del edificio y encárgate de cubrir la parte trasera. Si ese hijo de perra intenta escapar, no podrá contigo.

–No me sobrestime, jefe. Ese tipo es tan grande como yo.

–Ese tipo no tiene la mitad de huevos que tú. Por eso eres uno de mis mejores hombres.

El oficial Clark sonrió de medio lado y, camuflado en las sombras gracias a su chubasquero azul marino y su piel oscura, emprendió el trayecto hacia la parte trasera de aquella fábrica en la que, en teoría, se ocultaba el asesino del que había tenido la suerte de encontrar el rastro.

Junto a los vehículos policiales, el sargento Rutherford observaba fijamente a su mujer. Contrariada, ella preguntó:

–¿Qué ocurre?

–Nada… Es solo que te recordaba más rubia.

Elizabeth frunció el ceño por un momento, pero eso solo duró el tiempo que tardó en agarrarse las puntas de su propio cabello y levantarlas un poco para poder echarlas un vistazo. Efectivamente, la

abundante humedad había oscurecido el rubio natural de su media melena. Debido a ello, expresó:

–Espero que no más joven.

–Te endurece los rasgos… y eso es algo que… Bueno, ya sabes… No me importaría que intercambiáramos mandos por un rato…

–No es momento para bromas, Wayne. Pero te prometo que si detenemos a ese cabrón, lo celebraremos como Dios manda… tú y yo. –Elizabeth guiñó un ojo a su marido, lo besó y le dijo al oído–: Con esposas incluidas.

–Eh, tortolitos… ¿Habéis acabado ya? –pronunció Reed mientras posaba las manos en uno y otro hombro de la pareja y ponía fin a aquella serie de confidencias–. Quince años casados y todavía actuáis como recién entrados a la academia.

–Agradece este entusiasmo propio de cadetes. Sin él no te seguiríamos incondicionalmente.

A Reed se le escapó una sonrisa. La lluvia seguía cayendo con todo el poder de la naturaleza y apenas podían mirarse los unos a los otros. Aun así, y con las cejas superpobladas de gotas de lluvia, el comisario mandó:

–He enviado a J.T. a cubrir la parte trasera. Sam, Wayne, Lesly y yo entraremos en el edifico.

Reed se veía forzado a mantener un tono elevado, pues de otra forma su voz se vería sobrepasada por el continuo y resonante impacto del agua contra el pavimento y la chapa de los capós de los vehículos policiales.

–¿Qué hay de nosotros? –demandó la inspectora Rutherford al tiempo que realizaba un movimiento discreto con el que englobaba a Barnett y a ella.

–Te veo impaciente. Demasiado impaciente.

La inspectora Rutherford asintió, pero no pudo contener un pequeño resoplido. Después, expresó:

–No sé por qué me da que no me va a gustar lo que vas a decir…

–Vosotros dos esperad aquí.

–¿Quieres que deje a mi marido entrar sin mí? Ni en el peor de mis sueños.

–¿Eres consciente de que esto lo ha hecho ya mil veces?

–No delante de mí.

–Por supuesto. Eres de la científica, ¿recuerdas?

–No voy a dejarle. Y menos con un tipo tan peligroso como la Sombra.

–Eres una gran inspectora, pero tu campo no es el de meterte en la boca del lobo. La experiencia es un grado, y Wayne está más que acostumbrado.

–Venga, Elizabeth, ¿no querrás perder ese estupendo tono de pelo? –bromeó el policía mencionado mientras apretaba con suavidad el antebrazo de su mujer–. Si entras, se te secará.

Elizabeth observó a través de la lluvia a Wayne.

–Además, alguien debe encargarse de la vigilancia de la entrada principal –comentó el comisario Reed–. Ese tipo puede tener un as debajo de la manga. Y no podemos permitirnos que huya, maldita sea.

La inspectora Rutherford meneó la cabeza, como si en su cerebro se estuviera produciendo una lucha encarnizada entre dos ideas contrapuestas. Cuando consiguió apaciguar su enfrentamiento interior, a juzgar por la quietud de su cuello, respondió:

–Está bien, Owen.

–De acuerdo, entonces. –El hombre al mando del equipo policial se giró hacia Barnett y añadió–: Tú aguarda en los coches. Mantenlos en marcha, por si nos toca echar mano de ellos. Y, por favor, no dejes que nadie acceda a menos que las cosas se pongan realmente feas.

Todos los integrantes de aquel equipo encargado de dar caza a un asesino en serie se dirigieron a sus posiciones. El forense Barnett abrió uno de los coches y se refugió en el interior. La lluvia concedió una relativa tregua a su sentido del oído; no así al del resto de sus compañeros, que debían aguantar estoicamente bajo la peor tormenta que se recordaba en años. La inspectora Rutherford esperó en la acera de enfrente de la fábrica en la que se suponía que se encontraba el hombre al que debían detener. Observó atentamente cómo el resto del

equipo se aproximaba a la entrada principal del edificio. Allí, los cuatro policías se posicionaron por parejas, cada una de ellas a un lado de la abertura. Reed y Rutherford a un lado; Canfield y Alvarado al otro. Sin esperar más, el comisario tanteó el estado de la puerta, y descubrió que se encontraba cerrada por dentro. Le hizo una señal al inspector Canfield con la cabeza. En cuanto el policía de treinta y un años se puso a la altura de su superior, los dos hombres se miraron mutuamente por un momento. La oficial Alvarado amartilló su arma de fuego; estaba lista.

–¡Ahora! –exhortó Reed.

De una patada enérgica, la pareja de policías abrió la puerta. Dejaron vía libre. Alvarado entró la primera con su escopeta de cañón corto apuntando al frente. Pegado a ella, ingresó en el lugar el sargento Rutherford, con su pistola reglamentaria en una mano y una linterna en la otra. Intentó alumbrar aquel inabarcable espacio.

Tan pronto como Canfield y Reed accedieron al recinto, los dos policías, también con una linterna cada uno, ayudaron a iluminar la zona y cubrieron a sus compañeros gracias a sus revólveres. ¡Que bajara Dios y lo viera si allí vivía alguien! El polvo inundaba cada metro cuadrado de aquella fábrica. Abandonada, por supuesto. Pero, si todo era como les había indicado el oficial Clark, ahora había un «inquilino» transitorio, y no uno cualquiera. Normalmente, amedrentar a los vagabundos y a los toxicómanos resultaba una tarea fácil cuando se contaba con una placa y un arma de fuego. El hombre al que tenían que enfrentarse, en cambio, jamás había mostrado un ápice de misericordia y todas sus actuaciones habían sido extremadamente violentas, ya fuera con sus víctimas o contra la policía. La sangre y la muerte lo animaban a seguir adelante; no las sustancias estupefacientes ni el afán por encontrar un refugio en el que resguardarse.

–Sam, Lesly, subid a la planta de arriba –ordenó el comisario Reed–. Wayne y yo inspeccionaremos la parte de abajo.

Por las dimensiones del edificio, mucho más extenso que alto, este seguramente solo contaba con un par de plantas. Quizás tres, a lo sumo, o eso al menos era algo que Reed había conjeturado antes de

acceder al recinto. Siguiendo sus órdenes, la oficial Alvarado y el inspector Canfield buscaron la forma de acceder a la planta de arriba. Un montacargas pronto les llamó la atención, pero la falta de corriente les imposibilitó hacer uso de él. Allí dentro parecía que la lluvia hubiera cesado en el exterior; no obstante, la calma, la tensa calma, se sentía mil veces más amenazadora que el más salvaje de los diluvios. Se dirigieron a través de la penumbra hacia la zona más allá del montacargas. Si había un ascensor, también tenían que estar allí unas escaleras. No tardaron en encontrarlas.

Si la planta de abajo estaba abarrotada de máquinas, arriba la totalidad de departamentos consistían en despachos desprovistos de cualquier tipo de documentación y salas repletas de maniquís. Demasiados lugares a inspeccionar para únicamente un par de policías. Ello obligó a Alvarado y Canfield a tomar direcciones diferentes, incluso con el inconveniente de que ella no poseía iluminación artificial en la que apoyarse. La potencia de su arma compensaba la reducida visión, por otra parte.

La suerte fue a parar a manos de la oficial Alvarado, pues, guiada como un insecto por la luz brillante de un farol en la noche, encontró a una joven tendida en el suelo. Bajo aquel cuerpo frágil y desnudo, que apenas rondaría la mayoría de edad, se apreciaba una circunferencia carmesí con una estrella de cinco puntas encajada en el interior. No cabía demasiada duda: todo apuntaba a que se trataba de la propia sangre de la víctima. Un foco de obra enchufado a una pequeña batería le ofreció tal visión. Tan inerte como los armazones de madera destinados arreglar y exhibir las prendas que algún día se fabricaron en la planta inferior, a aquella muchacha la habían asesinado, presuntamente, con un par de objetos metálicos abandonados a un solo par de pasos de ella.

Alvarado se aproximó a los dos de instrumentos cortantes. No era cuchillos, sino más bien algo parecido a material quirúrgico. Usó la mano izquierda para tocarlos, y al momento descubrió que la sangre no estaba coagulada. Quizá algo tibia todavía. Se levantó como un resorte y aproximó la culata de la escopeta de cañón corto a su hombro. Preparada la acción, giró sobre sí misma con el corazón

bombeándole toda la sangre contenida en su sistema circulatorio. Debía de estar allí… ¡Por Dios, claro que lo estaba! ¿¡Pero dónde!? La luz fría de la lámpara eléctrica montada en el trípode era tan dura como el semblante de la oficial Alvarado, cuyo tono de piel tostado ya casi se asemejaba al de la chica que yacía frente a ella. Ese hecho provocaba que, más allá de las partículas luminosas incidentes sobre el cadáver, resultara sumamente ardua la tarea de discernir cualquier detalle por el resto del habitáculo.

De entre las sombras empezó a surgir una figura a retaguardia de Alvarado, tan silenciosa que a la oficial de policía le pasó desapercibida. El tamaño de aquella silueta se engrandecía, más y más, a medida que se acercaba a ella. En uno de los movimientos del responsable de aquel imponente perfil, al contacto de la suela del zapato con el suelo, y pesar de los aparentes esfuerzos por ser lo más silencioso posible, un leve sonido puso en alerta a la oficial de origen latino. Se dio la vuela, dispuesta a disparar, pero aquella persona ya estaba tan cerca de ella que logró agarrarla por los antebrazos y retener su movimiento. El arma se disparó igualmente, y los perdigones impactaron en alguna parte del techo. Fragmentos de cemento cayeron sobre la adolescente asesinada. Y, entonces, lo pudo ver. Alvarado pudo ver de lleno a la Sombra. Por muchas reuniones a las que hubiera asistido y en las que le habían mostrado informes policiales detallados con fotos del asesino al que tenía la misión de detener, aquel hombre era mucho más alto de lo que nunca se hubiera imaginado. Si bien es cierto que ella era una mujer de estatura baja y, a su lado, cualquiera daba la impresión de ser algo más alto, en el caso de la Sombra aquello era un hecho constatado. Parecía sacado de un equipo de baloncesto. Sobrepasaba los dos metros tranquilamente. Alvarado tuvo que elevar el mentón todo lo que le permitieron las vértebras del cuello. El hecho de que fuera un tipo más bien tirando a delgado no hacía otra cosa que pronunciar su exagerada estatura. Tenía una larga melena, algo ondulada, tan negra como el ropaje que lo cubría de arriba abajo.

—¡Alto!

El hombre hizo caso omiso a la orden efectuada por la oficial

Alvarado. De hecho, se abalanzó sobre ella. Los dos cayeron al suelo. La agente de policía presionó nuevamente gatillo de su escopeta; sin embargo, la Sombra dio tal manotazo al arma de cañón corto que esta salió volando hasta perderse en la negrura. Y, entonces, el asesino de gran estatura clavó un puñal a su rival. La sangre comenzó a manar por la hendidura en el hombro de Alvarado. Mientras el rojo impregnaba su uniforme azul marino Alvarado fue espectadora de primera fila del rostro del hombre que acababa de sacrificar a una inocente. Lo miró a los ojos, unos ojos inyectados en sangre y en donde las pupilas se habían apoderado de cualquier tipo de color, si es que lo había. Fuera cual fuera la droga que había consumido aquel hombre despiadado, estaba más que claro que aumentaba su, ya de por sí, excepcional fuerza.

–¡¡Lesly!!

La Sombra dio un puñetazo a la oficial Alvarado en la cara y huyó del lugar. En seguida, el inspector Canfield entró en el departamento donde se había producido el forcejeo entre policía y asesino a la voz de:

–¿¡Qué ha sido ese disparo!?

–Ayuda…

En primera instancia, Canfield se quedó impactado por las imágenes que colaron en sus retinas. Tan pronto como pudo despegar sus ojos de la adolescente sacrificada, llevó su mirada hacia su compañera.

–Lesly… No…

–Me ha pillado por sorpresa –explicó ella, entre jadeos.

El inspector de policía de treinta y un se aproximó la policía apuñalada. La ayudó a incorporar el tronco y evitó así que la sangre siguiera brotando con la intensidad con la que lo estaba haciendo. Presionó con una mano la herida.

–Tranquila…

El comisario Reed y el sargento Rutherford llegaron al lugar en poco menos de veinte segundos, uno detrás del otro. Se mantuvieron bajo el umbral de la puerta, agarrados al marco, analizando la situación.

–¿Estás bien? –preguntó Reed a su subordinada de origen latino.

–No parece que haya alcanzado ningún órgano vital –contestó Canfield antes de que la oficial herida pudiera responder.

–Lo hemos perdido, jefe… Salió corriendo… Ese tipo es la misma muerte… –articuló ella.

El repentino sonido de un cristal al romperse en varios intentos alarmó a los cuatro policías. Todos giraron las cabezas en dirección a la procedencia de aquella serie de golpes.

–Quédate con ella y pide asistencia sanitaria –ordenó Reed a Canfield. Acto seguido, dio una palmada en el hombro a Rutherford e indicó–: Vamos a por él.

El sargento Rutherford y el comisario Reed corrieron a lo largo de un pasillo oscuro con ayuda de sus linternas. Siempre con sus armas reglamentarias apuntando al frente. Cuando llegaron a una sala totalmente invadida de trastos y pequeña maquinaria, todo ello tapado con plásticos para prevenirlo del polvo, distinguieron una ventana por la que entraba sin remedio el agua de la tormenta que estaba azotando la ciudad. El viento intruso se encargaba de que aquellas películas de protección transparentes emitieran un ruido tan molesto como incesante. Primero respiraron hondo y, después, los dos policías dirigieron los haces de luz de sus linternas hacia la ventana. Efectivamente, como les había indicado el sonido advertido durante el encuentro con una lacerada oficial, aquella abertura, aunque cerrada, estaba desprovista de vidrio. Los restos descansaban en el piso, justo en las inmediaciones, en decenas de pedazos irregulares.

Reed se asomó por la ventana y enseguida vio a la Sombra terminando de bajar por las escaleras de incendio. El comisario efectuó un disparo, pero este impactó en una de las barandillas de la estructura. Aquel tiro provocó que el asesino a la fuga se detuviera y mirara hacia arriba, en dirección a la abertura que él mismo se había encargado de abrir por medio de la fuerza.

–¡Policía! ¡Deténgase!

Al contrario que la detonación, las palabras del comisario Reed no ocasionaron ninguna reacción en el destinatario. La Sombra se dio

media vuelta y prosiguió con su fuga. Al instante, se vio forzado a pararse en seco.

–¡Alto! –El oficial Clark se encontraba allí, en la parte trasera de aquella fábrica abandonada, a la espera, como le había ordenado su superior. Apuntaba con su arma al asesino.

Aquellos dos hombres eran inmensos, dos titanes frente a frente; si bien, y aunque por poco, el oficial Clark ganaba en volumen y la Sombra en altura. Uno con su chubasquero azul marino y de piel bruna; el otro con vestimenta negra sobre la que caía una melena del color de la noche. Entre la lluvia, aquellos dos hombres parecían más bien dos mastodónticas parcas un busca del dominio de todas las almas de la Tierra.

El comisario Reed y el sargento Rutherford, que ya habían logrado sacar sus cuerpos fuera del edificio, se mantenían expectantes. La lluvia volvía a calarlos de pies a cabeza; los truenos retumbaban otra vez de pleno en sus tímpanos.

–No te muevas. Estás detenido –advirtió Clark al asesino de más de dos metros de estatura.

–¿O qué? ¿Dispararás?

–No me hace falta presionar un gatillo para acabar contigo. Pero lo haré si es necesario.

La Sombra elevó el mentón y observó por un momento al par de policías situados en el descansillo superior de la escalera de incendios. A continuación, se quedó mirando muy fijamente al oficial de origen afroamericano. Tras un par de segundos, pronunció:

–Está bien… Vosotros ganáis.

Sin dejar de dirigir el cañón de su pistola hacia el hombre sobre el que tenía la misión de poner entre rejas, Clark estudió cada leve movimiento que pudo distinguir bajo aquella cortina de agua. La Sombra subió los brazos muy lentamente. Cuando los tuvo en alto, con las palmas al frente, abrió el puño y dejó caer el arma de acero de doble hoja con el que había apuñalado a la oficial Alvarado. Justo en el instante en el que el puñal chocó contra el suelo, la Sombra echó a correr hacia Clark. El oficial de policía efectuó un disparo, el cual impactó de lleno en el pecho del asesino. Aun así, y como si en vez de

humano se tratara de alguien resurgido de entre los muertos, el hombre sobre el que se acababa de incrustar una bala prosiguió con su embestida. Se abalanzó sobre Clark con el hombro derecho por delante. Lo golpeó de tal forma que el voluminoso policía cayó al pavimento encharcado. La mala fortuna provocó que el arma volviera a detonarse, esta vez de forma involuntaria, pues el proyectil perforó uno de los muslos del oficial.

Tanto los pies de Reed como los de Rutherford acaban de pasar del resbaladizo metal de los peldaños al algo más poroso pavimento de la calle. La pareja de policías había comenzado el descenso por la escalera de incendios nada más ver cómo la Sombra llevaba a cabo aquella artimaña, la cual había acabado en una huida a través de la calle adyacente.

–¡Maldición! –se quejó el sargento.

–No os preocupéis, es solo la pierna. ¡Daros prisa o perderemos a ese hijo de puta!

–Ya lo has oído. –El hombre al mando dio un pequeño golpe con el dorso de la mano en el hombro a Rutherford.

Comisario y sargento se adentraron en la calle por la que acababa de escapar la Sombra. La densa lluvia y la oscuridad ligada a la noche más cerrada impedían realizar una inspección eficaz.

–¿¡Dónde ha ido!?

–¡Joder, Wayne, no podemos dejarle escapar! ¡No esta vez! Sigue recto, yo tiraré por este callejón.

Como así se lo había ordenado su superior, el sargento Rutherford continuó avanzando. Pronto tanto su silueta como el sonido de sus pasos se desvanecieron en la oscuridad. Reed, por su parte, se adentró por un paso estrecho que se hallaba a poco más de diez pasos del punto en el que se había separado de su compañero.

A aquel callejón lo bañaba el resplandor ceroso de un par de farolas de luz exánime ancladas a una de las fachadas. El comisario de policía avanzó con la misma cautela que un gato a punto de llevarse al hocico un bocado ajeno. Un contenedor, un solo contenedor de basura, de grandes dimensiones, parecía ser el único residente de ese callejón mal iluminado. Reed extremó la precaución, pero, pese a sus

esfuerzos por no ser cogido desprevenido, como un rayo fulminante, el hombre al que buscaba salió de detrás del contenedor y lo golpeó. Al comisario se le escapó la pistola de las manos. El arma voló hasta caer al suelo. Se coló debajo del contenedor. Ante la disyuntiva de ir en busca de la pistola o reducir en el acto a su perseguidor, la Sombra optó por la segunda. Así, asestó un golpe en el costado de Reed, lo que obligó a este a doblar el tronco y expeler un quejido ronco.

–No puedes matarme.

–Tampoco lo pretendo… –contestó, entre jadeos, el comisario, quien, disimuladamente, y aprovechando su postura encorvada, dejó asomar un bastón extensible de algún bolsillo situado a la altura de la cadera–. Eso tendrá que decidirlo un jurado.

–Yo, en cambio, sí que puedo decidir –sentenció el asesino en serie.

Como un relámpago venido de aquel cielo castigador, el comisario Reed terminó de sacar de entre su pantalón y más allá del chubasquero el bastón extensible. Lo dirigió con desmedido ímpetu sobre su adversario. El impacto se produjo a la altura de la rodilla de aquel criminal de más de dos metros, y al que el dolor le hizo inclinarse sobre la pierna ilesa. Entonces, Reed ejecutó un movimiento de brazos ascendente en el que usó ambas manos para asir el bastón policial de acero. Golpeó, sin ninguna continencia, a la Sombra en la mandíbula. La inercia del retroceso llevó al asesino con ropajes negros a darse de espaldas contra el contenedor de basura. La Sombra cayó de culo al suelo y, consciente de adónde había ido a parar la pistola del policía momentos antes, palpó dentro del hueco que existía entre el pavimento y la parte más baja de aquel gran recipiente metálico y anguloso. Agarró el revólver con pulso y dirigió el cañón hacia el policía.

Reed se mantuvo estático, calmado por fuera, pero inquieto en lo más profundo de su ser. Tal vez lo más práctico hubiera sido buscar alguna estratagema con la que ganar algo de tiempo; sin embargo, sabía, por toda la experiencia acumulada a través de los años en los que había intentado dar caza al asesino que se encontraba ante él, que el *modus operandi* de la Sombra frente a la ley era tan diligente como

la picadura de un escorpión. La imagen de su mujer e hijo le sobrevino mientras una incipiente gota salada, que no tardó más de un soplo en fundirse con las decenas de gotas de agua destilada que encharcaban sus párpados, brotaba de uno de sus lagrimales. Era el momento más tenso de todo su historial policial…

¡Bang!

Un espasmo de apenas medio segundo sacudió de pies a cabeza el cuerpo de Reed. Se palpó a sí mismo; se observó con exagerado pasmo. La integridad física del comisario seguía indemne. Este introdujo el aire húmedo del ambiente de forma anhelosa, tratando de recobrar, con cada una de las respiraciones, un estado de relativo sosiego. El comisario miró a su derecha y vislumbró entre los efectos de aquella violenta perturbación atmosférica a su compañera de pelo rubio. La inspectora Rutherford mantenía la pistola en alto, apuntando en dirección a la Sombra. Apresuradamente, Reed dirigió su mirada hacia el hombre que había estado a punto de matarlo y vio cómo la bala se había introducido en el hombro izquierdo del susodicho. Corrió con premura extrema y, de una patada, hizo que su pistola se escabullera de las garras de la Sombra y se deslizara por el pavimento hasta alejarse lo bastante como para no poder ser alcanzada.

–Te dije que esperaras. ¿¡Qué se supone que haces aquí!?

–Intentar proteger de algún modo a mi marido, pero ya veo que no era él el que necesitaba mi ayuda.

Rutherford se acercó a los dos hombres. A pesar de que la incesante lluvia desdibujaba cualquier tipo de detalle, Reed la miró muy fijamente a los ojos. Los músculos de su rostro se destensaron y, así, aunque imborrables, las arrugas en él se tornaron menos profundas que de costumbre.

–Tú amigo no fue capaz de quitarme la vida y tú tampoco lo serás –habló el hombre que había visto truncado su intento de homicidio contra un agente de la ley–. No se puede acabar con un fantasma.

Los pliegues en la cara del comisario Reed volvieron a su estado natural, en el que la preocupación residía.

–Los fantasmas levitan… –contestó Rutherford con

determinación–. Y tú, además de usar tus pies para huir, sangras. Los chalecos antibalas no tapan los brazos, ¿cierto?

Aquel razonamiento, tan incuestionable como la palabra de Dios para un creyente, engendró un gesto de profundo desprecio que la Sombra dedicó a la inspectora de policía.

2

–¡Hombre muerto en camino! –avisó uno de los guardias.

Sujeto de pies y manos gracias a unos grilletes, la Sombra caminaba en silencio a lo largo de un pasillo revestido de linóleo verde. Parecía concentrado; más que nervioso o preocupado. Lo escoltaban cuatro funcionarios públicos de la prisión federal en la que había sido recluido hasta el momento. Ni siquiera el zapateo de las botas de los guardias, que resonaba como tambores militares en las paredes del color de la lima de aquel corredor de la muerte, consiguió sacarle de su estado meditabundo. La cabellera negra y ondulada de la que había hecho gala durante todo su historial delictivo ahora formaba parte del pasado. Pálida como el pelaje de una rata albina, en la piel de su cráneo se iban reflejando los fluorescentes situados a lo largo de todo aquel espacio estrecho a medida que avanzaba.

Pronto el sentenciado a muerte llegó a la sala en donde aguardaba la máquina que ponía en práctica la pena capital. El lugar era tan frío o más que el pasillo que conducía hasta allí, algo a lo que ayudaban los tonos grises predominantes. Los cuatro guardias acercaron a la Sombra hasta la silla eléctrica y, ahí, le obligaron a sentarse. Tras retirarle los grilletes, lo ataron de pies y manos con las correas adosadas a los reposabrazos y patas de la máquina, y le colocaron en la parte superior de la cabeza una esponja mojada y el electrodo a través del cual tendría que circular la corriente eléctrica. Otro electrodo, situado en una de las piernas, terminaría de cumplir la función para la que estaba diseñada aquel asiento.

El alcaide, que había permanecido en un segundo plano hasta

el momento, dio un par de pasos al frente y se posicionó a un lado del condenado a muerte. La Sombra lo miró de reojo. A su vez, una cortina se descorrió y mostró una gran mampara que iba de lado a lado del recinto y desde el techo hasta el suelo. Al otro lado del cristal, sentados en sillas individuales, se encontraban una treintena de personas, entre ellos, además de un par de familiares directos de cada uno de los asesinados y unos pocos representantes de la Administración, tres periodistas de los principales medios de prensa del condado con el cometido de documentar el suceso (entre ellos, uno con una Nikon). Cada uno de los *flashes* ligados a las instantáneas efectuadas por la persona encargada de reportar en imágenes el suceso para el *The State* bañaban de forma fugaz aquel recinto, pero no fugazmente como cuerpos celestes moviéndose a gran velocidad por la atmósfera sino más bien como los relámpagos de la más amenazadora de las tormentas. Junto a familiares, periodistas y representantes gubernamentales se encontraba el equipo del comisario Reed al completo, el mismo equipo que se había encargado de que aquella silla estuviera a punto de acabar con la vida de la quinta persona condenada a muerte por electrocución en el estado de Carolina del Sur.

Pero entre todos aquellos asistentes se hallaban tres personas de inconmensurable importancia en la vida del comisario: su padre, su mujer, y su hijo, un bebé de once meses. Si Hubert, Amanda y Devin, como así se llamaban respectivamente, estaban siendo testigos de la ejecución que se estaba llevando a cabo, no era por decisión propia. Los tres miembros de la familia serían, una vez ajusticiado el asesino en serie, acompañantes de honor de Reed en un acto a las afueras de la prisión en donde se lo condecoraría junto al resto de su equipo, con la consecuente cobertura mediática de los periódicos locales y estatales.

–Robert Colton Black, ha sido sentenciado a muerte por el asesinato de Jeremy Dillon el trece de mayo de mil novecientos ochenta –explicó el funcionario de prisiones a cargo del control de la cárcel en la que se estaba desarrollando aquella ejecución.

–¡Ojalá te pudras en el infierno, malnacido!

Aquel insulto había provenido desde una de las sillas de los asistentes a la ejecución; más en concreto, de la madre de la víctima citada. En consecuencia, un policía uniformado se acercó a la mujer y le pidió con suma amabilidad que se contuviera y mantuviera la calma.

El párpado izquierdo de la Sombra empezó a abrirse y cerrarse muy rápidamente, casi más como un tic que como algo intencionado. Sin darle la más mínima importancia a ese detalle, la persona con la potestad para dictar resoluciones continuó:

–Así como de las hermanas Rebeca y Lucinda Rodrigues, el veinte de enero de mil novecientos ochenta y uno, Christine Johnson, el cinco de agosto de ese mismo año; Aaron Paul Allen, el nueve de marzo del ochenta y tres; y, finalmente, Erica Carsile, el veintiséis de abril de mil novecientos ochenta y cuatro.

Consciente o inconscientemente, la Sombra siguió guiñando el ojo de manera incesante.

–Tiene la oportunidad de hacer una declaración antes de proceder con su ejecución si así lo desea –explicó el alcaide.

El mutismo se apoderó de aquella sala aséptica, tanto a un lado como al otro de la pantalla de cristal que separaba al ejecutado de los espectadores. Los segundos transcurrían y el reo se limitaba a observar a todos aquellos rostros dispuestos ante él. Todo el mundo allí presente se inclinó hacia adelante, unos ligeramente, otros de manera imperceptible, ansiosos por unas palabras de disculpa o arrepentimiento.

Pero el silencio habló por el condenado.

Cuando las esperanzas de los asistentes por oír algo, lo que fuera, se había desvanecido y sus espaldas habían vuelto a entrar en contacto con los respaldos de las sillas, el hombre a punto de sufrir la pena capital, con el tic todavía en el ojo izquierdo, manifestó:

–Yo soy la reencarnación del mal, la sombra que acecha vuestras insignificantes vidas, y volveré para reclamar lo que me pertenece: vuestras almas. *Noctem verterunt in diem et rursum, post tenebras spero lucem… Noctem verterunt in diem et rursum, post tenebras spero lucem… Noctem verterunt in diem et rursum, post tenebras spero*

lucem…

Para todos los asistentes era como si Robert Colton Black, alias la Sombra, hubiera entrado en un estado de trance provocado por algún tipo de droga, pero, puesto que era un convicto con vigilancia especial y sin contacto con otros reos, aquella idea se volvía ilógica. Las otras dos opciones eran que fuera simplemente una invención o, la más perturbadora de todas, que se tratara de un acto del Diablo. En cualquier caso, no parecía dispuesto a callarse.

–*Noctem verterunt in diem et rursum, post tenebras spero lucem… Noctem verterunt in diem et rursum, post tenebras spero lucem…*

El alcaide hizo un gesto con la cabeza a uno de los funcionarios públicos, el cual accionó una palanca y presionó un botón. Como consecuencia, los electrodos en contacto con el condenado a muerte comenzaron a aplicar una descarga eléctrica de dos kilovoltios. Ello provocó que se rompiera la resistencia inicial de la piel del reo y que este quedara inconsciente. A continuación, se redujo la intensidad de la corriente que fluía por los electrodos y, con un voltaje menor, la descarga eléctrica se encargó de causar graves daños a los órganos internos hasta acabar irremediablemente con la vida de la Sombra.

3

Otra mañana más. Otra mañana de informes por rellenar esperaban a Reed en comisaría. Con total sinceridad, el comisario deseaba que ningún caso de homicidio se abriera durante la jornada; aunque, por otra parte, para alguien como él, con el instinto de un sabueso, con la decisión de un líder, el organismo le pedía acción, resolver nuevos crímenes. Estaba en sus cabales, pues era consciente de que aquel enfrentamiento de pretensiones resultaba contradictorio (y hasta tal vez rozaba la psicopatía). Y, sin embargo, no podía evitarlo. Incapaz de esquivar esos sentimientos, se levantó de la cama y descorrió las cortinas. Echó un vistazo a través de la venta. El día empezaba a romper, y con él la necesidad de nicotina. Se acercó a su pantalón gris de algodón, colgado impecablemente sobre un galán, y sacó del bolsillo un paquete de Winston y otro de cerillas. No se vistió. Bajó las escaleras en pijama y, a través de la cocina, accedió al porche trasero. Allí pudo encender un cigarrillo sin que el humo se dispersara por el interior de la vivienda. El gas negruzco ingresó en su cavidad bocal mientras que el aire puro de la mañana lo hacía a través de los orificios nasales. Lo natural y lo artificial se entremezclaban en su tráquea. Ya en una amalgama de gases de orígenes muy distintos, estos continuaron su recorrido hasta terminar por rellenar los alveolos del comisario.

–¿Tampoco hoy me has avisado?

La voz de Amanda lo sobresaltó. No fue un susto como tal, sino más bien una reacción lógica de quien anda absorto en sus pensamientos y es interrumpido durante dicho proceso. Reed sonrió;

mostró todo el afecto que un hombre condicionado por una sociedad tradicional y arrastrado por la rutina del matrimonio era capaz. Apagó la colilla en una de las jambas y la depositó en un cenicero colocado justo al lado de la entrada. Allí yacían otros muchos restos de cigarrillos. Diez o doce, por lo menos.

–Ve a cambiarte, prepararé el desayuno –comentó ella–. Y ya de paso, despierta a Devin, hazme el favor.

Reed subió a la planta de arriba. Allí se dio una ducha y se puso el traje del día anterior. Lo acompañó con una camisa limpia sutilmente azulada y una corbata negra. Acto seguido, se dirigió a la habitación de su hijo. Se sentó a los pies de la cama y, mediante una suave sacudida en las piernas, intentó despertarlo.

–Eh, campeón, hay que despertarse.

Devin entreabrió los ojos y bostezó. Se estiró como un gatito recién levantado, extendiendo sus cuatro extremidades al tiempo.

–¿Ya es por la mañana? –preguntó.

–Eso me temo. Mamá nos está esperando abajo. Está preparando el desayuno. Vamos. –Reed dio una palmada en los pies a su hijo para ponerlo en marcha.

Una serie de cómics se encontraban esparcidos por el suelo, al lado del escritorio. Llevado por la curiosidad (pues como a todo padre, gustaba de saber qué tipo de material consumía su hijo), el hombre se acercó las historietas de papel. Las hojeó (de hecho, estudió el contenido, aunque fuera muy por encima) mientras esperaba a que Devin saliera de debajo de las sábanas. No cabía duda de que todos ellos estaban protagonizados por superhéroes, si bien no reconoció a la mayoría de ellos. Los únicos personajes que fue capaz de nombrar en su mente fueron el Capitán América y Superman. ¿Y quién no?, por otra parte.

–Te encantan los superhéroes, ¿eh?

–¡Pues claro! –espetó el pequeño, que ya estaba de pie y totalmente desperezado–. ¿Es que a ti no, papá?

–Bueno, yo es que… Ya soy muy mayor para eso, ¿sabes?

–Alan, el hermano de mi amigo Gary –expuso el niño–, también es mayor y le gustan.

–Tengo serias dudas de que Alan sea tan mayor como yo. Pero si ya ha cumplido la mayoría de edad más le valía dejar eso e ir pensando en su futuro.

–¿Por qué?

–Porque las cosas son así.

–Pues a mí no me van a dejar de gustar nunca los superhéroes.

–Ay, todavía eres muy pequeño, Devin… Por el momento dejaremos que pase el tiempo.

–¿Quieres saber cuál es mi favorito?

–Claro. Es más, estaba a punto de preguntarlo –mintió el hombre.

–El Capitán América… Y el Caballero Luna… Ah, y también el Motorista Fantasma.

–Vaya, son muchos, ¿no? Solo conozco al primero. ¿Quiénes son los otros dos?

–¿En serio no sabes quiénes son?

–En serio –contestó Reed con una sonrisa. Aquel gesto navegaba entre la resignación por oír algo que no le importaba y la ternura por poder observar la ilusión en la cara de su hijo.

–Pues, mira… El Caballero Luna es como Batman, pero mejor. Es un detective.

–Como yo, entonces.

–Sí, pero… No. Es que solo sale de noche. ¿Sabes por qué?

–¿Por qué?

–Porque la luna le da superfuerza y supervelocidad. Y Johnny Blaze…

–¿Quién es Johnny Blaze?

–Ya te lo he dicho, el Motorista Fantasma. Es un hombre que murió y volvió a la vida. Como un zombi. Bueno, un zombi, no. No se come a las personas. Su cara es una calavera con llamas. Y conduce una moto. Es genial.

–¡Bueno, bueno…! –Reed frotó el pelo de la cabeza de Devin–. Ya veo que te entusiasma el tema. Pero ¿tú sabes quiénes son los verdaderos superhéroes en la vida real?

–¿Quién?

–Los policías. Como papá. Gracias a ellos, los delincuentes se piensan las cosas dos veces antes de cometer delitos. Y si los cometen, los detenemos y los enviamos a la cárcel. Para que no vuelvan a poder hacer daño a nadie.

–Me gustan más los de mis cómics. Llevan trajes guays. Y vuelan. Y tienen poderes alucinantes.

–Bueno, los policías no tienen nada de eso. Por eso llevan armas. Para defenderse.

–¿Y me enseñarás a disparar a mí?

–Sí, claro que sí… Algún día. Pero todavía eres demasiado pequeño, ¿de acuerdo?

Devin movió la cabeza arriba y abajo, algo resignado.

–Oye, papá…

Reed frunció el ceñó y se quedó mirando a los ojos a su hijo. Daba por hecho que el pequeño iba a insistir en la petición, y por eso ya estaba arguyendo una excusa, pero, en cambio, le sorprendió con un requerimiento diferente:

–¿Jugarás conmigo después del colegio?

–Eh… Sí, claro, intentaré no llegar muy tarde del trabajo. ¿Qué quieres hacer?

–Unos lanzamientos.

–Está bien. Ten preparado el bate y el guante, y jugaremos un rato en el patio trasero.

–¡Guay!

–Venga, y ahora vamos abajo, que tu madre nos está esperando. Y yo me tengo que ir a trabajar. –Reed acompañó sus palabras con un empujón leve en la espalda de su hijo en dirección a la puerta.

***

Tonos de llamadas telefónicas, el hojear de informes y un continuado murmullo abarrotaban la comisaría en la que trabajaba Reed. Dentro de su despacho, una montaña de papeleo sobre el escritorio pedía a gritos que alguien acabara de una vez de revisarlo. En lo que respectaba al comisario, en él se habían instalado, desde hacía mucho tiempo atrás, unas ojeras perpetuas, y a las que no había intentado ponerles remedio. Sin levantarse de su deslavazada silla, el

comisario abrió uno de los cajones de la mesa de oficina y sacó un termo del interior. El olor a café no tardó más de un chasquido de dedos en ingresar en sus orificios nasales. Acto seguido, lo hizo el líquido amarronado por su gaznate, pero cuando aquella bebida con notas a frutos secos apenas había alcanzado el estómago del policía, el sonido del teléfono lo distrajo. El comisario descolgó el teléfono y pronunció:

–Dígame.

Reed escuchó muy atentamente aquello que, desde el otro extremo de la línea, le estaban explicando. Se quedó atónito por un momento, si bien cuando terminó de asimilar la información, contestó:

–Sí, sí… Entendido.

Y de la misma forma que si acabara de puntear la última hoja de un informe al que dar final, colgó con un golpe sonoro que dejó aquel espacio privado de reacción alguna más por su parte. Estuvo así un rato mientras los murmullos provenientes desde el otro lado del cristal se colaban en el despacho. Apenas inteligibles, de haberlo sido no habrían causado ni el más mínimo interés el hombre que acababa de atender la llamada. Se puso en pie, ciertamente inquieto. Deambuló por el habitáculo como un alma errante, de pared a pared, y un par de veces alrededor de la mesa.

Volvió a sentarse y se llevó el aparato azabache a la oreja. Movió el dial giratorio repetidas veces hasta que se estableció la llamada.

–Hola, cariño, soy yo –pronunció Reed en cuanto hubo comunicación, y esperó a que le dieran una contestación–. Sí, claro que sí… Oye, te llamaba por otra cosa. Lo siento, pero ha surgido algo importante, muy importante –explicó el comisario de policía, que volvió a escuchar lo que le tenían que decir desde el otro lado de la línea–. Ya… ya sé lo que te dije. Y no te estaría llamando sino fuera algo gordo. Me temo que me va a llevar todo el día. Te prometo que llegaré antes de que se acueste.

Reed no tuvo que despedirse, su mujer se anticipó a la acción. Con una caída de ojos, el hombre colgó el teléfono de nuevo. En ese

mismo momento, a través de la ventana y entre las rendijas de las persianas de láminas, vio pasar a Canfield por delante de su despacho. Antes de perderle completamente de vista, lo chistó y sacudió la mano en alto.

El inspector accedió al despacho de su superior. No le dejó a hablar, pues nada más poner un pie en el interior del habitáculo profirió:

–No me encargues nada, por favor. Estoy hasta arriba de trabajo.

–Ya no –contestó, de manera tajante, Reed.

–¿Ya no…? No creo que me vayas a dar el día libre, así que desembucha.

–Samuel, reúne ahora mismo al equipo.

–¿Cuándo dices al equipo…?

Reed entrelazó los dedos e hizo un gesto de unión. El semblante de Canfield, ya de por sí prudente, se tornó circunspecto. Entonces, miró a los ojos al que era su amigo y superior, a partes iguales, y preguntó:

–¿Qué ocurre?

–Es el ex alcaide Jacob Cunningham. Lo han asesinado.

4

El *flash* de una cámara fotográfica iluminó fugazmente el cuerpo sin vida de Jacob Cunningham. La inspectora Rutherford se recolocó la mascarilla quirúrgica sobre la nariz y se movió para tomar una nueva de instantánea desde otro ángulo. A su lado, a nivel del suelo, se hallaba Barnett, que, como era habitual en el equipo, se encargaba de realizar las prácticas periciales relativas a medicina legal. El policía forense terminó de tomar una muestra, se puso en pie y se dirigió hasta la posición en la que aguardaba Reed. Los dos policías tenían un par de restregones bajo los orificios nasales de un ungüento resultado de una mezcla de alcanfor y esencia de eucalipto. Pese a ello, a duras penas lograban disimular el olor nauseabundo que se había concentrado en aquel salón donde se había cometido un crimen atroz como pocos.

–¿Qué te parece? –preguntó el comisario.

El forense Barnett se mantuvo callado. A pesar de su amplia trayectoria policial, parecía sobrecogido por la escena que acababa de analizar. Después de tomar una bocanada de aire infecto, contestó:

–Esto es… Guau… No sé bien cómo definirlo. Solo había visto algo parecido en los mataderos.

–¿Puedes conjeturar algo?

–Está abierto en canal. No sé hasta qué punto puede haberlo realizado una sola persona. Desde luego, necesitaron herramientas especializadas.

–¿Cizallas?

–No parece por el corte. Es algo más limpio. Yo más bien

pensaba en una sierra para esternón. De otra forma es imposible abrir un cuerpo de esa manera.

–Eso haría ruido…

–¿Ruido? Lo tendrían que haber oído hasta en las casas de los vecinos, Owen, por Dios.

El comisario Reed giró la cabeza hacia la encargada del material fotográfico y consultó:

–¿Tú qué dices, Elizabeth?

La inspectora Rutherford se retiró la cámara de delante de la cara y la dejó descansa sobre su cuello gracias a una correa de sujeción. Sin apartar los ojos del cadáver, expresó:

–Es, sin duda, lo más horrible que he presenciado en toda mi carrera.

En ese momento, la puerta se abrió y accedió al interior del salón el marido de la inspectora. Una arcada casi le hace vomitar, pero tan pronto como pudo contener los jugos gástricos dentro de su organismo, se tapó la nariz con la sangradura del brazo.

–¿Y bien? –tanteó Reed.

–La mujer del ex alcaide dice que no vio ni oyó nada –explicó el sargento Rutherford–. Está tremendamente consternada.

–Y no es para menos –intervino su cónyuge.

–Es imposible –se quejó el hombre al mando del equipo policial–. ¿De verdad no sintió algo inusual? ¿Ni el más leve detalle?

–Nada. Se fue a acostar. Dejó a su marido viendo la tele. A oscuras. Dice que era un apasionado del cine. Le gustaba ver la televisión en completa oscuridad, como si estuviera en una sala–. El sargento giró el cuello hacia el televisor–. No me extraña nada…

Reed también se quedó mirando el televisor, admirando sus características. De la marca Magnavox, aquella pantalla, ridículamente grande, dejaba a la altura del betún a la que él tenía en casa.

–Así que esta madrugada, cuando ha bajado, se ha encontrado con… esto. –Los ojos de Rutherford se olvidaron de aquella Magnavox gigante y se centraron el desbarajuste de sangre y vísceras en la otra punta de la habitación–. Superar un trauma como este le va a resultar muy difícil, sino imposible. La he dejado un rato a solas. Demasiadas

preguntas; se le notaba cansada. Es mejor ponerla en manos de los psicólogos. Están avisados.

***

Alvarado tomaba declaración a los dueños de la casa adyacente a la del difunto ex alcaide Jacob Cunningham. El matrimonio que allí vivía, tan mayor como para que sus supuestos hijos hubieran abandonado el nido muchos años atrás, permanecía sentado en un sofá de cuero y roble. La oficial de policía los interrogaba de pie, por lo que más bien parecía una profesora preguntando la lección a los alumnos que una agente de la ley frente a dos posibles testigos.

–¿Entonces, no oyeron nada?

–No, no… Como cualquier otra noche –contestó el hombre.

–¿Están seguros? Cualquier cosa. ¿Nada que les llamara la atención? –insistió la oficial de policía.

–Oiga, yo tengo el sueño muy ligero –intervino la mujer–. Le puedo asegurar que no vimos mi oímos absolutamente nada.

El dueño de la vivienda agarró la mano de su esposa y expuso:

–Sí, nos hemos levantado y les hemos visto a ustedes. Si no, ni siquiera nos habríamos enterado de lo que ha pasado. Estoy jubilado, ¿sabe?

La oficial Alvarado apretó los labios y expulsó sonoramente el aire por la nariz mientras asentía. La mujer que tenía en frente y a la que estaba interrogando, por su parte, arrugó el entrecejo, apretó la mano que le tenía cogida su esposo y dijo:

–Es horrible que haya pasado algo como esto… Oiga, pondrán vigilancia, ¿cierto?

–Eh… Sí, claro –manifestó Alvarado, intentando que su entonación sonara convincente, aunque sin llegar a conseguirlo del todo–. De todas formas, mantengan las vías de acceso a su vivienda bien cerradas. Solo de momento. Por precaución.

–Así lo haremos –comentó el vecino.

–¡Eh, Lesly! –exclamó el inspector Canfield desde el recibidor de la casa.

La oficial de policía giró el tronco hacia su compañero.

–He terminado de inspeccionar el jardín de esta gente. Voy para

la otra casa con el resto del equipo.

–De acuerdo. Estaré con vosotros en un par de minutos.

Canfield abandonó la vivienda de los vecinos del matrimonio Cunningham. Caminó por la parte trasera. Al otro lado de la valla, Clark investigaba con esmero cada palmo de la casa en la que se había producido el brutal asesinato, así como de los aledaños.

El inspector se fijó una vez más: era una casa ostentosa, con fuertes medidas de seguridad. Desde luego, no se trataba de una casucha que un vulgar ladrón hubiera podido allanar así por las buenas.

–¿¡Ha habido suerte!? –curioseó.

El oficial Clark buscó con la mirada la procedencia de la voz y vio asomado a su compañero por entre la valla que servía de separación de las dos viviendas. A raíz de ello, informó:

–En la parte delantera nada. En la trasera…, menos.

–No es posible. Nadie vio nada. Nadie oyó nada. Y encima no hay ni rastro de intrusión en la vivienda.

–Estos tíos contaban con un buen sistema de seguridad, de los mejores modelos del mercado. Se nota que el ex alcaide ganaba pasta.

El inspector Canfield arqueó las cejas y explicó:

–Ese hombre se ha pasado la vida manteniendo a raya a la mayor escoria del estado. No es trabajo fácil.

–No es por quitarte una pizca de razón… Pero nosotros nos jugamos la vida a diario y nunca veremos ni una cuarta parte de lo que ganaba ese tipo.

–Es cierto, pero prefiero recibir un tiro estando de servicio a que me abran en canal. Vaya que si lo prefiero. Ya ves que, a pesar del dinero, no ha podido salvarse. Le han jodido, pero bien jodido.

Clark sacudió la cabeza y expuso:

–Viéndolo así…, todavía tengo que dar gracias. De todas formas, tú y yo ya nos quejaremos sobre las subidas de sueldo más tarde.

–Quéjate al alcalde.

–El alcalde no se vendrá a tomar una cerveza conmigo. Tú, sí.

A Canfield se le escapó una sonrisa.

–Está hecho, hombre. Supongo que yo invito.

–Va en tu salario, inspector –se burló Clark.

–Bueno, pues como inspector que soy, infórmame. Hazme el favor. Tengo esperando a la mujer en el porche delantero.

–Claro. Verás. El caso es que la alarma no saltó. Las puertas y las ventanas son de primerísima calidad. Haría falta un ariete para romperlas. Y no hay ni el más mínimo indicio de haberlas forzado. En serio, Sam, es como si hubiera sido cosa de un fantasma.

–No seas ridículo… Tarde o temprano daremos con una pista. Sigue buscando, ¿de acuerdo?

Clark asintió y continuó con su labor. Enseguida Canfield pasó del jardín trasero al delantero, lugar en el que, meditabunda y apesadumbrada, esperaba sentada en los peldaños de acceso al porche principal la mujer del difunto ex alcaide.

–Señora Cunningham…

La mujer tenía una manta cubriéndole los hombros y sujetaba una infusión todavía humeante. Levantó la mirada con todo el peso del mundo en ella.

–Sé que es un momento muy duro para usted –declaró el inspector–, pero, por favor, si en algún momento recuerda algo, si le viene algo a la mente, díganoslo, ¿de acuerdo?

–Claro…

–¿Tiene algún sitio al que ir? ¿Dónde esté acompañada?

–Mi hermana vive al otro lado ciudad; tiene una casa grande. Ya he hablado con ella.

–Señora Cunningham…

El tono solemne utilizado por el policía llevó a la viuda del ex alcaide a prestar una atención especial.

–Sabemos que su marido dedicó la vida entera a velar por la seguridad de los ciudadanos. Mantener a los delincuentes entre rejas no es tarea fácil. Lo teníamos en gran estima. No sé quién ha podido tomar represalias contra de un alcaide retirado. Y más de esta forma tan brutal. Pero lo que sí sé es que sea quien sea el que ha hecho esto, lo atraparemos.

La mujer del difunto Jacob Cunningham entornó los ojos

llorosos y, con una complaciente sonrisa, asintió. Sin darle tiempo a abrir los párpados, Canfield puso una mano sobre el hombro de la mujer y añadió:

–Los psicólogos de la policía deben de estar a punto de llegar. Ellos le ayudarán. Después vaya a casa de su hermana y descanse un poco. Si, ahora, me permite que me ausente unos minutos…

–Claro, agente.

Tras subir los tres escalones, atravesar el porche y acceder al interior de la residencia de los Cunningham, el inspector Canfield abrió la puerta del salón y se reunió con sus compañeros. El forense Barnett todavía seguía recogiendo muestras, y la inspectora Rutherford había vuelto a tomar instantáneas de aquellos elementos que, a su consideración, podrían resultar de utilidad para esclarecer los hechos. El comisario Reed y el sargento Rutherford, por su parte, se encontraban tan absortos en las secuelas de la violencia excesiva utilizada contra el ex alcaide que ninguno de los dos se dio cuenta de la presencia de Canfield. Por ello, el inspector carraspeó y dijo:

–Jefe…

Reed se giró hacia Canfield, levantó una ceja y preguntó:

–¿Ha dicho algo más la mujer?

–Me temo que no.

–¿Y qué hay de Lesly y J.T.?

–Será mejor que se lo comenten ellos mismos, pero ya le voy adelantando que no tenían mejores noticias que las mías.

–Es de locos, esto es de locos… –se lamentó el comisario tras resoplar. Después chasqueó una vez la lengua contra la parte interior de los dientes incisivos superiores mientras negaba con la cabeza–. Creo que necesito un trago. O dos.

5

Eran casi las ocho de la noche cuando el comisario Reed aparcó el coche frente a su hogar. Se bajó del Ford Tempo que había comprado de fábrica hacía apenas un par de años y atravesó el jardín, un jardín plagado de flores y pequeños árboles. Reed apenas sabía distinguir una hortensia de un clavel, por lo que entre tantas plantas su conocimiento sobre floricultura se volvía aún más ridículo. Pese a ello, unas flores amarillas, que sobrepasaban su cabeza en altura, le llamaron poderosamente la atención en la oscuridad de la noche. Se limitó a observarlas mientras se metía en casa sin acercarse a ellas.

Reed se descalzó, se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata. Fue directamente a la cocina y, allí, cogió una Coors del frigorífico. Prácticamente se la bebió de un trago. Tras ello, caminó en dirección al salón, lugar desde el que provenía un ligero fulgor. Se asomó. Su mujer se encontraba viendo la televisión y mantenía la habitación débilmente iluminada con una lámpara de pie situada al lado del sillón de tres plazas. En la pantalla, una presentadora con una bandana de lunares sobre la cabeza y con pendientes extravagantes de tonos dorados explicaba una secuencia de ilustraciones, algo inquietantes en su forma, encuadradas en unas cartas.

–Amanda…

La mujer se giró hacia su marido y dijo:

–Llegas tarde. Otra vez

–Lo siento –se disculpó el policía fuera de servicio–. ¿Has acostado ya a Devin?

Amanda se miró la muñeca izquierda, lugar en el que llevaba

un discreto reloj de pulsera bañado en oro, arqueó sus finas cejas y aclaró:

–Son las ocho, Owen, por supuesto que lo he acostado.

El hombre se adentró en el salón, si bien solamente dio un paso y nada más. Se quedó estático en el sitio y explicó:

–He tenido mucho trabajo hoy…

–Apestas a alcohol.

–Acabo de tomarme una cerveza de la nevera. Venía sediento.

Amanda emitió una risotada breve y contenida. No fue una risa burlona ni ofensiva, sino más bien una de esas risas inevitables ante aquello que atenta contra el sentido común.

–¡Venga ya, ¿te piensas que soy estúpida?! No es a cerveza precisamente a lo que hueles – volvió a quejarse la mujer del comisario.

Reed agachó la cabeza y apretó los labios. Al instante, resopló y, de manera casi instantánea, dirigió la mirada hacia los ojos de su mujer.

–¿Y bien? –inquirió ella.

–De acuerdo, sí, he pasado un momento por el bar, ¿y qué?

–¿Has pasado? ¿Has pasado? Seguramente llevas metido ahí horas. ¿me equivoco?

–Es el único sitio en el que puedo pensar con claridad. Estar allí sentado, solo, con mis pensamientos, me ayuda a ponerlos en orden.

El sofá dejó de acomodar el agraciado cuerpo de Amanda, envuelto por un camisón blanco de punto liso con tela calada.

–Muchas gracias por la parte que nos toca.

–No es eso… –intentó justificar Reed sus propias palabras.

–Ah, ¿no?

–¿Te acuerdas de Jacob Cunningham?

–El alcaide –indicó la mujer.

–Ex alcaide –le corrigió su marido–. Hará cosa de unos meses que se jubiló.

–¿Y bien?

Reed se acercó al sofá y se sentó muy cerca de su mujer. Le invitó a sentarse de nuevo. A continuación, confesó:

–Murió anoche.

La boca de Amanda se entreabrió para dejar entrar en sus entrañas un poco de aire. Después de tragar saliva, pronunció:

–Vaya… Lo siento mucho. Pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros?

–Amanda, el ex alcaide murió ayer por la noche de manera muy trágica. Ni te lo imaginas. ¡Necesitaba desahogarme, por Dios!

–No. Tu familia es la que se muere. Nos tienes abandonados.

–Vosotros sois lo más importante para mí.

La esposa de Reed se volvió a levantar del asiento. Con los brazos en jarra, se quejó:

–No lo parece. Estás tan ocupado con tu trabajo que te olvidas de que los demás no giramos a tu alrededor.

–Venga, Amanda, Jacob Cunningham era una institución. La ciudad… ¡Qué digo la ciudad…! El estado entero lo adoraba. Él fue el encargado de poner fin a la vida de la Sombra. Te acuerdas de ese tipo, ¿no?

–¿Que si me acuerdo? Precisamente fue por él por lo que te metiste en esta vorágine de trabajo. Antes eras un policía normal. Pero con el ascenso… y luego todo el caso de los asesinatos…

Las facciones de Reed se iban endureciendo por momentos. Abruptamente, pidió:

–Detente…

–Y cuando lo capturaste, no supiste parar. Han pasado cinco años ya desde aquello. Cinco años… El alcaide sería quien se encargó de poner fin a la vida de ese asesino, pero tú fuiste quien lo metió entre rejas. Sin ti ese tipo seguiría asesinando inocentes. Creo que has saldado de sobra tu deuda con la sociedad. Dedícate al papeleo, busca un puesto en el que no tengas que echar horas.

Reed emitió una carcajada tan forzada como fugaz y expuso:

–¿Crees que por detener a ese tipo todo va a ir bien? Sigue habiendo asesinos, ladrones…

–No me importa.

El labio superior del comisario se alzó. Entonces, tras respirar airadamente una sola vez, pronunció:

–Claro que no. ¿Y sabes por qué? Porque a lo mejor yo soy el único de los dos que vive el mundo real. No como tú, viendo siempre esos cuentos de telepredicador barato.

Amanda giró la cabeza hacia el televisor. Volvió a mirar a su marido y, con voz tenue y ojos humedecidos, replicó:

–No son cuentos.

–Sí que lo son. Nada más que metiéndote esa mierda en la cabeza… Quita eso. –Reed agarró el mando a distancia, apagó la televisión y prosiguió–: A la Amanda a la que yo conocí no le gustaban esas majaderías.

–¿Majaderías? Para ti todo lo que no tenga que ver con tu trabajo son majaderías. Y aunque lo fueran, tal vez se deba a que tengo que llenar con algo todo el tiempo durante el que tú estás ausente –acusó ella con gran peso en su tono de voz.

El hombre se quedó callado. Tomó aire y se calmó, en la medida de lo posible. Miró profundamente a su mujer.

Ella arrugó el rostro al contacto de la punta de los dedos de su marido en el mismo.

–Ahora estoy aquí. Estoy contigo. Estoy a tu lado, cariño –dijo él, rozándola suavemente.

Amanda esbozó una pequeña sonrisa entre todos aquellos pliegues, que empezaron a dejar paso a la piel tersa de la que la mujer solía hacer gala en cuanto los dedos del hombre terminaron de acariciarla.

–Por cierto, esas flores que acabo de ver en el jardín… –comentó Reed.

–¿Cuáles?

–Unas amarillas. Muy altas.

Amanda lo pensó por un segundo y, cuando lo tuvo claro, respondió:

–Son rudbeckias.

–¿Rudbeckias? ¿Qué es eso de rudbeckias? Si parecen girasoles altos.

–Son algo parecido.

–¿Y cuándo las has trasplantado? ¿Hoy?

–Owen, llevan ahí más de medio año. Ahora es su época de florecimiento.

Impresionado por la revelación de su mujer, Reed guardó silencio. Otra vez. El mutismo del comisario se prolongó en el tiempo, hasta que su esposa lo forzó a romperlo con una pregunta.

– ¿Hace cuánto tiempo que no vas a ver a tu padre?

–¿A qué viene eso ahora?

–Llamó por teléfono.

–¿Hoy? ¿Y qué dijo?

–Nada. Solo que le gustaría verte. Que ya nunca pasas por ahí. –Amanda apretó la mano de Reed y prosiguió–: Quizás es hora de que te pongas al día con él. Con él… y con nosotros.

La aproximación emocional que empezaba a crearse en torno a los dos se evaporó como el hielo expuesto al corazón de una hoguera. Él miró a todas partes, excepto a los ojos de su mujer.

– Necesito descansar. Mañana será otro día.

–Claro… –dijo, con resignación, Amanda.

Reed subió las escaleras y, como cada noche, se adentró en el cuarto de su hijo. Se aproximó a la cama y, allí, se quedó observándolo. Lo escuchó respirar en la oscuridad. Devin apenas tenía seis años, pero a él le parecía todo un hombrecito, un hombrecito al que tenía la obligación de proteger frente a un mundo inclemente, en el que tarde o temprano brotaba la maldad innata del ser humano. Orgulloso, se encorvó y le dio un suave beso en la cabeza.

Tras hacer un parón en el baño, Reed se dirigió al dormitorio principal, en donde Amanda le esperaba ya envuelta entre las sábanas. Se quitó la ropa y también se metió en la cama. Su mujer se encontraba tumbada de lado, dándole la espalda. El hombre posó, como una pluma al caer, la palma de la mano en el brazo de ella, pero Amanda no hizo ni el más mínimo amago de movimiento. De esa forma, y muy a su pesar, el comisario, en ese momento fuera de todo servicio, no pudo más que oler el aroma floral que desprendía la piel de su mujer y rememorar tiempos pasados en los que, desde luego, había muchas más sonrisas y besos.

6

A la mañana siguiente, aprovechando que tenía al equipo de la policía científica trabajando en las muestras del asesinato del ex alcaide Cunningham y que disponía de la primera parte del día libre, el comisario Reed se subió a su Ford Tempo. Condujo algo más de una hora en dirección sureste, rebasando en ciertos tramos el límite de velocidad, hasta llegar a un determinado punto, lejos de cualquier núcleo urbano, que solo conocía él y su familia más cercana. Allí, en el margen de un camino de tierra nacido en una carretera secundaria, una casa aislada se ocultaba entre palmas de abanico. Reed se bajó del coche y se aproximó a la vivienda, no sin antes encenderse un cigarrillo. Durante el recorrido a pie, se fijó en una entrada subterránea a ras de suelo y en los restos evidentes de material de obra. Una carretilla y algunas herramientas también permanecían desperdigadas en torno a aquella entrada metálica.

El comisario de policía a escasas horas de entrar a prestar servicio se acercó a la puerta de la casa de dos pisos y llamó al timbre, pero nadie se preocupó de abrir la puerta. Volvió a llamar, esta vez golpeando la hoja de madera con los nudillos, y esperó pacientemente. El resultado fue igual de nulo que cuando su dedo había presionado el pequeño botón de color blanco. Reed descartó al instante la idea de que su padre se encontrara todavía en la cama, pues nunca había sido un hombre con la costumbre de permanecer más allá de las ocho de la mañana entre las sábanas. Aun estando enfermo. A esa reflexión le apoyaba el hecho de que la camioneta de su padre no se encontrara allí, al menos no a simple vista; aunque, por otra parte, podría estar

aparcada dentro del garaje, pero eso era algo que no podía saber. Dos pensamientos acudieron de inmediato a su cabeza. La primera de ellas fue que su progenitor podría haber salido hasta la población más cercana para comprar algo que necesitara, y, en ese caso, Reed no disponía de tiempo suficiente como para esperar allí esperando indefinidamente. En unas horas debía regresar junto a su equipo para que le informaran acerca de los resultados obtenidos del crimen más horrible jamás presenciado en todo su historial policial. El segundo motivo por el que el viejo Reed no se hallaba en casa, en su opinión, podía deberse a que este gustaba de acercarse hasta el faro en el que había sido vigilante hasta hacía no más de tres años, momento en el que se había jubilado. No sabía si a él le ocurriría lo mismo y acudiría como un zombi a la comisaría una vez cesado en sus funciones (para lo cual todavía quedaban casi tres décadas), pero Reed entendía ese comportamiento. También comprendía que para su padre era una forma de conectar con el pasado y con todo lo que había perdido a lo largo del tiempo, incluida a su esposa. Por un instante al comisario Reed le sobrevino la imagen de su madre y sonrió por los buenos momentos.

En una última calada, el humo caliente penetró en cada uno de sus incontables alveolos. Reed tiró la colilla al suelo y restregó la suela del zapato sobre ella. ¿Tendría que acercarse hasta el cabo en el que se encontraba aquel faro? Sabía que no le tomaría más de treinta minutos, pero desplazarse media hora de ida y otra de vuelta, con la probabilidad de que su padre no se encontrara realmente allí, lo desanimaban a realizar dicha acción. Por ello, el comisario de policía, tras volver a presionar el timbre, vociferó:

–¡Holaaa!

Sorprendentemente, esta vez el hombre que allí residía contestó desde alguna parte del interior de la vivienda:

–¡Si ha venido a venderme algo, ya puede largarse por donde ha venido!

Reed enarcó las cejas. En cuanto las devolvió a suposición original, frunció la nariz y negó para sí mismo. Las fibras contráctiles de su rostro se destensaron casi al momento y pronunció bien alto:

–¡Papá, soy yo! ¡Owen!

El silenció se instauró en el porche de aquella casa aislada en mitad de la nada. En vista de que no había reacción por parte de su progenitor, Reed aguzó el oído. Los nervios comenzaron a engendrarse en su organismo, pero enseguida una serie de pasos crecientes en intensidad provocaron que se disiparan. La puerta se abrió y al otro lado del umbral apareció Hubert Reed, el padre del comisario, un hombre de pelo tupido blanco y una forma física de alguien diez años más joven a su edad real.

–Ya era hora, ¿no?

–He estado muy ocupado –se disculpó Reed.

–Yo también, pero ese no es motivo para que las visitas queden restringidas al día de acción de gracias –se quejó su padre.

Reed giró la cabeza en dirección a la obra que se estaba llevando a cabo en aquel terreno y comentó:

–Ya lo veo ya… ¿Qué es todo eso?

La ilusión se hizo carne a través de las facciones del progenitor del comisario; no así las de su hijo, que se tornaron rígidas como el cemento.

–Ven, te lo mostraré. –El viejo Reed salió, por fin, de la vivienda y atravesó la zona delantera de la casa.

Seguido por su hijo, el hombre abrió la trampilla y bajó por unas escaleras de mano. Abajo, encendió la luz. Lo que allí vio Reed le dejó pasmado. Aunque era obvio que aún le faltaban algunos detalles para que quedara terminado, aquel refugio subterráneo disponía de todo lo esencial para sobrevivir dentro de él. Con la boca todavía entreabierta, el comisario de policía pronunció:

–¿Has construido un búnker?

–¿Tú qué crees?

–Era una pregunta retórica, papá. ¿Para qué coño has construido un maldito búnker?

–Los rojos.

–¿Los rojos?

–Para ser policía haces unas preguntas realmente estúpidas, ¿lo sabías? Hablo de los soviéticos.

–Era otra pregunta retórica –contesto Reed, esta vez exteriorizando su molestia mediante un tono áspero–. ¿Qué te pasa ahora con ellos? Siempre has sido algo paranoico, pero esto ya pasa de castaño oscuro.

–Vamos, Owen, tú como agente de la ley deberías saberlo mejor que nadie. Esos jodidos comunistas… Cada vez queda menos para que nos ataquen con sus armas nucleares.

–¿Y a estas alturas me vienes con esas?

–¿A estas alturas? Ahora más que nunca es cuando debemos estar alerta.

–No puedo creer que todavía sigas con esa obsesión por la Guerra Fría. Te haces mayor y esto solo va a peor.

–Puedes decir lo que quieras, pero están armados hasta los dientes. Producen una media de tres mil carros de combate al año.

–Eso era antes. Ese tal Gorbachov parece que está apaciguando las cosas.

–No te fíes, no te fíes… Eso es lo que pretenden. Menos mal que tenemos al presidente Reagan, un tío con un par de huevos. Gracias a él los mantenemos a raya. Si no, quién sabe lo que hubiera pasado ya.

–Escucha, no seré yo quien critique a Reagan, pero esto me parece excesivo. El verdadero enemigo está en casa. ¿Sabes cuántos casos de robos, violaciones o asesinatos tengo que resolver al cabo del año?

–Eso es algo que no me preocupa. No aquí. Por eso me instalé en este lugar.

–E hiciste bien. No discutiré que hayas ganado en calidad de vida, pero también es posible que la soledad te esté afectando un poco. Te estás obsesionando y eso no es bueno, papá. Nunca será bueno –declaró el visitante.

–Piensa lo que quieras –expuso el padre de Reed–, pero cuando llegue el día en que nos ataquen, que llegará, yo estaré preparado.

Reed resopló como un caballo y agregó a su ruidosa resignación:

–Está bien, lo que tú digas… Si es así como has decidido invertir tu tiempo, de acuerdo.

–Por lo pronto, no se me ocurre otra forma. Anda, ven, te mostraré todo. –El viejo Reed movió la mano en un gesto inequívoco de que le siguieran–. Esta es la sala principal, estoy todavía trabajando en ella. Aquí estará la cocina y el comedor. Todo en uno.

Reed seguía los pasos de su padre sin poder dejar de salir de su asombro. En seguida accedió a una especie de habitación para el entrenamiento. Tan pronto como estuvo en mitad de aquella pequeña salita, su padre explicó:

–Esta es la sala de estar. Todo muy sencillo. Unos sillones, una televisión y una radio. Para estar al tanto de todo. Tengo pendiente bajar algunos libros de casa. Pondré un revistero o algo así. Una estantería se comería todo el espacio. Sígueme.

El padre de Reed salió sin esperar a que su hijo terminara de admirar lo poco que había allí y se dirigió a un cuarto, realmente angosto, contiguo a la sala de estar.

–Esta es la despensa. Conservas, legumbres… Ya sabes, productos imperecederos.

–Nada es imperecedero, papá.

–Tú ya me entiendes…

El creador de aquel búnker dejó atrás la despensa y se dirigió al otro extremo de la sala principal que hacía las veces de salón y cocina. Abrió las puertas y dio la luz de dos habitáculos prácticamente uno al lado del otro.

–El dormitorio –comentó.

Reed se asomó y pudo ver dos literas enfrentadas.

–¿Esperas visita?

–Sí, la vuestra. Ya me lo agradecerás llegado el momento. –El padre de Reed dio un par de golpes con los nudillos a la hoja de la otra puerta y agregó–: Y este es el cuarto de baño. Sin lujos. Un sanitario, un lavabo y una ducha. Algo estrecha, eso sí. Sigue manteniendo el tipo como hasta ahora, Owen, o no entrarás.

–Lo intentaré. Gracias.

–No finjas, nunca has sido un glotón. Pero a que a un café no le haces ascos, ¿eh? Anda, entremos en casa. Te lo serviré con gusto.

Padre e hijo salieron del búnker, atravesaron el jardín y se

adentraron en el hogar del viejo Reed. Este invitó a su hijo a sentarse en la pequeña mesa de cocina de madera blanca en la que desayunaba, comía y cenaba a diario. Mientras preparaba café en uno de los fogones de la cocina, tanteó:

–¿Qué hay de mi nieto? Debe estar muy grande ya. ¿Cómo es que no les traído?

–Hoy hay clase, papá –confesó el invitado.

–Ah… Claro. Como comprenderás, aquí uno pierde la noción del tiempo.

–Me lo imagino –contestó Reed al tiempo que curioseaba con la mirada y sin moverse de su sitio cada rincón de aquella cocina. Si bien todo estaba en orden y limpio, al mismo tiempo cada mueble y utensilio parecía sacado de otra época, como si absolutamente nada se hubiera renovado en los últimos veinte años.

–¿Y qué tal Amanda? –volvió a interesarse el hombre que allí residía.

–Oh, está bien. Todos estamos bien. ¿Y tú, cómo lo llevas?

–¿Yo? Bien también, supongo.

El comisario de policía fuera de servicio endureció el rictus y preguntó:

–¿Seguro?

–¿Qué te hace pensar lo contrario?

–No lo sé, ¿quizá por ese búnker que estás construyendo ahí fuera?

–Vamos… Aquí hay espacio de sobra y yo tengo que ocupar el tiempo en algo.

–¿Y qué hay de coleccionar monedas, por ejemplo? –expresó con cierta ironía el hombre a la mesa.

–Oh, venga, Owen, esta es la única forma que tengo de distraerme. –El viejo Reed tomó la cafetera y se acercó a la mesa con ella. Mientras servía el café en un par de tazas que había preparado con anterioridad, comentó–: Yo solo sé trabajar. No valgo para sentarme delante de la televisión y dejar que todo ocurra a mi alrededor. ¿Azúcar?

–No, gracias.

El hombre empujó una de las tazas hasta posicionarla al alcance de su hijo.

–Eres como tu padre. Amargo como la vida misma. No solo te despierta, sino que te recuerda cómo afrontar el día.

El comisario Reed sonrió de medio lado. Llevado por la complicidad originada por las palabras recién pronunciadas por su padre, estuvo a punto de cambiar el rumbo de la conversación y llevarla hacia cosas más triviales, pero en vez de eso, carraspeó y, tomándose el estado de su padre muy en serio, preguntó:

–¿Ya no vas al faro?

–Por supuesto que sí –contestó ciertamente ofendido el mayor de los dos hombres–. Los aires del Atlántico refrescan mi mente. Allí pienso con claridad. Pero… ¿no querrás que me pase allí sentado todo el día? –Hizo una pausa breve, durante la cual algo pareció golpear su mente, lo que le llevó a proponer–: Oye, ¿por qué no nos acercamos?

–¿Te refieres a ahora?

–¡¿Cuándo va a ser?!

–Quizás en otro momento.

–¿Tan ocupado estas hoy?

–Para serte sincero, sí. La verdad es que sí. Tenemos un caso muy importante entre manos. De los gordos.

–¿De qué se trata, Owen?

–Una muerte muy extraña… y violenta. Del ex alcaide Cunningham. Lo siento mucho, papá, pero debo irme, sino iré demasiado apurado. Tengo reunión a las doce para que me pasen el informe. Solo quería saber si estabas bien.

–Podrías haber telefoneado.

–Quería ver cómo estabas con mis propios ojos. ¿O acaso me hubieras contado que te estabas preparando para un hipotético, y más que improbable, ataque nuclear del bloque comunista?

–Supongo que no.

Reed se quedó mirando fijamente a su padre y, con rictus circunspecto, indicó:

–Oye, te prometo que la próxima vez vendré con Amanda y Devin.

–¡A saber cuánto tiempo tendrá que pasar para que llegue ese día!

–En breve. Lo juro. Y con tiempo. Nada de prisas.

El padre del comisario Reed exhibió un gesto facial que combinaba ternura e incredulidad a partes iguales. A su expresión, le acompañó un:

–Anda, al menos acábate el café antes de marcharte. Así irás despejado.

7

El primer paso sobre la escalinata de la comisaría lo sintió como el día en que se graduó como policía. Reed se adentró en el edificio, no sin antes tirar un cigarro consumido y restregarlo contra el hormigón con la suela del zapato derecho.

–Buenos días, comisario –dijo el policía que se encontraba en la mesa de recepción.

–Eso ya lo veremos, Weller…

Los nervios seguían instaurados en cada parte del cuerpo del comisario. Un caso como el que tenía entre manos, tan complicado e inverosímil, lo ponía casi en la posición de un aprendiz. Y él, un tipo de una trayectoria intachable y dedicación absoluta por más de veinte años, no podía dejar que su iniciativa se viera puesta en duda. Esperaba buenas noticias, resultados que pusieran en marcha una investigación policial en la que él, como siempre, guiara por el camino correcto a su equipo.

Mientras avanzaba a lo largo de la comisaría, se fijó en algún que otro detalle que normalmente pasaba por alto. Mas de un agente tecleaba en sus ordenadores IBM de color blanco con monitores verdes monocromo. Debido a ello, pensó que cuando él entró en el cuerpo todo era mucho más simple. Todo era todo. Los procedimientos policiales habían avanzado en beneficio de la ley, pero del mismo modo la sociedad, con toda la criminalidad inherente a ella, también se había vuelto más compleja, violenta y alborotada. No le extrañó que su padre le hubiera comentado hacia apenas un par de horas que las ideas iban y venían con mayor fluidez bajo los aires marítimos del

Atlántico en las inmediaciones del faro en el que había trabajado gran parte de su vida. Puede que los radares modernos ayudaran sustancialmente a la hora de detectar y advertir obstáculos en la costa, pero Reed entendía a la perfección que no había nada como la manera tradicional de hacer las cosas y que a su padre aquella luz giratoria, aun estando fuera de funcionamiento, le provocara sensaciones de bienestar.

El comisario entró en su despacho. Allí le esperaban el inspector Canfield y la oficial Alvarado. Ella se encontraba sentada en la silla de Reed, pero a este no pareció importarle lo más mínimo. Canfield, por su parte, mantenía apoyada una nalga en la mesa de escritorio.

–¿Se sabe algo? –preguntó Reed.

Alvarado bajó los párpados y negó con gran pesar.

–Me temo que no –añadió el inspector al gesto de su compañera–. Parece un episodio sacado de *La dimensión desconocida*. Pero va a alucinar cuando eche un vistazo al *show* que tienen montado ahí abajo.

La oficial de policía de origen latinoamericano abrió los ojos de sopetón, tomó una velocísima bocanada de aire y, casi como impulsada por una descarga eléctrica, le dio un golpe con el dorso de la mano a Canfield a la altura de la tripa.

–¡Ah! –se quejó él, tras encorvase un poco a causa del moderado dolor.

–Gracias, Lesly –pronunció el comisario.

–No hay problema. Lo hago por gusto.

Reed mostró una ligera sonrisa. Agradeció ese breve momento distendido antes de tener que adentrarse en una tormenta de relámpagos negros y lluvia seca. Solo algo inesperado, algún tipo de información que la inspectora Rutherford, encargada del laboratorio, o el forense Barnett se estuvieran reservando para él y solo él, podría desprenderle de aquella sensación que lo invadía y que no presagiaba una investigación al uso. En cuanto sus labios volvieron a estar rectos, preguntó:

–¿Están todos en la cripta?

–En efecto –declaró el inspector, ya incorporado y repuesto del golpe–. Wayne y Elizabeth, en el laboratorio; Kenneth en la sala de autopsias, como siempre, disfrutando como un león con todas esas vísceras. No entiendo cómo no muere de hambre; yo sería incapaz de probar bocado en todo el día.

–¿Qué hay de J.T.? –se interesó Reed.

–¿No se acuerda? –contestó, esta vez, Alvarado, algo extrañada.

–¿De qué debería acordarme?

–Se había tomado el día libre. Informó hace una semana. Por lo del tema del divorcio. Hoy tenía que reunirse con su abogado…, entre otra serie de cosas.

–Joder, con todo este lío me había olvidado por completo. Lo llamaré para ver cómo anda–. Tras una pausa, durante la cual los párpados de Reed se cerraron un par de veces pesadamente mientras detrás de sus pupilas parecía estar trabajando la imaginación del comisario, este añadió–: Esa arpía le está haciendo la vida imposible. Vaya que si lo está haciendo…

–Ya saben cómo son las mujeres…

–¿Cómo son, Sam? –habló, ciertamente irritada, Alvarado.

–Eh… Desde luego, ninguna tan bella como tú. Ni con tu inteligencia. Ni, desde luego, con tu profesionalidad.

–Te encanta que te peloteen, ¿no?

–A una mujer siempre le gusta que le digan cosas bonitas, comisario.

Reed se quedó absorto. El caso del ex alcaide Jacob Cunningham se desvaneció de su mente por un momento y en el interior de su cráneo solo hubo espacio para su mujer. Pensó en la última vez que le dijo lo guapa que estaba, pero no recordó cuándo había sido. Tampoco recordó un momento íntimo, no uno cualquiera sino uno de verdadera complicidad. Cada episodio policial tenía una fecha marcada en su mente. Reed organizaba el transcurso de su vida laboral en torno a los casos en los que había trabajado y ubicaba dichos acontecimientos por estación y año. Por supuesto, tenía recuerdos de los momentos más felices junto a su familia, las efemérides seguían persistiendo en su memoria; sin embargo, el

tiempo en torno a ellas estaba tan difuso como la visión de un farero en niebla costera de la madrugada. Se sintió apesadumbrado, por lo que tuvo que inspirar aire y estirar la espalda. También elevó la barbilla y marcó la mandíbula inferior. El compromiso y la responsabilidad de un policía de su categoría tenía que ser total y absolutos. De otra forma, jamás hubiera contribuido a lo largo de su carrera a hacer de la ciudad un lugar más seguro, el mismo lugar en el que su mujer y su hijo vivían y en el que no estaba dispuesto a que corrieran más riesgos de los imprescindibles. Por supuesto, dentro de los riesgos a evitar entraba el del asesino del ex alcaide. Estaba obligado a capturarlo. Fuera quien fuese el que había cometido aquel horrible crimen, Reed no estaba dispuesto a que volviera a cometer otro. Por ello, debía ir cuanto antes a informarse sobre los resultados hallados después del análisis de las pruebas recogidas en casa de los Cunningham. Este último pensamiento le devolvió a la realidad más inmediata. Movió los labios:

–Bueno, ya está bien de conversaciones banales. Lesly, al tajo.

–Claro.

Canfield puso ante los ojos castaños de Alvarado una sonrisa tan picante como atrevida. Al instante, la mano del comisario Reed golpeó el hombro del inspector a la voz de:

–Y tú, haz algo. ¿No ves que la estás entreteniendo?

–Gracias, jefe. No sabía cómo deshacerme de él –expresó la única mujer allí presente, la cual devolvió el gesto burlón a su compañero de trabajo.

Sin quitar ojo a su superior, Canfield y Alvarado esperaron a que el comisario saliera del despacho. En cuanto Reed desapareció de su vista, volvieron a centrar la atención el uno en el otro.

–Entonces, ¿qué?

–Que sí… Ya te he dicho que sí.

–¿Paso a recogerte a eso de las siete? –preguntó él.

–Sí, y vete ya. Tengo mucho trabajo y si no acabo, no habrá nadie esperándote cuando llegues –indicó ella.

Canfield salió orgulloso del despacho y Alvarado suspiró y se relajó en la silla del comisario, pero eso duró poco.

–¡Eh!

La oficial de policía despegó la espalda del respaldo y miró con inquietud hacia la entrada. Allí, el hombre que acababa de quedar con ella tenía la mitad superior del cuerpo asomado por la puerta.

–No te acomodes, bella dama. Este no es tu despacho. Al menos, de momento. –Tras guiñar un ojo, el inspector Canfield se marchó.

***

En la cripta, como los trabajadores de aquella comisaría de policía llamaban internamente a la zona del sótano en donde se ubicaban todos los laboratorios habilitados para el procesamiento de pruebas y, por ende, en donde se conservaban los cadáveres y órganos a analizar, aguardaba Kenneth Barnett. Reed lo vio tomándose un descanso.

–No tienes buen aspecto…

El forense giró la cabeza hacia el comisario, inspiró profundamente y confesó:

–No sabes hasta qué punto. Anda, pasa.

Barnett y Reed entraron en la sala de autopsias. Allí, la cantidad de placas de vidrio con cultivos celulares al lado de los microscopios eran cuantiosas, pero pasaban desapercibidas frente al despliegue de carne y huesos dispuesto sobre la plancha metálica para practicar autopsias. El cadáver del ex alcaide era toda una oda a la medicina forense, el sueño de alguien con todas las ganas de aprender el arte de la disección humana. Para el comisario Reed, en cambio, resultaba algo realmente desagradable. Observó el cadáver con evidente repulsión en sus facciones. No tardó en dejar a su espalda la masa de carne en la que se había convertido el difunto Jacob Cunningham y pronunciar:

–Sorpréndeme.

–Si te digo la verdad, me siento como un becario el primer día de trabajo.

–Menos mal… Pensaba que era el único.

–Owen, te juro que esto es lo más extraño con lo que he tenido lidiar en mi toda mi carrera. A ver cómo te lo explico…

–Sin ambages –le acotó Reed.

–De acuerdo. Empecemos por las incisiones, la perfección del trazo… A pesar de lo escandaloso que pudiera parecer el resultado final, realmente es como si hubiera venido un alienígena y hubiera usado armas del futuro. Un láser quizá, pero tampoco hay quemadura. De hecho, no hay restos de ningún material. Y cuando digo ninguno, es ninguno. ¿Puede alguien matar con el éter?

–No lo sé, Kenneth. ¿Puede?

–No me he explicado. No me refiero al etoxietano.

–¿Etoxi… qué?

–Etoxietano. Es lo que comúnmente conocemos por éter etílico. No estoy hablando de ello. Hablo del éter como el elemento hipotético, ficticio si quieres, que llena la Tierra. El aire puro, Owen.

–A ver si me he enterado… ¿Quieres decir… que no hay nada?

–Hay dudas. Todas y cada una de ellas. Puedo describirte detalladamente cómo ha quedado cada parte del cadáver, pero ya te voy avisando que es denso. Terminarás antes si lees el informe que te he preparado. Hazte un favor y ponte un buen vaso de café mientras lo haces. O de *bourbon*. O mejor de las dos cosas juntas.

–Venía con la mentalidad de encontrarme el peor escenario posible, pero esto…

–Si te sirve de consuelo, sé que murió en el acto. La gran incisión desde la parte baja del abdomen hasta más allá del esternón se produjo de una vez, y desde dentro hacia fuera. No murió por pérdida de sangre progresiva. Los órganos del ex alcaide salieron volando. Para que me entiendas: como si una bomba hubiera explotado desde el interior.

–Pero una bomba hubiera destrozado el cuerpo.

–Sí. Y aquí lo que tenemos es un corte perfecto sin restos del arma homicida.

El sonoro aire expulsado a través de la boca de Reed originó una tenue estela de vaho que pronto se desvaneció como un fantasma al atravesar un tabique.

–Gracias por alegrarme el día –comentó, con evidente ironía, Reed.

Barnett posó una mano sobre el hombro izquierdo de su interlocutor. Le dio un par de palmadas y, a través de la mirada, le transmitió un apoyo cordial.

–Tranquilo, Kenneth. Sigue trabajando en ello, ¿de acuerdo? Voy a pasarme por el laboratorio de Elizabeth. Puede que ella tenga algo. Por mínima que sea, cualquier pista puede valernos.

El médico forense asintió y permitió que su superior le dejara a solas.

Reed caminó a lo largo del pasillo principal de la planta más baja de aquel edificio destinado a la investigación policial. Torció por una esquina con decisión y se posicionó frente a una puerta gris. Llamó con los nudillos antes de entrar.

–¡Adelante! –dijo la inspectora Rutherford desde el otro lado.

La sala a la que acababa de acceder el comisario no podía contener más material fotográfico. Los dos ordenadores existentes en el lugar se encontraban encendidos y tenían una serie de datos en la pantalla que Reed no atinaba a distinguir desde su posición. Pero lo que más le sorprendió es que junto a Rutherford, que tenía el pelo recogido en un moño gracias a un lápiz, se encontraba su marido. El comisario parecía haber interrumpido algún tipo de conversación.

–¿Debo esperar fuera? –habló, cortésmente, Reed.

Por la expresión relajada de sus rostros, el matrimonio dio a entender que no había motivo para que superior tuviera que salir de aquel laboratorio.

–No, Owen, tranquilo –exteriorizó el sargento Rutherford–. Solo hablábamos del caso. Bueno…, del no caso.

–No me digáis que vosotros tampoco tenéis nada.

El sargento Rutherford negó con la cabeza.

–Ni un solo indicio de que alguien entrara en la casa –añadió la mujer a la gesticulación de su marido–. Allí no hubo nadie que no fuera el señor y la señora Cunningham.

–¿Me estáis diciendo que estaos lidiando con un fantasma?

–Yo no he dicho eso, Owen.

Reed se cruzó de brazos y expresó:

–No veo a la viuda del ex alcaide haciendo algo así, la verdad.

–Nadie lo piensa –continuó hablando la inspectora Rutherford–. Pero el análisis de todas las pruebas no nos ha dado ninguna pista por la que poder tirar.

–¡Maldición! ¡Tiene que haber algo! –se enfadó el comisario, que empezaba a perder los nervios–. El desgraciado que haya hecho algo así no puede ser más listo que nosotros.

–No sé si será más listo, pero sabe perfectamente cómo ocultar sus huellas. Desde luego, mis conocimientos no dan para más. Lo siento mucho.

El sargento Rutherford puso la mano en el brazo que tenía en jarra su mujer y le mostró su afecto y fidelidad apretándolo con suavidad.

8

Era la hora acordada por Alvarado y Canfield.

Sin ningún imprevisto que se lo impidiera, él se encontraba, con el motor del coche todavía caliente, en frente del edificio en el que vivía su compañera de trabajo. Se trataba de un conjunto de cuatro viviendas pareadas de dos alturas sin la más mínima floritura. Llevaba ahí parado unos diez minutos, esperando que dieran las siete, intentando no parecer impaciente, aun a pesar de que aquella no fuera la primera cita que mantenían. Tal era así que hasta había llegado a conocer a la vecina de al lado, una señora mayor de origen puertorriqueño algo sorda y con la vista desgastada por la edad. Con respecto al piso de arriba, si no había cambiado la situación desde la última vez que Canfield estuvo ahí, se hallaba deshabitado. Aquellas dos circunstancias les otorgaban una gran privacidad, cosa que ambos policías realmente agradecían. Puesto que ya había comprobado la hora gracias a su TAG Heuer de pulsera, el inspector giró la muñeca y devolvió el brazo a su posición original, y en la que, evidentemente, lo sentía más cómodo.

En cuanto dio los dos primeros pasos en dirección a la vivienda de Alvarado, notó que un par de gotas frías golpeaban su rostro. Miró al cielo oscurecido por el ocaso y ennegrecido por las nubes. Unas cuantas gotas más le cayeron sobre la cabeza. Del mismo modo, impactaron en su ropa, creando pequeñas manchas húmedas aquí y allá.

–¿Ahora? No me fastidies… –pensó en alto el inspector de policía. Puesto que la lluvia se iba intensificando, aceleró el paso con la intención de mojarse lo menos posible y de que su ropa no

pareciera provista de lunares. Una vez dentro del pequeño porche que servía de entrada a la vivienda de Alvarado y protegido, así, de la lluvia, se acercó a la puerta y llamó. Esperó prudentemente, pero nadie acudió a recibirle. Llamó de nuevo, un par de veces seguidas esta vez, y obtuvo el mismo resultado, un resultado que lo seguía manteniendo a la espera. Canfield volvió a comprobar su reloj de pulsera de acero inoxidable chapado en oro. Efectivamente, había mirado bien la hora hacía apenas un minuto. Y el segundero corría como de costumbre. Contrariado, alargó el brazo e intentó abrir la puerta principal, lo cual consiguió sin esfuerzo. Fuera a propósito o por causas ajenas a la mujer que allí residía, el cerrojo no estaba echado por dentro. Se asomó al interior de la vivienda y pronunció–: ¿Lesly?

Pero Alvarado no respondió a la llamada de su amante.

Canfield miró a izquierda y derecha a través de la penumbra. La luz proveniente de las farolas en el exterior bastaba para discernir los detalles y las formas más evidentes en el interior de aquella vivienda. Olía a vainilla, como todas las veces en las que había estado anteriormente. Esto era debido a la costumbre de la propietaria del piso de encender velas con aroma a dicho fruto.

–¿Lesly, es algún tipo de juego?

El silencio fue la única respuesta que el hombre allí citado encontró después de hablar. En consecuencia, Canfield sacó su revólver, el cual llevaba oculto en una funda bajo la camisa, justo bajo el brazo izquierdo. Se insufló a sí mismo valentía mediante una larga, aunque callada, aspiración a través de la boca. El oxígeno llenó sus alveolos. De esa forma, se adentró en la vivienda con suma cautela, arma en alto, firmemente sujeta, e intentando hacer el menor ruido posible cada vez que las suelas de sus zapatos hacían contacto con el suelo. La lluvia, que empezaba a caer con más intensidad, emitía un repiqueteo que se colaba a través de la abertura de entrada y que se solapaba con los pasos de Canfield. En verdad, lo que en un primer momento le había parecido un fastidio, pues por ello iba a ver arruinado el aspecto de su ropa, ahora le parecía una circunstancia propicia para ayudarle a disimular su internada en la vivienda llegado

el caso de un encontronazo con un intruso.

Como Canfield conocía la casa, no le hizo falta dar la luz. Aun así, extendió un brazo (uno solo, con el otro debía sujetar el arma de fuego) para palpar los muebles menos perceptibles y, de ese modo, no tropezar ni causar un estrépito que lo pusiera en evidencia. Atravesó el salón de punta a punta hasta llegar a la zona en la que se iniciaba el recorrido de un pasillo. En el otro extremo, un fulgor intentaba escapar a través de las rendijas de la puerta de la habitación de la dueña del piso. Canfield avanzó a lo largo del espacio alargado como una polilla atraída por la luz. Silencioso en sus movimientos, no pudo serlo en los resultados. Desprovisto del vuelo oscilante propio de la mariposa cenicienta que le hubiera gustado ser en aquel momento, sus pies hicieron crujir el entarimado en varias ocasiones. Puede que dichos sonidos no hubieran sido significativos en otro momento, pero bajo aquellas circunstancias, acompañadas por la más total de las calmas, se sintieron como auténticas bombas al caer contra la tierra. Aun así, no conllevaron consigo ninguna consecuencia, ya fuera beneficiosa o desfavorable.

Cuando el inspector de policía de treinta y un años por fin tuvo al alcance la manilla, la giró y abrió la puerta. La luz salió despedida hacia el pasillo como el agua contenida en una presa en el momento de abrir las compuertas. Canfield se vio forzado a entrecerrar los ojos para no verse deslumbrado. Allí plantado, frente a aquella abertura que parecía una entrada a otra dimensión, Canfield separó progresivamente los párpados. Aun con aquel contexto, nunca dejó de tener a punto su revólver para disparar en caso de necesidad. Sin más sutilezas, traspasó el umbral.

No lo podía creer. No era posible, o al menos así lo consideraba él. Las puntas de los pies desnudos de su amante bailaban en el aire. No quiso mirarla a la cara. A pesar de ello, se vio en la tesitura de hacerlo. Una soga rodeaba el cuello de Alvarado. El rostro de la oficial de policía había perdido por completo su saludable tono bronceado y ahora era de un gris verdoso. Canfield continuó subiendo la mirada para seguir el recorrido de la cuerda. Este se iniciaba en el ventilador de techo, apagado en aquel momento, pero quién sabía si en

funcionamiento en el instante del fatal suceso. El cadáver se balanceaba de un lado al otro, como un reloj de péndulo. Así también lo hacía la sombra de la difunta oficial de policía, pues la luz incorporada en el aparato de aspas giratoria incidía verticalmente y desde arriba sobre ella.

Mil pensamientos se originaron en la cabeza del inspector de policía, pero uno de ellos fue tan poderoso que arrolló al resto: «¿Por qué lo había hecho?». Como atraídas por las gotas de lluvia que impactaban contra el cristal de la única ventana de la habitación, las lágrimas manaron de los ojos de Canfield al tiempo que una sensación de vacío lo invadía, sumiéndole en un estado de *shock* donde resultaba imposible distinguir qué era real y qué era ensoñado.

Sacudió la cabeza; respiró con dureza. Tuvo que porfiar en su condición de policía para lograr poner sus emociones a un lado. Muy a su pesar, observó con detenimiento las condiciones en la que se hallaba el cuerpo de la que había sido su amante y compañera de trabajo. Debido al discreto volumen de Alvarado, al menos en comparación con el suyo, se entendía a la perfección que el ventilador de techo con luz aguantara el peso. Sin embargo, lo que ya no resultaba tan obvio era cómo lo había logrado aquella mujer. Bajo los pies de Alvarado no había ningún medio de apoyo para lograr tal insensatez. Ni una silla caída, ni un taburete con el que mantener el equilibrio hasta decidir retirarlo de debajo de los pies… ¿Realmente había estado alguien allí y había simulado el suicidio de su compañera? Esta conjetura puso aún más en alerta a Canfield. El inspector de policía puso su arma a punto y se empezó a mover por todo aquel estudio con la intención de encontrar al supuesto responsable del fatal incidente. Por más que buscó, no encontró a nadie. Se decidió a continuar investigando por el resto de la casa, esta vez dando las luces a su paso, pero antes un teléfono sobre un escritorio lo atrajo y postergó la acción. Lo descolgó y movió el dial.

–Emergencias… –dijo una operadora al otro lado de la línea.

–Al habla el inspector Samuel Canfield, de la brigada de homicidios. Número de placa: dos, cinco, tres, tres. Se acaba de cometer un asesinato en el número seis de la avenida Ripplemeyer.

Repito, ha habido un asesinato en el número seis de la avenida Ripplemeyer. Se trata de la oficial Lesly Alvarado. Es probable que el responsable se halle todavía en el interior de la vivienda. Envíen refuerzos cuanto antes. Repito, envíen refuerzos.

El cuerpo de Alvarado seguía balanceándose a izquierda y derecha; no así aquello que se le antojó imposible a Canfield. El teléfono se le escapó de la mano y cayó al suelo, con el consecuente estrépito. El hombre se refregó los ojos con el antebrazo y, tras volver a mirar hacia el cadáver, y sin poder remediar que el ritmo cardiaco se le disparara, dirigió el cañón de su arma al frente. Dispuesto a apretar el gatillo, balbució:

–Qué cojones…

9

El izado a media asta de la bandera de los Estados Unidos de América declaraba el luto oficial, como así también lo hacía la corbata negra alrededor de cada cuello de los centenares de policías congregados en Township Auditorium de Columbia, todos y cada uno de ellos vestidos con sus trajes de gala. El mutismo en el lugar solo era roto por algún que otro carraspeo y llanto contenido, así como por las palabras del sacerdote que oficiaba la ceremonia. En las primeras filas del auditorio estaban sentados los familiares directos de los policías fallecidos (hermanos, padres, y demás parientes cercanos) que previamente habían acudido a reconocer los cuerpos en las instalaciones policiales y en donde todavía se encontraban estos. Próximos al hombre de Dios se hallaban las máximas autoridades competentes. Alcalde, concejales, jefes de policía… Ninguno se atrevía a separar sus barbillas del pecho. Presidiendo aquel servicio conmemorativo, dos enormes fotografías, una de la oficial Lesly Alvarado, otra del inspector Samuel Canfield, exhibían el rostro sonriente de sendos policías a todos los asistentes.

El acto duró un par de horas, durante las cuales, sin excusarse ni un minuto (ni siquiera para hacer sus necesidades), Reed y su equipo permanecieron atentos a todos los discursos y homilías cristianas. Las causas exactas en las que los dos jóvenes policías habían fallecido se habían ocultado a la prensa, en particular, y a la comunidad entera, en general. Tan solo los policías involucrados en la investigación y las máximas autoridades competentes sabían de los pormenores de aquellas muertes no deseadas por nadie. Era obvio que tarde o temprano pasaría; que en algún momento alguna filtración o algún periodista metería las narices en el asunto y sacaría a la luz los

detalles exactos del fallecimiento de Alvarado y Canfield, y, entonces, se demonizaría al inspector fallecido por haber ejecutado algún tipo de venganza mortal por celos, con el consecuente posterior suicidio. Sin embargo, la versión oficial, para desviar el foco de la opinión pública, y sobre la que también se estaba trabajando (no se podía descartar ningún escenario), era que aquellos dos policías habían muerto a manos de un asaltante del que aún no se tenía conocimiento de su identidad ni paradero.

Después de que la ceremonia acabara y que todos los asistentes abandonaran el lugar para regresar a sus hogares, Reed aprovechó para pasar un momento a solas frente a las fotografías de sus dos compañeros fallecidos, como si siguieran estando ahí con él, al pie del cañón, trabajando en un nuevo caso. Caminó meditabundo por el escenario, con la mirada perdida en todos los asientos. Vacíos. Solo el olor remanente de cuerpos con vida, impregnados de dolor, dejaba adivinar que hacía apenas unos minutos habían estado ocupados. ¡Pero quién sabía si la vida se convertiría en muerte! ¡Si tarde o temprano estaría investigando el caso de algunas de las personas que acababan de asistir al acto! Esperó que no fuera así, pero el mundo era cruel y las estadísticas, certeras. Al fin y al cabo, todos eran fantasmas de una u otra forma, como así lo indicaba los huecos de las butacas. Tan pronto podías estar en este mundo, como desaparecer de él.

Reed se sentó en el suelo, en medio de las dos grandes fotografías de sus queridos ex compañeros. El zapateo pesado de alguien lo sacó de su ensimismamiento.

–Pensaba que estaba solo –comentó Reed.

–Ya lo ve que no.

–¿Qué haces todavía aquí, J.T.?

–Supongo que lo mismo que usted. Reflexionar sobre lo ocurrido, pero empiezo a pensar que no ha sido buena idea. Vamos, jefe, descanse un poco. A este paso no llegará a viejo. Ni siquiera al final del día. Y todavía le queda toda la tarde por delante.

Reed sonrió con gran pesadumbre. Dio un par de palmadas en el suelo, justo a su lado. En consecuencia, Clark se sentó al lado de Reed, y también se quedó observando el vacío en el auditorio.

Los dos hombres permanecieron callados, junto a las fotografías de Canfield y Alvarado, sin hacer otra cosa que rendirles tributo. Finalmente, el oficial de policía de origen afroamericano miró de soslayo a su superior y pronunció:

–Les echaremos de menos.

–Sí. –Reed apretó sus nudillos, los unos contra los otros. A pesar de la fuerza empleada, no se dio cuenta de que la piel se le estaba empezando a pelar. En un momento dado, la presión de hueso contra hueso le obligó a parar de realizar aquel gesto. Giró la cabeza hacia su acompañante y confesó–: Samuel era responsabilidad mía. Todos los sois, pero él era mi protegido. Yo lo recomendé personalmente.

–Usted no ha podido hacer nada –contestó Clark mientras posaba la mano en el hombro de su superior–. Oiga, todos tenemos problemas, de una u otra forma. Jefe, no puede estar en todo. El mundo sigue su curso con o sin usted. Tuvo que ser así. Desgraciadamente. Ya nada se puede hacer por ellos. Bueno… Sí. Investigar qué ocurrió. Y para eso nos tiene a nosotros.

Reed expulsó una larga bocanada de aire por la boca y Clark volvió a poner la mano en el suelo.

–Me apetece un pitillo. –El comisario de policía sacó su paquete de Winston y se encendió un cigarro. Dio una calada bien larga, tanto o más que la bocada de aire caliente que acababa de expulsar antes ponerse a fumar. Desde luego, meter el humo cliente en sus pulmones, cargado de nicotina, se sintió mucho mejor que dejar escapar sus anhelos de hacer justicia por sus dos compañeros fallecidos. Aquel cigarrillo le encendió de alguna forma por dentro; prendió la mecha de un policía testarudo que era capaz de sacrificar su vida entera por obtener un buen resultado. Pero el procedimiento tenía que ir poco a poco, y Reed se acordó de una pregunta que debía hacer a cada uno de los miembros de su equipo.

–¿Sabías tú algo?

La interrogante contrarió a Clark, y por ello el oficial de policía vestido de gala y de grandes proporciones frunció su poblado entrecejo.

–No le sigo

–Lo diré de otra forma: ¿Qué hacía Sam en casa de Lesly a esas horas?

Las arrugas entre las cejas del oficial se estiraron. Así también lo hicieron las falanges del policía de grandes proporciones. Parecía costarle contestar por el titubeo de sus labios, pero después de toser un par de veces, en parte por el humo del cigarrillo del hombre que estaba sentado a su lado, se atrevió a hablar:

–Bueno, últimamente parecían estar… Como decirlo… Demasiado unidos, ya sabe…

–¿En serio?

–¿No se había dado cuenta? Y no estoy hablando de una o dos semanas. Llevaban algún tiempo. Pero como policías… Esas cosas es mejor llevarlas en privado. A menos que estés decidido a casarte, claro está.

–No sé cómo no he caído en la cuenta. –Reed miró a un lado y otro, a cada uno de los caballetes que sostenían las fotografías de los agentes fallecidos, mientras decía–: Vaya con Samuel… Y vaya con Alvarado… Qué calladito se lo tenían.

–Alvarado era muy reservada para esas cosas –comentó Clark–, pero a la postre todo se acaba sabiendo. O, por lo menos, intuyendo. Comisario…

Reed atendió a su amigo y subordinado.

–De verdad usted piensa que Sam… Ya sabe…

–No me gusta esa teoría. No creo en ella. Sé que Sam era un tipo honrado y de buen corazón. Pero como policías estamos en la obligación de investigarla. Ante todo, somos profesionales.

Clark miró a su superior con auténtica compasión. Asintió con la ligereza de un trozo de seda lanzada al viento y terminó por decir:

–No se fustigue. Atraparemos al cabrón que les hizo eso.

En ese instante, una de las muchas luces del auditorio se apagó. Al momento, un trabajador, desde lo alto de las escaleras, voceó:

–¡Lo siento, amigos, pero vamos a recoger! ¡Por favor, les pido que despejen la zona!

–Bueno, creo que es hora de que me vayamos –habló el comisario.

Los dos policías elevaron sus cuerpos desde el suelo del escenario, ayudándose el uno al otro, más Reed en Clark que este en su superior, no solo por la diferencia notoria de sus volúmenes, sino también por la edad, que los distanciaba en unos quince años.

–Oye, y no empieces sin mí el domingo, ¿de acuerdo? Estaré ahí a las nueve en punto.

Clark sacudió la cabeza y exclamó:

–¿¡Qué!? ¿De verdad está pensando en eso ahora? ¡Olvídelo! Ya me las apañaré yo solo.

–Es en lo que habíamos quedado, ¿no es verdad?

–Ya, pero eso fue antes de…

–Sé que lo estás pasando mal –cortó Reed a su interlocutor.

–Obvio, jefe. Que te quiten la custodia de una hija no es plato de buen gusto… a menos que seas un completo hijo de puta –explicó Clark con incipiente ira en sus palabras–. ¿Usted se cree que solo voy a poder verla unos pocos días al mes? Unos pocos días, como si fuera un delincuente. Yo soy el policía, ¿sabe? Ella fue la que mandó todo a la mierda.

–La ley es así –aseveró Reed.

–La ley debería cambiar en muchos aspectos.

–Sí, pero nosotros estamos solo para hacerla cumplir, no para cambiarla.

El oficial de policía de origen afroamericano se puso muy serio. No había rabia en su mirada, sino una bofetada de realidad.

–Que no podamos cambiar las reglas no significa que no podamos expresarnos libremente. En algún momento todos esos jueces y políticos tendrán que rectificar. Que alguien muera a manos de otro está mal, pero que, a un padre, que no ha hecho más que querer a su hija, no le dejan verla cuando quiera, también es un acto vil. Solo por el hecho de ser hombre.

–Lo sé, y lo comparto, amigo.

–No digo que justifique ciertos comportamientos, pero a veces entiendo alguna que otra reacción de la gente. Y eso me llena de culpa, porque sé que mi deber como policía es hacer que se acaten las normas.

Reed tomó firmemente por los brazos a su compañero; el orgullo se reflejaba en su cara. Movió la cabeza arriba y abajo una sola vez.

–Sé fuerte. Estaré para echarte una mano con todo lo que necesites. Por lo pronto, digas lo que digas, te ayudaré con la mudanza el domingo.

Parecía que Clark fuera a eximir otra vez a Reed de aquel compromiso, pero tras realizar una caída de ojos, manifestó:

–Gracias, jefe.

10

La muerte de Alvarado y Canfield había sido un mazazo para todo el cuerpo de policía, en general, y para el comisario Reed, en particular. Este acababa de aparcar justo en frente de su casa, y aunque ahí le esperaba una parcela llena de color en la que las fragancias florares se entremezclaban, para él no había más que un jardín de lleno de sombras. Apoyó la coronilla en el reposacabezas, miró al techo de su Ford Tempo, que no estaba a más de un par de palmos de sus ojos, y resopló. En su cabeza se originó un revoltijo de pensamientos, algo así como un maremágnum de malas sensaciones que le puso el estómago del revés. Los puntos a resolver eran tan inverosímiles como punzantes en su cerebro. Primero estaba el caso del ex alcaide Jacob Cunningham, del que no había ni una sola pista con la que iniciar una investigación consistente. A ello se le había sumado la trágica muerte de sus dos compañeros de trabajo y amigos. Pese a que aún era pronto para sacar conclusiones, todo lo relacionado con su muerte parecía sacado de la literatura *pulp*. Eso sin contar lo duro que era a nivel emocional para él; incluso habiendo recibido una formación policial en la que la muerte se manifestaba como algo innato a la profesión. Tarde o temprano, todo policía debía enfrentarse a ella, pero es que ver asesinados a dos miembros de su equipo se sentía igual que experimentar la muerte de dos familiares cercanos.

Por fin Reed se deshizo de todo aquello que le atormentaba, al menos momentáneamente. Necesitaba concentrarse en lo más inmediato, pues, como de costumbre, llegaba más tarde de lo que

dictaba su horario de trabajo. Ahora bien, esta vez al día todavía le quedaban unos minutos para dejar atrás el período crepuscular. Así, disfrutaría del descanso que todo ser humano necesitaba antes de enfrentarse a otra jornada de trabajo. Además, Devin estaría despierto todavía, y Reed podría pasar algún tiempo con él. Con respecto a su mujer, Amanda, seguramente no le reprocharía nada en tanto en cuanto ella sabía de la trágica muerte de Canfield y Alvarado y su buen talante le impediría entrar en cualquier tipo de conflicto dialectico dadas las circunstancias.

Cerró la puerta del Ford Tempo con llave, atravesó el colorido jardín (intentó recordar el nombre de aquellas flores altas de pétalos amarillos, pero no lo consiguió) y entró en su casa. Reed se dirigió directamente al salón. Para su sorpresa, allí, junto a su mujer, se encontraba una de sus vecinas. Las dos mujeres, sentadas en torno a la mesa, lo miraron como si acabaran de ser pilladas haciendo algo que debía permanecer en secreto. Sobre el tablero de madera se hallaban unas cuantas cartas del tarot, estratégicamente colocadas.

–Hola, Margaret –dijo, con tono monocorde, Reed.

–Owen… –contestó ella.

Algo molesto por encontrar a su mujer ejerciendo de una especie de guía espiritual, a Reed se le endurecieron las facciones. No obstante, no le contrarió la situación, ya que no era la primera vez que Amanda leía el futuro a través de la cartomancia a alguna que otra ama de casa frustrada, cuyas aspiraciones desembocaban en ver corregido un matrimonio desgastado y a la deriva. Entendió que la mejor manera de actuar pasaba por ser amable y deshacerse de la indeseable invitada con mano izquierda. Por ello, preguntó:

–¿Qué tal le va a Phil?

–Oh, bien… Le va bien.

–¿Sigue saliendo a hacer *jogging*?

–No… La verdad es que lo dejó. Ahora le ha dado por la pesca. Dice que es más relajado… y que así no se cansa.

Reed sonrió cortésmente, aunque sin poder evitar lo forzado de su gesto. Margaret, por su parte, y dándose cuenta del detalle, giró la muñeca y echó un ojo a su reloj de pulsera (que no a la hora), y

expresó:

–Bueno, será mejor que me vaya, se me ha hecho un poco tarde.

–No, mujer, quédate… –intervino Amanda, intentado sonar despreocupada.

–No quiero molestar. Además, Phil estará ya nervioso. En cuanto falto más de veinte minutos…

Margaret dio esa insustancial explicación con relativo nerviosismo al hablar y mientras se levantaba de la silla. Al hacerlo, las cuatro patas rozaron contra suelo de tal forma que provocaron un chirrido verdaderamente desagradable. A Reed le molestó tanto que hizo el amago de llevarse la mano a la oreja. En cuanto se repuso del ruido punzante, comentó:

–Dale recuerdos de mi parte.

–¡Claro! –manifestó la vecina–. Oye, ¿por qué no os pasáis un domingo por casa? Podemos hacer unos bistecs en la barbacoa. Ya sabes la mano que tiene mi marido para ello.

–Dalo por hecho –se apresuró a contestar Amanda–. ¿Verdad, cariño?

Puesto en una encrucijada en la que solo había una respuesta posible sin represalias posteriores, pero tampoco queriendo mentir descaradamente, Reed dijo:

–Ando bastante ocupado últimamente, pero por supuesto. Buscaré un hueco de donde sea.

Los Reed esperaron a que su vecina saliera de casa. Tan pronto como Margaret puso los pies fuera de su residencia, él clamó:

–¡Genial, Amanda, genial!

–¿¡Qué!?

–¿¡Cómo que qué!?¿¡Otra vez!? ¿Es que no tienes bastante con llenarte la cabeza de pájaros tú solita que también lo haces con las vecinas?

Amanda simplemente se quedó mirando a los ojos a su marido. Pasaban los segundos, pero a ese gesto no le acompañó ningún sonido articulado.

–¡Di algo, maldita sea! –se quejó Reed.

Los ojos de Amanda estaban llorosos. Tanto era así que su marido creyó verse reflejado en ellos, y el mundo transformado a través de aquellas superficies convexas no se le antojó más distorsionado de lo que estaba siendo con todas las actuales muertes inexplicables.

–No sé qué quieres que diga –emitió ella, tras lo cual se fijó en sus cartas del tarot dispuestas sobre la mesa.

–Algo como que vas a parar de creer en esas sandeces de una vez por todas.

Amanda intentaba reprimir el llanto por todos los medios. Lo que no pudo evitar es el paulatino moqueo por la nariz, pues la pena debía salir por alguna parte de su anatomía. Después de emitir un par de gemidos ahogados, la mujer indicó:

–Todo lo que les digo a esas mujeres es verdad, Owen.

Reed explotó:

–¡Joder, Amanda, con esa manía tuya al final seremos el hazmerreír del barrio!

Esta vez el llanto fue incontenible. Las gotas saladas recorrieron las mejillas sonrosadas de la mujer al tiempo que la respiración entrecortada le impedía decir nada más.

–Dios… ¿¡Es que no tengo bastante que todavía tengo que aguantar esto!? –Nada más terminar de quejarse, Reed se dio cuenta de la rudeza de sus palabras y de que había pensado en alto aquello que nunca tenía que haber traspasado sus labios. Cerró los ojos y, aunque su mujer no pudo llegar a apreciarlo, agachó la mirada detrás de aquellas dos cortinas de piel. Espiró dilatadamente con los labios apretados, pese a que ya era tarde para contener sus malas palabras. Reed agarró la silla en la que había estado sentada Margaret hacia escasos minutos y, haciéndola volar en el aire para no ocasionar otro sonido molesto, la colocó justo al lado de en la que estaba sentada su mujer. Se sentó próximo a Amanda y la abrazó con toda la ternura del mundo. Sintió el pecho de ella contra el suyo. Después de apaciguar a su esposa, Reed la enjugó las lágrimas con el puño de su camisa–. Perdona.

Amanda sonrió. Estaba claro que no para mostrar su alegría,

pues no existía atisbo de ella, sino para transmitir a su marido la recuperación de la compostura.

–¿Y Devin? –se interesó él.

–Está en su cuarto, haciendo los deberes. Lo que no sé es cómo no nos ha oído.

–Iré a verlo.

Amanda se dirigió a la cocina en busca de un vaso de agua con el que mitigar el mal rato vivido. Reed, por su parte, subió las escaleras y, ya en el piso de arriba, llamó con los nudillos en la puerta del cuarto de su hijo. En vista de que Devin no estaba dispuesto a abrir, Reed entró sin avisar por segunda vez.

El hijo del comisario tenía colocados en las orejas unos auriculares conectados a un *walkman*. En cuanto notó una mano en la espalda, el niño se los quitó.

–¡Papá!

–¿Cómo está mi pequeño?

–Bien.

Reed tuvo que hincar una rodilla en el suelo para ponerse a la altura de Devin. Entonces, padre e hijo se abrazaron. Las náuseas a causa de la muerte de sus compañeros de trabajo se convirtieron en una sensación reconfortante por la nueva vida. Todo por lo que luchaba estaba ahí, alrededor de sus brazos. Reed se creyó capaz de parar balas con su cuerpo si hacía falta para proteger a su vástago.

No tardó en darse cuenta de que aquello que estaba haciendo su hijo no concordaba con lo que le había dicho su esposa. Por lo tanto, protestó:

–O sea, ¿qué así es como haces los deberes?

–Es que me aburría.

–Eso no es excusa. ¿Y qué escuchas?

–Es Debbie Gibson. Apuesto a que no la conoces. Me lo grabó Corey. Su padre tiene un equipo de música nuevo. Tiene *Compact Disc* incorporado. Es lo más. Me ha grabado muchas canciones. ¿Compramos uno?

–Ya lo veremos… Por ahora, tenemos unos deberes pendientes.

–Es que no me apetece. ¿Me ayudas?

–Claro –expresó Reed–. Mmm… Se me ocurre una cosa. ¿Qué te parece si jugamos un rato antes?

–¿¡Sí!?

–Pues claro, pero solo un rato. Y después volvemos para terminarlos. ¿Trato hecho? –Reed estiró la mano y Devin, entusiasmado, juntó la palma con la de su padre. Se dieron buen y exagerado un apretón. Después de separar las manos, el mayor de los Reed preguntó–: ¿Y qué te apetece hacer?

–¡Unos lanzamientos! –El niño corrió a coger un guante y una pelota de béisbol, que mostró orgulloso–. ¿Podemos jugar con mamá? Con mamá y contigo. Aunque…

–Aunque, ¿qué? –pronunció, extrañado, Reed.

–No sé si mamá querrá.

–¿Por qué no iba a querer?

–Está triste porque nunca estás en casa. Y yo también…

A Reed le cogió de sorpresa esa contestación, pero sabía que era verdad, una verdad total y absoluta. ¿Qué podía hacer él? ¿Desentenderse del trabajo como si tal cosa? El mundo no funcionaba así, y menos para alguien con un puesto de responsabilidad como el suyo. Se mantuvo callado, intentando buscar una respuesta que no le comprometiera ni a él ni a su mujer y, por supuesto, que no afectara a su hijo. Tan pronto como entendió que lo mejor era contar la verdad, pero ajustada a un niño de seis años de edad, Reed profirió:

–¿Sabes lo que pasa, Devin?

–No, ¿qué?

–Ya sabes que papá se dedica a atrapar a los malos. ¿Y sabes lo que ocurre con los malos? Que no descansan. Salen de noche cuando la gente buena duerme. Se mueven por sitios donde nosotros no solemos ir. Así que a papá le lleva mucho tiempo ir tras ellos. Por eso estoy poco en casa. Si papá y sus compañeros no los atraparan a tiempo, entonces no podríamos vivir tranquilos. No podrías dormir por las noches relajadamente. Ni mamá podría ir a los sitios durante el día. Ni tampoco podrías ir a jugar con tus amigos sin que mamá ni yo nos preocupáramos. ¿Lo entiendes?

–Supongo…

–A medida que crezcas sabrás de lo que hablo. –Con una palmada en la espalda, Reed puso en marcha a su hijo.

Ejecutaron unos lanzamientos en el jardín hasta que la noche empezó a mostrar su cara. Entonces, padre e hijo volvieron al interior de la casa.

–Sube a tu cuarto, terminaremos los deberes en un santiamén –le dijo Reed a su hijo–. Voy un momento a ver cómo va la cena. En seguida estoy contigo.

Devin hizo caso a su padre y desapareció por las escaleras que lo situaban en el piso de arriba. Reed, por su parte, se dirigió a la cocina, donde Amanda terminaba de cocinar una ensalada Cobb y unos filetes de pollo fritos.

–Siento lo de antes.

–No hace falta que te disculpes otra vez –contestó la mujer sin dejar de prestar atención a los alimentos.

–No era mi intención ponerme así. Es que he visto a Margaret…

–¿Crees que me siguen el juego o algo así?

Reed se acercó a su mujer y con un suave movimiento la invitó a mirarlo.

–Es solo que no me gusta verte perder el tiempo con esas cosas.

–Owen, eso es lo tú crees. Estás cegado. Y no hay más ciego que el que no quiere ver. Cuando trabajas, aunque no estemos delante de ti, seguimos existiendo. Y cuando intentas resolver un caso, hay otros tantos que escapan a tu conocimiento. El mal está ahí. Siempre lo ha estado y siempre lo estará. Al igual que lo está el bien–. Después del razonamiento, Amanda puso las manos alrededor de las mejillas de su marido y concluyó–: Solo ves lo que tienes delante de tus ojos y muchas veces la vida va más allá. Hay cosas que la ciencia no puede explicar… como los sentimientos. Los sentimientos, Owen. Las risas, los sueños… Por más que los analices, nunca podrás atraparlos. Limítate a vivirlos. Porque están escapando constantemente a tu control y siempre será así sino intentas cambiar.

11

Estático, de pie sobre el pavimento, Reed observaba, como si de la cabeza de un gran fantasma se tratara, el edificio que incluía la vivienda de su difunta compañera. Las dos ventanas del piso superior lo vigilaban incesantes. Sabía que estaba deshabitada porque hacía dos días él, personalmente, había interrogado a los vecinos de la zona y había comprobado que justo encima del piso de Alvarado no había inquilinos. Los propietarios se habían instalado en Beaufort hacía unos tres meses y, por el motivo que fuera, no les había dado tiempo a buscar arrendatarios. El comisario de policía devolvió la mirada a la construcción compuesta por cuatro viviendas (dos en la parte a ras de suelo; dos en la planta superior). Sintió un escalofrío, aun a pesar de las altas temperaturas de aquel día. El más caluroso con diferencia en lo que llevaban de año, y sin importar que el cielo estuviera nublado. No eran de esas nubes blancas con las que alguien puede entretener buscando formas, ni tampoco nimbos portadores de lluvia con su característico color grisáceo; más bien se trataba de un día neblinoso llevado a las alturas, como si la bruma de la costa se hubiera adentrado kilómetros y kilómetros tierra adentro y hubiera decidido ocupar la parte más alta del cielo.

Las nubes deslavazadas permitían pasar la luz sin dejar que se formaran sombras definidas allá donde pisaban los mortales. Desde luego, aquel ambiente, raro como pocos, no invitaba a elevar el ánimo del desalentado comisario Reed. Este respiró hondo y echó a andar hacia la entrada de la vivienda en la que se había producido el doble crimen. A pesar del corto recorrido, a su frente le dio tiempo a generar

más sudor del que sus cejas podían recoger. Se sacó un pañuelo blanco de tela del bolsillo y se las enjugó. Cuando llegó a la puerta principal, atravesó el cordón policial como si tal cosa y entró. Experimentó un cierto alivio físico en lo que atañía a su temperatura corporal; no pasó lo mismo con lo que se podría definir como sus entrañas, ya que para Reed hablar de alma era como tratar el tema de la magia. Tal vez a un niño podías engañarlo, pero un adulto sabía que, tarde o temprano, el truco saldría a la luz y quedaría demostrado que todo había sido una ilusión.

El comisario de policía anduvo por el salón con las manos en la espalda, atento a todo y a nada en particular al mismo tiempo. Olfateó. Al olor a crimen todavía se podía percibir en el ambiente. Y es que parecía que quisiera encontrar una pista más olisqueando que ayudándose de la vista, al igual que un perro policía entrenado para hallar restos biológicos. A continuación, miró en los pocos departamentos en los que estaba divida la vivienda (no eran más que la cocina, el dormitorio y el baño) hasta acceder al estudio. Allí todavía se podía distinguir claramente la gran mancha carmesí que el suelo se había encargado de absorber. Era baladí, mas casi inevitable, pensar en que después de lo sucedido encontrar un comprador para los herederos de la vivienda se iba a convertir en una tarea ardua, pero fuera quien fuese quien llegara a adquirir aquel piso adosado iba a tener que arrancar el suelo y poner uno nuevo.

Los cadáveres del Canfield y Alvarado se encontraban en ese momento en la sala de autopsias, pero para Reed se tornaban tan vívidos como cuando había entrado a verlos hacía solo cuarenta y ocho horas. El comisario se pasó un rato investigando cada rincón de la habitación. Fue a mirar hacia el exterior, pero, sin previo aviso, la luz que entraba por la ventana se intensificó sobremanera. Más que las nubes hubieran dejado pasar los rayos solares, parecía que el propio cristal se hubiera encendido por artes místicas. Hasta tal punto dejaba pasar la luz que se concebía como si el mundo estuviera ardiendo ahí fuera. Por primera vez hasta donde alcanzaba su memoria, Reed no pudo retener sus emociones. Las glándulas lagrimales del comisario se pusieron a trabajar y dos gotas surcaron sus mejillas. Cayeron casi a

plomo, como si aquel hombre hubiera estado acumulando las penas a lo largo de los años y ya no hubiera sido capaz de contener un sentimiento de tristeza más. Las dos lágrimas se perdieron en los incipientes pelos de la barba. De una sola pasada, Reed se enjugó la cara con la manga de la camisa. Al retirarse el antebrazo del rostro, su mirada quedó clavada en el suelo. La luz proveniente de la ventana, pues era primera hora de la mañana y el Sol todavía quedaba bajo, proyectó la figura del comisario en el suelo. Entonces, sin poder mirar a otro punto que no fuera el de su propia sombra sobre el parqué oscurecido por el derramamiento de sangre del crimen perpetrado allí mismo, Reed lloró en silencio. La humedad en sus córneas se encargó de distorsionar la imagen, convirtiéndola en un lienzo impresionista, diluyendo el contorno de las cosas. Que pareciera irreal no significaba que no fuera verdad…

***

Un par de golpes suaves bastaron para que la inspectora Rutherford abriera la puerta del laboratorio al momento. Al ver a su superior, la encargada del laboratorio terminó de abrir del todo la hoja y lo dejó pasar. Reed husmeó con la mirada y dijo:

–¿Y tus chicos?

–Les he dado un descanso. Han ido a tomar café.

–¿Y tú?

–Sabes que normalmente no perdono un descanso, pero este es un caso especial. Aun así, estoy segura de que me lo traerán aquí.

–Un caso especial, curiosa forma de llamarlo. Yo más bien diría una putada de las gordas.

–En efecto. Esto es una mierda. Una completa mierda. Y me gustaría estar trabajando en cualquier otro caso que no fuera este. Y cuando digo cualquiera, es cualquiera. Ahora lo del ex alcaide casi me parece un regalo caído del cielo, con eso te lo digo todo.

–Lo sé. Créeme que lo sé –reforzó Reed las palabras de su compañera, tras lo cual se encorvó ligeramente–. ¿Puedo sentarme?

La inspectora Rutherford hizo un gesto con la mano que daba a entender que Reed tenía vía libre para acercarse a uno de los taburetes frente a la mesa con microscopios. Así lo hizo el comisario.

–¿Qué tal va la investigación? No he tenido el valor de ir a ver a Kenneth –confesó él.

–No te preocupes por eso. Ve a verle. La última vez que pasé por ahí, hará cosa de media hora, había devuelto los cuerpos a la cámara frigorífica.

–¿Tan pronto? No sé cómo interpretarlo.

La inspectora Rutherford sacudió la cabeza con la mirada gacha.

–¿Me quieres decir que estamos en punto muerto?

–Owen, no hemos encontrado nada. Absolutamente nada. Por lo que a la investigación respecta, Sam ahorcó a Lesly y luego se voló la tapa de los sesos.

–Pero eso no fue así. ¿Verdad que no? –Reed miró a los ojos a Rutherford de la misma manera que un condenado a muerte pide clemencia a quien tiene la potestad de revocar dicho desenlace.

–Ni en la peor de la peor de nuestras pesadillas. Estamos hablando de Sam. No era un actor, era un policía. El más leal y honrado de este departamento. De lejos.

–J.T. me dijo que Lesly y él estaban…

–¿Flirteando? ¿Tal vez saliendo? Claro, Owen. ¿En qué mundo vives?

–Jamás me di cuenta.

–Claro que no, estás demasiado concentrado en el trabajo. Mi marido tampoco, ¿sabes? Se lo tuve que decir yo. Los hombres no sabéis apreciar los detalles; sois tan simples que si no os pusieran las instrucciones del champú en el bote jamás sabríais que es para el pelo.

–Vaya… Me parece que te has pasado de explícita.

–Nunca se es demasiado evidente con vosotros. ¿O quieres que a partir de ahora empiece a insinuarte las cosas?

–¡Caray, no!

–Eso pensaba. Pues como te decía, tenían una relación. Amorosa. Algo más que simple sexo.

–¿Y eso qué quiere decir? ¿Que la mató por despecho? ¿Que encontró que la estaba engañando con otro? He estado rebuscando también en torno a esa vía. No hay nada. Sam no tenía ningún motivo

para matar a Lesly. No nos volvamos locos, ¿de acuerdo? Él era un tipo excepcional. Fuera el problema que hubiera tenido con Lesly, jamás hubiera tomado esa vía. Pero no podremos esquivar esa versión por mucho tiempo; pronto la prensa hará insinuaciones, y la explicación de que murieron asesinados por un asaltante pasará a formar parte del olvido.

Reed resopló. A continuación, casi rogando, preguntó:

–¿Y tú qué es lo que crees que pasó realmente?

–No tengo dudas: alguien los mató. Creo firmemente que la llamada que Sam hizo a emergencias era real; no estaba mintiendo. El problema… No tenemos pruebas de que alguien que no fuera ni él ni Alvarado estuviera allí, antes o durante el asesinato. –La inspectora Rutherford hizo una pausa y prosiguió–: En cierto modo, esto me recuerda al caso del ex alcaide Jacob Cunningham. Es como investigar lo investigable. No hay pruebas, no hay testigos, solo hay dudas y más dudas…

–Ahí quería llegar yo.

–¿A dónde? ¿A que no tenemos nada? Tarde o temprano daremos con alguna pista. ¡Vaya que si lo haremos!

–No, me refería al caso de Cunningham.

Rutherford observó expectante a Reed. No parecía comprender a su superior por el tipo de arrugas generadas en su entrecejo. Finalmente, tuvo que preguntar:

–¿Crees que tiene relación?

Reed se levantó del taburete, en el que simplemente había apoyado el trasero, sin despegar los pies del suelo, y pidió:

–¿Podrías mostrarme el informe de la Sombra?

–¿La Sombra? ¿Te refieres a Robert Colton Black? ¿Qué tiene que ver él con todo esto? Lleva muerto alrededor de…

–Tres años –atajó él. –Tú enséñamelo, por favor.

–Está bien, pero ya te aviso que es bastante denso.

–Da lo mismo.

Rutherford se aproximó a un imponente estante repleto de archivadores y empezó a rebuscar. En ese momento, el par de policías que trabajaban con ella en el laboratorio hicieron acto de presencia.

–¡Te traemos un café, Elizabeth!

Los dos policías se quedaron cohibidos por un momento al ver que la inspectora se encontraba acompañada.

–Buenos días, comisario Reed –saludaron ambos oficiales de policía.

–Buenos días, chicos.

–¡Reed, tómate mi café! –exclamó la inspectora Rutherford sin dejar de buscar entre la multitud de archivos–. Creo que lo necesitas más que yo.

El policía que llevaba la bebida humeante de la inspectora Rutherford le entregó el vaso a Reed sin que a este le diera tiempo a negarse. El comisario experimentó por un momento un suave calor en la palma de su mano derecha y lo agradeció. Últimamente todo lo concerniente a su vida se sentía frío y sin vida.

Los dos trabajadores cuyas tareas policiales se concentraban en el laboratorio se alejaron para continuar con una conversación inacabada, ya que al entrar por la puerta la presencia del comisario parecía haber reprimido una serie de chascarrillos. Los datos concretos fueron inaudibles para Reed, pero oyó frases sueltas acerca de persecuciones policiales y chistes variados. Enseguida entendió que se trataba de algún tipo de película y dejó de prestarle importancia. La ficción no le interesaba lo más mínimo y apenas tenía tiempo para distraerse con cosas que no pertenecieran a la realidad más inmediata. Se llevó el café a los labios y pegó un sorbo. Casi de inmediato, lo escupió. Involuntariamente. Contuvo todo el líquido que fue capaz dentro de la boca para no parecer grosero y causar malestar en sus acompañantes. Todos se quedaron observando su reacción desmesurada.

–Joder, ¿cuánto azúcar lleva esto?

–Cuatro cucharadas –comentó la inspectora de policía, que prosiguió con su búsqueda.

–Lo siento mucho, comisario –se excusó uno de los jóvenes policías del laboratorio; más en concreto, el que le había entregado el vaso–. ¿Quiere que le traiga otro?

–No, no, gracias. Es solo que no me esperaba este dulzor. Es

casi como meter la cabeza en una máquina de algodón de azúcar.

–¡Lo tengo! –Rutherford exhibió el informe sobre el asesino condenado a la silla eléctrica Robert Colton Black. Tuvo que agarrarlo con las dos manos debido a su grosor. Se acercó a Reed y le entregó el informe. Entonces, pronunció:

–Y ahora, ¿me vas a decir lo que se te pasa por la cabeza?

–Caray, cómo pesa –se quejó Reed mientras tanteaba el peso de la carpeta con el informe requerido.

–Venga, Owen, deja de dar largas. Ya tienes lo que querías. ¿Qué es lo que pretendes?

–Mmm... Sé que es una locura, pero... ¿y si alguien se ha propuesto seguir la estela de la Sombra?

–¿Te refieres a que podría haber un imitador? Ha pasado mucho tiempo desde aquello.

–No tanto, en realidad.

–Pero ¿con qué intención? ¿Y por qué ahora?

–Verás... No hablo tanto de un imitador como de una especie de vengador o... Bueno, llámalo como quieras.

–Sabes que suena a que se te está aflojando un tornillo, ¿verdad?

–Es posible, pero debo asegurarme de una cosa.

–Si así te vas a quedar más tranquilo, adelante. No tengo nada mejor que ofrecerte... por el momento.

Reed sonrió. Tomó la mano de su compañera y expresó:

–Eres una gran policía, por eso formas parte de mi equipo. Jamás podría haber llegado tan lejos sin vosotros.

–Y que lo digas. –Rutherford guiñó el ojo derecho acompañado de una mueca.

–Necesito pedirte otra cosa.

–Dispara.

–¿Podrías conseguirme también las fotografías del periodista que documentó la ejecución?

Rutherford frunció el ceño. Con la mirada fija puesta en Reed, si no estaba tratando de analizar las intenciones de su superior a través de los rasgos faciales le estaba echando un mal de ojo, y esta

segunda opción no se antojaba muy probable.

–¿De la Sombra? Entiendo que te refieres a las originales.

–Sí, no quiero impresos de periódico. ¿Podrías hacer eso por mí?

–Hablaré con Wayne. Si mal no recuerdo tiene un contacto muy bueno dentro del *The State*. Le debe varios favores. Cómo se llamaba… –La inspectora Rutherford hizo memoria hasta que finalmente encontró lo que buscaba en su cerebro y afirmó–: Duckstein. Cómo olvidarse de ese apellido. También se hablaba con otro tipo que creo que trabajaba para el *The Post and Courier*. Pero no estoy muy segura de esto último. Sea como sea, dalo por hecho.

***

Las manillas marcaban veinte minutos pasadas las tres de la tarde. Reed se bajó la manga de la chaqueta y volvió a ocultar su reloj de pulsera, un regalo de Amanda por su trigésimo séptimo cumpleaños. Tal vez si no veía el transcurrir del tiempo la espera resultara más corta, pero pronto desechó esa idea. Y es que daba lo mismo. El nerviosismo, en forma de temblor, se había apoderado de sus rodillas hacía más de media hora, y cuatro cigarrillos no habían sido suficiente para aplacar aquellas sacudidas rápidas y frecuentes. Fue a por el quinto, pero la nicotina de aquel último pitillo fue como beber agua. La ventanilla abierta dejaba escapar el humo, que se mezclaba invisiblemente con los gases nocivos de los tubos de escapes de los vehículos. De forma inconsciente, casi instintiva, se subió nuevamente la manga; no obstante, esta vez reemplazó una nueva ojeada al reloj por otra calada, pues ¿cuánto tiempo podía haber transcurrido? ¿Treinta segundos? Pensó otra vez en aquel obsequio de su mujer. ¡Caramba! Ya había pasado un lustro desde aquello. Los años pasaban como las hojas de papel de un libro al viento; las arrugas se pronunciaban en los rostros de la gente con la intención de mostrar al mundo sus vivencias y preocupaciones; y él… Sus logros policiales hablaban por él. Siempre hablaban por él.

Dos golpes en la luna del asiento del acompañante lo espabilaron. Reed había caído en un estado de semiinconsciencia. Se desperezó con una sacudida de cabeza y dio una calada rápida a su

cigarro de la marca Winston. ¿Realmente estaba consumido? Pero ¿cuándo había pasado para eso? El comisario de policía no supo discernir si lo había fumado mientras dormitaba o la propia acción de la combustión se había encargado de agotar la columna de tabaco. Se miró la entrepierna y no atisbó rastro alguno de ceniza. Supuso que se lo había fumado sin darse cuenta. Reed lanzó la colilla al asfalto y aguardó impaciente a que Elizabeth, tras abrir la puerta del vehículo, se sentara a su lado.

–¡Cuánto has tardado!

–¡No sabes el revuelo que tienen ahí dentro…! ¡Y yo me quejo de la comisaría…!

–Lo sé, son como tiburones. Siempre al olor de la sangre, compitiendo unos con otros por obtener el mejor bocado… No me imagino una profesión más diferente a la nuestra. Ojalá nos quedáramos en paro porque no tuviéramos nada que investigar. ¿Te imaginas un mundo así sin delitos que investigar? Supongo que ellos los inventarían con tal de ganar dinero.

–Vamos, Owen, ¿me estás tomando por tonta? ¿Y qué es lo que harías tú, excepto aburrirte?

–Algún día… a quien voy a poner entre rejas es a ti.

–¿A mí? ¿Y eso por qué?

–Porque tarde o temprano vas a matar a alguien con ese humor tuyo tan lamentable.

–De acuerdo, de acuerdo… Por lo pronto, toma, aquí tienes hago con lo que pasar el rato y olvidarte de mí.

Gracias a un ágil movimiento de mano de Elizabeth, un sobre mostaza, bastante grande, casi de dos palmos de alto por tres de ancho, salió de su bolso y descansó en el regazo de Reed. Antes de tomarlo entre sus falanges, este subió la ventanilla. El ruido de los vehículos que circulaban por la calzada quedó aplacado. Ahora disponía de la intimidad suficiente para hablar de lo que le había llevado hasta allí. Pero primero, acuciado por una curiosidad impetuosa, el dueño del vehículo abrió el sobre. Sacó una serie de fotografías. La primera sensación que experimentó fue de repugnancia. Volver a ver la cara de aquel tipo, un hombre que había asesinado a

tantas personas inocentes, le revolvió el estómago. Pasó las imágenes con cierta celeridad, pues su objetivo no lo conducía a investigarlas en ese momento (para eso ya habría tiempo), sino simplemente consultar cuál era el material con el que contaba. Una de las fotografías, en la que la imagen de la Sombra ocupaba mayor parte del cuadro en comparación con las otras, le hizo detenerse sobre ella. La contempló con incomodidad. Robert Colton Black parecía mirarle directamente a los ojos, como si realmente lo tuviera frente a él en ese instante y aquello no perteneciera a una representación del pasado.

–Le debes una cerveza.

La voz de su acompañante le devolvió al asiento delantero de su Ford Tempo. Observó a Rutherford, extrañado.

–A Wayne. Por haber conseguido las fotografías. No ha sido fácil. Bueno, a Wayne y a mí. Que también me lo he tenido que pelear.

–¿Ha pedido algo? –se interesó Reed.

A Elizabeth se le escapó una fugaz, aunque sonora, risa. A continuación, dijo:

–Por supuesto que ese periodista ha pedido algo. Siempre quieren algo.

Una sensación de inferioridad invadió a Reed, pues en ese momento tuvo la certeza de que el favor le iba a salir muy caro, y él odiaba depender de las personas que hacían las cosas llevadas por la codicia. Sea como fuera, no había marcha atrás e iba a tener que ceder ante cualquiera que hubiera sido el acuerdo de la inspectora Rutherford y el periodista del *The State*. Estaba a punto de hacer la pregunta de la que no quería que hubiera una respuesta. Al igual que un niño pequeño, le hubiera gustado taparse los oídos mientras la escuchaba, como si de esa forma aquella información nunca fuera a ser parte de la realidad. Después de hacerse a la idea, pronunció:

–¿Y bien?

–La exclusiva –sentenció Rutherford–. Sea cual sea. Quiere ser el primero en enterarse de lo que averigüemos, y también el primero en hacer una pregunta en la rueda de prensa.

–¿¡Qué!? ¿¡Ni siquiera yo sé lo que estamos buscando exactamente!?

–Es el trato, Owen.

–De acuerdo, pero puede que no hallemos nada.

–Entonces, estamos jodidos –confesó la inspectora de policía– porque no parará hasta sacar algo que nos perjudique. Y, en estos momentos, con la muerte de Canfield y Alvarado, no nos podemos permitir dar un paso en falso.

Reed giró el contacto del coche y el motor comenzó a rugir. Condujo en silencio, sin encender la radio, mientras le daba vueltas a todo lo que tenía en la cabeza. Cuando Rutherford y él llegaron a las inmediaciones de la penitenciaria en la que había sido encarcelado y ejecutado la Sombra, el comisario aparcó en el primer lugar que le vino en gana. En cuanto el Ford Tempo dejó de consumir gasolina, la inspectora de policía giró la cabeza hacia su superior y preguntó:

–¿De verdad piensas que podremos entrar? Esa prisión lleva cerrada unos dos años.

–Dos años y tres meses para ser exactos. Desde que prohibieron en este estado la pena capital por electrocución.

–El inicio de una nueva época, supongo.

–Sí. –El gesto de Reed se torció; masticó algo que no llevaba en la boca–. Una época que nos necesita más que nunca.

De repente, el silencio pareció ser el único ocupante del coche. Rutherford se empezó a poner nerviosa a juzgar por su respiración. La ansiedad le llevó a romper el mutismo.

–¿Me vas a contar de una vez por todas de qué va todo esto?

–Es solo una corazonada. Te lo explicaré cuando entremos. Coge tu cámara.

La inspectora de pelo rubio giró el tronco y agarró la bolsa gris que contenía su equipo fotográfico, la cual aguardaba en el asiento trasero. Volvió a sentarse convenientemente, a la espera de una orden por parte de su superior.

–Por lo otro, no te preocupes, ya me ocupé de eso.

Rutherford frunció el ceño y miró, extrañada, a Reed. Negó levemente con la cabeza, como no entendiendo nada de la última frase que acababa de oír.

–A lo de entrar me refiero –aclaró Reed, mirándola de soslayo,

pues parecía mucho más interesado en la prisión cercana a ellos que en su interlocutora–. Solo he tenido que mover un par de hilos. A mí también me deben favores.

Los policías bajaron se bajaron del Ford Tempo y se aproximaron hasta la entrada principal del recinto, donde les esperaba un hombre canoso y triste, de protuberante barriga y provisto de un mono gris, lo que todo en su conjunto le otorgaba el aspecto de algún tipo de subalterno hastiado por la rutina del trabajo y, por qué no, también de la vida.

–Hola, Joseph.

–Buenas tardes, comisario. –El hombre barrigudo se quedó observando a la acompañante de Reed, como esperando a ser presentado.

–Oh –pronunció Reed, que se dio cuanta al instante del detalle–. Esta es la inspectora Rutherford. Viene a echarme una mano. Ya sabes, cuatro ojos ven más que dos.

Aquel subalterno con mono gris mostró un gesto de amabilidad a la inspectora de policía. Rutherford le devolvió la sonrisa con la misma empatía.

–Síganme.

Los dos policías fueron tras los pasos del hombre que los había estado esperando allí, quien abrió, gracias a un gran manojo de llaves, un par de puertas en la alambrada que rodeaba todo el recinto.

Si solo había estado cerrada por un poco más de dos años, aquella penitenciaria llevaba el paso del tiempo muy mal. Reed la vio imponente, casi como un castillo sacado de una historia para amedrentar infantes. La equiparó con un ser humano, con alguien avejentado en exceso por el uso de drogas y de la dura vida en la calle, haciendo frente a las inclemencias climatológicas con solo unos cartones como casa y un brik de vino como sustento alimenticio. Hacía calor, pero era como si el frío escapara de la edificación por cada hueco y rendija que pudiera encontrar. Pronto Reed se dio cuenta que no se trataba de la prisión sino de su propia piel. Observó furtivamente a su compañera y fue consciente de que Rutherford, que vestía blusa corta, también tenía la carne de gallina. Volvió a

contemplar aquel edificio alargado. A medida que se acercaba apreciaba con más facilidad todos los detalles. Una prisión en el mismísimo infierno no podría haber tenido un aspecto más tétrico y conminatorio. Sin embargo, Reed sabía que nada pasaría una vez en el interior. Allí solo vivirían ratas e insectos, quizá aves que se hubieran colado por alguna abertura, y ninguno de ellos le causaba excesiva repulsión, como así esperaba que fuera también en el caso de Rutherford.

Llegados a la entrada principal, los tres visitantes se adentraron en la penitenciaria propiamente dicha. El hombre que acompañaba a los dos policías tuvo que abrir previamente la puerta con sus llaves. Encendió una linterna y le dio otra a Reed. El polvo y las telarañas se acumulaban en cada rincón. Se transportaron a otra época, donde el silencio reinaba sentado en un trono de sigilo. Solo el sonido de las suelas de los tres pares de zapatos al pisar contra el suelo, rompiéndolo, fragmentándolo, era capaz marcar el transcurrir del tiempo del lugar. Reed y Rutherford siguieron al hombre de aspecto afligido, el cual parecía conocer muy bien aquellos pasillos.

–¿Está seguro que sabe a dónde vamos? –preguntó, con cierta inquietud en el tono, la inspectora de policía, una inquietud amplificada por el eco.

–Claro, señora –respondió el hombre que la guiaba.

–¿Trabajó usted aquí?

–En efecto.

–¿Qué era? ¿Funcionario de prisiones?

–Joseph se encargaba de la limpieza –se adelantó a contestar Reed–. Después de que este sitio cerrara, lo recolocaron en el Archivo General.

–A unos los prejubilaron, como al alcaide Cunningham, que en paz descanse –explicó Joseph–. A otros nos tocó seguir trabajando en otros lugares, desgraciadamente.

Reed dio un par de palmadas en la espalda a su guía, se volvió hacia Rutherford, sin dejar de caminar, y comentó:

–Normalmente en tu trabajo tienes acceso a determinados sitios. Pero la limpieza… Ah, todo tiene que limpiarse. Solo los

empleados encargados de la limpieza pueden ir de acá para allá sin que a nadie le escame.

Subieron unas escaleras y torcieron un par de pasillos. Finalmente, Joseph anunció:

–Hemos llegado. La celda de la Sombra.

El corrimiento del metal oxidado y el consiguiente golpe seco que indicaba el final del recorrido de la puerta se sintió como un trueno antes de la tormenta. Rutherford y Reed vacilaron antes de entrar. El somier de un camastro, un váter y un lavabo era lo único que había allí. Y mugre, tanta como cabía esperar.

–¿Quieres que haga fotos?

–No, todavía no.

Reed investigó, sin tocar nada, aquel cuarto. No encontró nada físico que le llamara la atención. Con lo que sí dio fue con una serie de pensamientos que poco iban a beneficiar a la investigación. Estaba convencido de que el asesino en serie que había pasado allí sus últimos meses de vida había dormido a pierna suelta. Ningún remordimiento; ningún atisbo de arrepentimiento. Sin nada más que hacer entre aquellas cuatro paredes de hormigón sin pintar, con toda probabilidad la Sombra habría pasado cada minuto regocijándose de sus terribles actos. Incluso se habría tocado. El asco tomó forma de escupitajo en el comisario Reed.

–Prosigamos –ordenó.

Los dos policías siguieron a Joseph hasta la planta de abajo. Salieron de la zona de celdas, y pasaron por una serie de estancias mucho más amplias, algunas de ellas destinadas a los funcionarios por la ubicación y el complicado acceso.

Por fin, llegaron al lugar deseado por Reed: la sala de ejecuciones. Allí permanecía, como un inquilino imperecedero, la silla eléctrica. Tan vieja como intimidante.

–Este sitio me pone los pelos de punta –confesó Rutherford.

–Pues imagínese tener que limpiarlo. Todos a los que achicharran terminan por hacerse las necesidades encima –se quejó Joseph.

–Lo siento…

Reed entregó el sobre mostaza a Rutherford y dijo:

–Inspecciona las fotos. Tú tienes un ojo clínico para estas cosas.

La inspectora de policía sacó las fotografías y, con la ayuda del haz de luz de la linterna que portaba Reed, las pasó una a una con detenimiento, estudiándolas.

–¿Qué personas asistieron a la ejecución? –preguntó él.

–Somos nosotros… junto a las autoridades competentes –contestó ella–. También están las familias de las víctimas.

–Y los funcionarios públicos –agregó Reed.

–Sí, claro. Y los funcionarios, obviamente

–¿Seguro que no hay nadie más?

Rutherford examinó las fotografías con aún más detenimiento. Una a una. Finalmente, sentenció:

–Sí, Owen. Estoy segura. Compruébalo tú mismo si quieres.

–Está bien, está bien… –articuló Reed casi como si estuviera disculpándose. A continuación, extendió la mano–. Hagamos una cosa. Dame la mitad.

Rutherford calculó a ojo y le entregó a su superior un buen puñado de fotografías. Este las examinó con detenimiento.

–No te fías, ¿eh?

–No es eso, Elizabeth –contestó Reed, pero no miró a su compañera. En vez de eso, sus ojos se mantuvieron abstraídos en las fotografías. Sin lugar a dudas, estaba pensando en algo, algo que le estaba costando horrores ubicar en el lugar.

Tras unos segundos de tremenda curiosidad por parte de Joseph y Rutherford, durante los cuales respetaron la profunda reflexión por parte de Reed, el comisario extendió el brazo con el dedo índice estirado. Lo movió en varias direcciones al azar, como si no supiera muy bien lo que estaba haciendo, y pidió a su compañera de trabajo y amiga:

–Busca el sitio exacto desde donde se hicieron y dime si ves algo extraño.

–¿Cómo qué?

–Lo que sea, da igual. Por insignificante que te parezca. Usa el mismo ángulo, como si realmente estuvieras tomándolas tú.

–¿Puedo hacer algo yo, comisario? –preguntó el hombre que los había dejado pasar y guiado hasta ahí.

–No, gracias, Joseph. Por favor, préstale un momento la linterna a la inspectora.

–Por supuesto –respondió el hombre barrigudo, que entregó con gran rapidez la linterna a Rutherford.

Reed y Rutherford se dirigieron a puntos diferentes de aquella sala en la que se había aplicado la pena capital por electrocución decenas de veces, y que ya nunca se realizaría más. El comisario de policía tomó la primera fotografía y la comparó con lo que estaba viendo. Nada anómalo, a excepción del paso del tiempo y de la ausencia de cualquier tipo de alma. Se quitó la fotografía de delante de los ojos y observó a su compañera. A diferencia de él, ella se encontraba de cuclillas, intentando conseguir la toma exacta a través de sus retinas.

Comisario e inspectora estuvieron varios minutos desplazándose por la sala, comparando lo que veían sus ojos con las imágenes impresas papel fotográfico que tenían en las manos.

–Nada, nada, nada… –se lamentó Rutherford.

–Continúa, por favor –le pidió Reed.

Las posiciones y los ángulos de las cabezas de los policías se sucedieron hasta que al final no hubo más fotografías que comparar con el lugar en que se hallaban.

Reed dio un sonoro resoplido; negó con la cabeza. Rutherford, por su parte, se quedó a la expectativa, a expensas de que alguna palabra saliera por la garganta de su superior. Él bajó el taco de fotografías que sostenía y le dijo a su compañera de profesión:

–Está bien, Elizabeth. Déjalo. Puede que solo hayan sido imaginaciones mías. A veces mi intuición también falla.

Rutherford se aproximó a él y le puso una mano en el hombro, con suavidad, pero lo suficientemente acomodada para que sintiera su calor.

–Owen, eres un buen hombre, pero te exiges demasiado. Llevas mucha presión encima y eso no es bueno. Y, ahora, el asunto de Lesly y Sam… Nos ha sobrepasado a todos. Mezclar temas personales con el

trabajo nunca es bueno. Tú mismo lo has dicho innumerables veces.

Resignado en su tono, y con la cabeza gacha, el comisario de policía pronunció:

–Puede que tengas razón.

–Antes que policía soy mujer. Tengo razón.

Reed se rio. Nada de una sonrisa o forzar sus cuerdas vocales. Una risa de verdad, por escueta que fuera. Hacía bastante que no reía. Y lo agradeció.

–Sé que te sientes culpable, pero necesitas desconectar. No puedes continuar así. Acabarás perdiendo la cabeza.

–Trataré de hacerlo. Lo prometo –contestó Reed sin mucha convicción. Luego puso las manos de Elizabeth entre las suyas y sonrió con los labios apretados–. Solo hazme un último favor…

–Claro, cómo no… Tú dirás, Owen.

–Documenta la escena, ¿de acuerdo? Pero…

Rutherford sacó una mano de aquel cálido sándwich de carne y huesos y la posó en el hombro de Reed más cercano a ella. Sin postergar más la confidencia, susurró:

–Ya lo sé. Esto es algo entre tú y yo. Tranquilo, lo analizaré en el estudio de mi casa.

12

No podía de ser de otra persona, y más a esas horas de la mañana. Reed llegó a la hora acordada con Clark, pero su compañero parecía haber empezado sin él. Frente a la entrada de bloque de pisos en el que Clark estaba a punto de dejar de vivir esperaba aparcado un camión de U-Haul con las puertas semiabiertas y la mitad de carga en su interior. No era un vehículo demasiado grande; lo justo para que cupieran las pertenencias de una sola persona. Según le había comentado días atrás, pues ya llevaba semanas buscando un nuevo hogar en el que reiniciar su vida sin su esposa y sus dos hijas, su nuevo destino sería Dentsville. Apenas lo separarían seis millas del centro de la ciudad de Columbia y, por ende, de sus hijas y de su trabajo. Allí la reducción de los precios de la vivienda resultaba considerable en comparación con los de la capital del estado, y tan solo había que circular por la Two Notch Road, que conectaba uno y otro punto. Además, uno de los establecimientos preferidos de Clark para tomar un desayuno en condiciones equidistaba de ambas poblaciones, y había prometido invitar a Reed a desayunar de camino a su nuevo hogar en agradecimiento por la ayuda.

Reed atravesó la vasta entrada al edificio de viviendas, pero justo en el momento en el que se iba a introducir por la puerta principal una caja de color avellana lo golpeó en el pecho.

–Perdón… –se disculpó la persona que portaba aquel cartón de ángulos rectos.

–Te dije que no empezaras sin mí.

Clark bajó un poco la caja y asomó la cabeza. Entonces, vio a

Reed sonriendo de lado y con los brazos en jarra.

–¡Jefe…! –exclamó sorprendido el hombre que se estaba mudando forzosamente–. No hacía falta que se molestase, de verdad. Es sábado. Debería estar con su familia.

–Era lo pactado. Y no me llames jefe fuera del trabajo.

–La costumbre. –Clark dobló las rodillas y apoyó la caja de cartón en el suelo. Después, le apretó con efusividad el antebrazo al que iba a ser su ayudante por ese día y dijo–: Me alegra verle. Fuera del trabajo, me refiero. Una cara amiga en estos momentos es importante.

–¿Cómo te encuentras, J.T.? –se preocupó Reed.

Clark torció el gesto, encogió el hombro derecho y ladeó la cabeza hacia ese mismo lado. Luego expresó:

–Ya sabe… No es un buen momento.

–Tranquilo. Todo pasará y te recuperarás. Poco a poco. –Reed sabía que las cosas no eran tan fáciles como recitar una frase manida y que el proceso de recuperación sería largo y doloroso para su amigo. Sin saber cómo, en su mente se dibujó la imagen de Amanda y Devin. ¿Cómo se encontraría él mismo en el caso de estar pasando por una situación similar? La angustia invadió las cavidades de su corazón, pues el estado de su matrimonio no era el más boyante que se dijera. De hecho, la unión con su esposa atravesaba el peor momento de su historia. Eso le hizo calcular las probabilidades de que Amanda le pidiera el divorcio y entendió que, si la separación no era inminente, tarde o temprano sería una realidad. Un escalofrió lo obligó a sacudir el cuerpo. Reed se fijó en la palabra «FRÁGIL» escrita con rotulador en la caja con la que había chocado. Debido a ello, y para distraer su mente y centrarse en cosas mucho más inmediatas, comentó–: Espero no haber roto nada.

Clark se fijó en que los ojos de su interlocutor estaban puestos en la caja.

–No se preocupe, la cristalería va en otra. Son recuerdos, pero no lo veo tan fuerte como para romperlos con un simple choque.

–¿Me estás llamando blandengue? Espera a verme en acción… –dijo Reed con tono jocoso y mientras se remangaba.

Los dos hombres rieron brevemente. Tan pronto como las risas se perdieron en el aire como dos carboneros de Carolina volando hacia el cielo, Clark expuso:

–¿Por qué no va metiendo esta caja en el camión? Ya me encargué de sacar todo del piso. Todo lo que queda está en el trastero. Iré preparando lo más pesado para hacerlo entre los dos, ¿le parece bien?

–A mandar. Hoy tú eres el jefe.

Clark agradeció la broma y, a continuación, informó:

–Cuando entre, los trasteros se encuentran en el primer sótano. Trastero dieciséis. Casi al final del pasillo, a mano derecha.

–Entendido. –Sin decir nada más, Reed se encorvó y levantó la caja, y la encaminó hacia el pequeño camión alquilado de U-Haul.

A su espalda, Clark entró de nuevo en el edificio.

***

Tratando de arrastrar marcha atrás y por sus propios medios una taquilla algo más grande que él, Clark se dio con la coronilla contra la bombilla que colgaba del techo. El descuido y, por supuesto, su gran estatura llevó a ello. La pieza redondeada de cristal desprovista de lámpara comenzó a oscilar a un lado y a otro. En consecuencia, la sombra de Clark también empezó a moverse, deformándose, pasando de una posición diminuta bajo sus pies a proyectarse de forma estirada en dos de las paredes, enfrentada una con otra. El oficial de policía de origen afroamericano se limpió el sudor de la frente y observó detenidamente el penduleo de aquella luz amarillenta. El movimiento de vaivén le trajo a la mente a Alvarado. Se la imaginó colgada del cuello mientras su cuerpo se balanceaba sin vida. Un sentimiento de aversión hacia su propia persona lo invadió. También lo entristeció considerablemente. ¿Y si acababa con todo en aquel momento y ya estaba? La visión de un cúter sobre una de las cajas lo ayudó a plantearse ese final. La bombilla seguía yendo y viniendo como un péndulo que marcaba la hora de la muerte. Cada vez la imagen oscura alcanzaba su forma más alargada en cada uno de los dos tabiques blancos enfrentados, su aspecto de tornaba tan amenazante como el de un espectro dañino y feroz. Tan dañino y feroz

que a Clark le pareció que aquella sombra adquiría cuerpo. Se refregó los ojos, pues tenían que ser imaginaciones suyas. ¿Cómo una sombra iba a coger volumen? Se quitó los dedos de los ojos y abrió los párpados.

***

El ascensor abrió sus puertas y permitió que Reed pusiera los pies en el sótano del edificio en el que iba a dejar de vivir su compañero. Presionó un aplique luminiscente y varias luces dispuestas equidistantemente en el techo a lo largo de aquel pasillo dejaron ver cuán largo era. Multitud de puertas se disponían a izquierda y a derecha, cada una asignada a una vivienda mediante un número y una letra. A primera vista, ninguna de ellas estaba abierta. Allí el silencio era total y absoluto, como el de unas catacumbas.

–¡J.T.!

A diferencia de unos subterráneos destinados al descanso de los muertos, y debido esencialmente al reducido espacio entre las paredes de aquel paso alargado, el eco allí nunca hizo acto de presencia. Reed avanzó con solicitud y pronto descubrió que el pasillo torcía a la izquierda. Pensó que a Clark se le habría olvidado comentarle ese detalle, pues a pesar de tener que hacer un giro no había pérdida. Torció la esquina y, entonces, la vio. Al fondo a la derecha, como ciertamente le había indicado su camarada, un único trastero permanecía abierto con luz en el interior. Reed advirtió la prominente sombra de Clark, proyectada sobre el suelo del pasillo. Su amigo debía de encontrarse un poco más allá del umbral de la puerta, pues Reed no alcanzaba a ver su voluminoso cuerpo.

–¡No vas a creer a quién me he encontrado fuera! ¡A Cora! ¡Me ha cogido por sorpresa! ¡No he sabido muy bien qué decirle; no quería meter la pata!

Pero Clark no respondió al aviso.

–¡J.T.! –voceó Reed. Después se quedó callado, a la espera de una réplica, pero esta no se produjo. Forzó la vista con la intención de discernir si se trataba de su amigo o de otra persona. Impaciente, el hombre que había ido a echar una mano gritó–: ¡J.T.! ¿Eres tú? ¿¡J.T.!?

Aquella sombra, de la que Reed ya dudaba que perteneciera a Clark, se introdujo en el trastero como una lagartija por una grieta. Era como si aquella persona quisiera ocultarse. Definitivamente, ¡se estaba escondiendo!

–¡Eh, J.T.! ¿¡Quién está ahí!? –El comisario de policía sacó su arma reglamentaria de la pistolera bajo su camisa y apuntó hacia la puerta del trastero abierto. Avanzó con paso firme, aunque precavido. En mitad de aquel pasillo no había forma humana de cubrirse en caso de ser atacado. La única solución: disparar. Impostó la voz–: ¡Eh, quienquiera que esté ahí! ¡Salga! ¡Policía!

Por más que Reed se acercaba a la puerta del trastero perteneciente a los Clark, y por mucho que avisara sobre su autoridad, nadie se descubrió ante él. Llegó a creer que ese no fuera el habitáculo en el que Clark guardaba sus objetos personales, pero aun siendo así, ¿por qué nadie salía para dar la cara? Debido a la sombra avistada, Reed tenía la certeza de que allí dentro había alguien. ¡Vaya que si lo había! Y también era plenamente consciente de que algo malo o, por lo menos, ilegal estaba ocurriendo.

–¡No lo volveré a decir! ¡Salga o dispararé!

Ante el mutismo recibido, Reed posicionó la espalda contra la pared del pasillo, justo al lado del marco de la puerta. Tras ello, giró la parte superior del cuerpo y asomó la cabeza, los brazos y parte del tronco. Dispuesto a accionar el gatillo si sus pupilas recogían una sola imagen que entrañara peligro, Reed apuntó hacia el interior del trastero. Por desgracia, lo que vio no pudo turbar más su enmarañada mente: Clark yacía en el suelo, con una gran raja de lado a lado del cuello y con el cúter en la mano. En torno al oficial de policía muerto se había formado un gran charco de sangre. A Reed se le desencajó la mandíbula. Dio un paso y se adentró en el trastero. Sujetó el arma con más firmeza que antes si era posible; pese a ello, no pudo librarse del temblor en sus extremidades. Allí había alguien. Tenía que haber alguien. Aquel acto no podía haberlo cometido su amigo y compañero. ¿O sí? A pesar de las circunstancias, y como gran profesional, puso sus emociones a un lado y discurrió a la velocidad del rayo. El corte dejaba ver el interior de la garganta de Clark; sin embargo, el líquido

carmesí contenido en venas y arterias parecía haber dejado de correr hacia minutos. Por lo tanto, el responsable de aquella carnicería seguía allí dentro. Reed rebuscó por aquel habitáculo de apenas cuatro pasos de ancho por cuatro de largo. Por mucho que lo intentó, no encontró a nadie. No se dio por vencido: pateó las cajas de cartón, pero todas se hundieron sin remedio. Y, entonces, cayó en la cuenta. Dirigió el cañón de su revólver contra la taquilla y exclamó:

–¡Te estoy apuntando, cabrón! ¡Sal de ahí o disparo!

El dedo índice del comisario presionó el gatillo y este se movió un milímetro. Justo antes de que se produjera la detonación, Reed avisó:

–No lo volveré a repetir. Sal ahora mismo.

¡Bang!

A causa del impacto de la bala, un orificio se originó en la cubierta metálica de mueble. Un hililllo humeante proveniente del cañón del revólver se disipó en el ambiente como pronto se iban a disipar las dudas del comisario. En busca de alguien oculto, Reed extendió un brazo sin dejar de apuntar con el arma usando la otra mano. De golpe, abrió la taquilla situada en mitad del trastero.

–…

No había palabras en el mundo que Reed pudiera pronunciar para describir el pasmo que sintió en ese instante. Tampoco nadie para oírlas. El interior de la taquilla estaba vacío, tan vació como el agujero negro en que se había convertido su cerebro, y en el que todos los pensamientos eran arrastrados hacia la nada más absoluta.

13

Un Buffalo Trace doble no bastaba para ahogar las penas de Reed, así que este hizo una señal con el brazo en alto y el barman le sirvió otro *bourbon*. Solo habían transcurrido treinta y seis horas desde la muerte de Clark, pero al derrotado comisario de policía le parecía una eternidad. Durante la mañana de ese mismo domingo había asistido al funeral de su amigo. Ni siquiera con sus mejores galas, las cuales seguía portando, Reed había podido disimular su mal aspecto. La barba descuidada de un par de días, el pelo enmarañado y las ojeras pronunciadas le delataban. Era un día jodido. Había mantenido su corbata correctamente anudada en la mañana y bien entrada la tarde, pero caída la noche, con un práctico tirón del nudo, se había dejado el cuello bien holgado. También se había desabrochado los dos botones más altos de la camisa, dejando asomar así los pelos más altos de su pecho.

El entierro de Clark había tenido lugar en el cementerio Randolph, un lugar de descanso destinado a los fallecidos de color. Reed apuró su bebida y su organismo comenzó el proceso para añadir el alcohol a su torrente sanguíneo. La mente se le nubló. Divagó internamente acerca del lugar en el que habían dado sepultura al bueno de Clark. ¿Por qué enterrar solo personas de origen afroamericano? Entendía el valor histórico del lugar y los derechos que en él se representaban. Pero ¿no bastaba con el monumento erigido en dicho cementerio? Toda esa idea le sobrevino porque la muerte no discriminaba razas ni condiciones. ¿Acaso había sido el fallecimiento de Canfield, Alvarado y Clark distinto de alguna

manera? En términos de dolor, Reed había experimentado exactamente la misma lacerante sensación. Hablando sobre el valor de ellos tres como personas y como policías, no había ninguna diferencia. Si existía el alma, este no tendría ningún color, a buen seguro. ¿O sí? La gente malvada, aquella que cometía delitos de sangre, de acceso carnal violento, de tráfico de drogas… Toda ella, a su parecer, debían de poseer el alma oscura. Un alma negra. Pero esa era otra historia. Cuando se trataba de resolver un crimen, de hacer justicia, a Reed no le importaba quién había sido la víctima. Su implicación como policía siempre era máxima y los prejuicios, fueran del tipo que fuesen, quedaban eliminados. Entonces, ¿en qué momento alguien había decidido esa distinción a la hora de dejar descansar para la eternidad en un camposanto a su buen amigo y compañero recientemente fallecido? Las autoridades, como siempre… Las apariencias eran lo único que importaban, pero ¿y la verdad? El forense encargado del caso había dictaminado en el mismo lugar de los hechos que se había tratado de un suicido. La ruptura con su mujer, la custodia perdida de las dos niñas, el abandono forzoso del hogar mientras era obligado a pasar una pensión que lo iba a ahogar… Todo ello, junto al cúter hallado en la mano del fallecido, no dejaba lugar a dudas. Eso, y el testimonio de Reed. ¿Cómo iba a decir él que le había parecido ver una sombra de alguien que no era Clark? ¡Una sombra! ¡Una maldita sombra! Eso y nada era lo mismo. Los psicólogos lo achacarían a su reciente grado de estrés provocado por la muerte de Canfield y Alvarado. Al exceso de trabajo, en adición. Reed se echó un ojo a sí mismo a través del espejo tras la barra, donde estaban colocadas en baldas las diferentes botellas de licor. Desde luego, no parecía estar en sus cabales. Y en caso de que aquella sombra hubiera sido real, ¿cómo explicaba que su dueño se había esfumado en un habitáculo en el que apenas cabían dos camastros? Lo único cierto era que, en caso de que la silueta oscura no hubiera sido fruto de su imaginación, esta no pertenecía de ningún modo a su querido amigo extinto, pues su muerte se había producido bastante antes de aquella extraña visión. De eso estaba convencido.

—Un mal día, ¿eh?

Reed giró la cabeza hacia un lado y vio a un tipo de aspecto enclenque que acababa de llegar. Probablemente su alcoholismo le había llevado a ingerir comidas frugales y a deshoras. Su dicción tampoco destacaba por ser la mejor del mundo.

–Oye, amigo, no tengo ganas de conversación, ¿de acuerdo? –le respondió Reed.

El barman pasó por delante del comisario de policía fuera de servicio, momento que el hombre que acababa de sentarse a su lado aprovechó para pedir:

–Un chupito de *whiskey* y una cerveza, si me hace el-el favor.

Mientras el trabajador tras la barra se encargaba de servir la consumición solicitada, el tipo con pinta de tener problemas de alcoholismo agarró un periódico tirado sobre el mostrador. Lo hojeó y una noticia en concreto le hizo detenerse en ella. Volvió a hablar en dirección al oído de Reed:

–Fíjese… ¿Ha oído lo del asesinato del ex alcaide? Pues ahora están saliendo a-a la luz los detalles. Por lo visto lo abrieron en-en canal como a un cerdo. La gente se-se está volviendo loca.

Había algo en el tono de aquel hombre que resultaba extraño. Quizá fuera el exceso de alcohol en sangre; quizá es que no andaba muy bien de la cabeza. El caso es que Reed, nuevamente, le solicitó:

–Le he dicho que no quiero hablar.

El barman terminó de servir las bebidas y se fue a limpiar unos vasos sucios en la otra punta de la mesa. Entonces, el hombre al lado de Reed se bebió el chupito de *whiskey* de un trago y, a continuación, pegó un buen sorbo a la jarra de cerveza. Prosiguió como si nada:

–Y el otro día esos dos policías asesinados. Sa-salió en el *The State*… Es raro que maten a dos policías juntos fuera de servicio, ¿no-no cree?

–Oiga, vaya a darle palique a otro –espetó, ásperamente, Reed mientras sacaba su placa del bolsillo. El golpe con ella sobre la mesa coincidió con la pronunciación de la última palabra.

–¡De acuerdo, de acuerdo…! –se molestó el hombre con aspecto de alcohólico. Miró al frente, donde no había más que botellas y su propio reflejo, y bebió. Giró otra vez la cabeza hacia su compañero de

barra, dispuesto a hablar, incluso elevó una mano con el dedo índice estirado, como si lo que fuera a decir fuera de suma importancia, pero rápidamente recapacitó y se mantuvo callado. Después de beber otro trago de cerveza fría, ejecutó la misma operación y esta vez sí habló:

–Us-usted, como policía, seguro que… seguro que sabe algo. Y no-no lo puede contar. ¿A que sí?

–Yo no sé nada –apuntó de forma tajante Reed.

–Ah, ¿no? Pues yo-yo tengo una teoría. ¿Quiere escucharla?

–No.

Resignado, el hombre se desentendió de su escueto interlocutor y prosiguió bebiendo cerveza. Apenas le quedaba ya un cuarto al contenido de su jarra. Tras unos segundos de sosiego, al menos para Reed, el tipo sentado a su lado volvió a la carga.

–¿De verdad está seguro de que no qui-quiere oírlo? Como policía no puede descartar ninguna posibilidad.

El comisario de policía resopló sonoramente y se giró hacia el hombre que no para de hablar. Quedaron así frente a frente. Estaba claro que no se lo iba a quitar de encima si no era yéndose a otro local, y estaba demasiado cansado como para levantar el trasero del taburete en el que lo tenía apoyado.

–Sorpréndame…

La ilusión acudió aquel tipo embriagado por el alcohol al igual que a un niño en el momento de recibir su tarta de cumpleaños llena de velas.

–Verá… Por-por el *modus operandi*…

¿«*Modus operandi*»? ¿Dónde había aprendido ese término? Reed entendió que, además de estar borracho, aquel tipo debía de ser algún fanático de las novelas policíacas. Lo que le faltaba: una serie de peroratas sin razonamiento deductivo basado solo en datos sacados de la prensa, que a saber cuáles eran ciertos y cuáles una invención.

–Yo creo que se trata de ritos satánicos –prosiguió el hombre–. De-de alguna forma, y no sé cómo, quieren in-invocar a Belcebú.

¿«Belcebú»? ¿Otra vez con palabrejas rimbombantes? Reed sabía de sobra qué significaba aquello, pero nunca se habría referido así al demonio. «Satanás» tal vez, pero ¿qué era aquello de «Belcebú»?

Y, entonces, supo que junto a la novela negra a su forzado interlocutor también le apasionarían las historias de terror gótico o cosas por el estilo.

–Lo que el mundo necesita pa-para estos casos no son policías, son ecle-eclesiásticos.

Reed no pudo evitar que se le escapara una carcajada, tan irrespetuosa como burlona. El desprecio que se desprendió de ella cayó a plomo sobre el tipo ebrio.

–Sí, puede reírse si quiere. Me-me da igual. Pero esos cabrones no pararán hasta resucitar al diablo. Y-y, entonces, acabarán con-con todos nosotros.

–Bobadas…

–Está usted muy equivocado. Cuando las sombras regresen del más allá, acabarán con-con todos nosotros.

En ese momento, fue como si a Reed se le encendiera una bombilla dentro del cerebro. Como si el alcohol que tenía en sangre se convirtiera en la más pura de las aguas.

–¿¡Qué has dicho!?

–Las sombras… –repitió el hombre junto Reed–. Las sombras volverán desde el-el más allá. Las almas condenadas; los-los espíritus malignos. Y nos matarán a todos.

–No… No puede ser… Es imposible… –El comisario parecía terriblemente afectado por las palabras de su peculiar interlocutor.

–¿El qué? ¿Se-se encuentra usted bien?

La mirada de Reed se dirigió a algún punto detrás de la barra. En realidad, estaba viendo mucho más allá.

–Oh, no… –pronunció. Después, pestañeó repetidas veces y a propósito. De vuelta a la realidad más inmediata, dejó un billete de veinte dólares sobre la mesa y dijo–: Queda usted invitado.

–¡Eh, mu-muchas gracias!

Reed salió a toda prisa del establecimiento, sin despedirse.

–¡Ya sabía yo que en el fondo era usted un-un buen tipo! ¡Para que luego se quejen de-de la policía! –exclamó el cliente ebrio casi al aire.

Cuando el comisario de policía tuvo cabeza, tronco y

extremidades fuera local, la puerta se cerró de un golpe brusco que, ciertamente, irritó al barman.

14

Frente a la puerta de su propio hogar, con las llaves puestas en el ojo de la cerradura, Reed meditaba sobre lo que estaba a punto de hacer. Si le hubieran dicho solo un día atrás que iba a pedir algo como lo que tenía en mente habría pensado que se equivocaban de persona y, sobre todo, de profesional. Un policía solo creía en los hechos; en las pruebas tangibles. Pero todo había tomado un cariz inconcebible y eso le había hecho conducir su Ford Tempo con viveza hasta la casa de dos pisos con jardín en la que vivía junto a su mujer y su hijo. Antes de entrar en la casa, miró a las flores amarillas de tallo tan alto como un niño asombrado por un juguete inesperado. «Rudbeckias», se dijo. Lo había recordado. Respiró hondo, tan hondo como el aire frío residente en el fondo de un pozo, pero al suyo se encargaron de calentarlo sus pulmones, ardorosos por el último cigarrillo consumido y que había dejado su cajetilla de Winston sin existencias.

Entró.

La televisión estaba apagada; no obstante, un exánime fulgor amarillento trataba de escapar del salón. Probablemente sería la lámpara de mesa. Antes de averiguarlo y de afrontar sus responsabilidades, Reed se dirigió a la cocina. No dio la luz. En primer lugar, porque le dolía la cabeza y entendió que era mejor para él mantener la estancia a oscuras; en segundo lugar, porque no quería ver rota aquella quietud que le transmitía una paz inaudita. Abrió la nevera y fue a coger una cerveza, pero en el último instante dudó y la dejó donde estaba. Cerró la nevera, asió un vaso de cristal y lo llenó de agua gracias al grifo de cocina. Necesitaba la mente clara y

despejada, pues las ideas que circulaban en su cerebro ya parecían lo bastante enrevesadas como para enturbiarlas de algún modo.

Después de beber el vaso de agua de un trago, se dirigió al salón. Allí su mujer permanecía sentada en el sofá, con las piernas cruzadas. Sobre ellas apoyaba un libro, del que parecía haber leído, por la disposición de las hojas, una cuarta parte. El flexo sobre la mesilla al lado del asiento con brazos tapizados alumbraba directamente hacia los caracteres impresos en el libro. Esta vez no había ni rastro de cartas adivinatorias ni ningún otro elemento perteneciente al ocultismo.

Amanda se percató de la presencia de su marido, pero no lo miró. En vez de eso, llevó los ojos fugazmente a su pequeño reloj de pulsera. Acto seguido, sin dejar a un lado la lectura, habló:

–Si vas a preguntar por Devin, ya sabes dónde está.

Reed se acercó a su mujer con paso indeciso y se sentó en el sofá, lo más cerca de ella que pudo.

–Amanda…

–Déjame, estoy ocupada –dijo la mujer cambiando la posición de las piernas. Las dejó cruzadas igualmente y volvió a apoyar el libro en la que quedaba más arriba.

–¿Qué lees? –se interesó él.

–Qué más te da…

Reed se inclinó y, sin permiso, levantó ligeramente el libro, lo justo para poder ver la cubierta, pero no interrumpir la lectura de su mujer.

Ella torció el gesto. Obviamente, la estaba interrumpiendo; no ya en su lectura, sino en su sosiego. No le quedó más remedio que decir:

–Una novela rosa. Es eso lo que supuestamente hacen las buenas esposas, ¿no? Leer novelas de Danielle Steel…

–Oye… –Reed se pasó la mano por la cara, como queriendo arrastrar la vergüenza amontonada en ella. Le costaba sincerarse, tanto como un perro arrepentido sin el don de la palabra; si bien, tras quitarse la careta en la que no había otra expresión que la de turbación del ánimo, terminó por decir–: Lo siento.

No hubo ninguna respuesta por parte de su mujer. Esta siguió concentrada en la novela que tenía entre las manos, aunque, por la posición estática de sus pupilas, había dejado de leer. Reed apartó el libro con suma delicadeza y sostuvo las manos de Amanda entre las suyas. La miró profundamente a los ojos y se dio cuenta que los tenía humedecidos. Entonces, dijo:

–De verdad que lo siento.

–¿Por qué nos haces esto, Owen? Nunca estás en casa. –Las manos de Amanda apretaron las de su marido.

–Trato de ayudar a la gente. Cada día pasan cosas horribles en esta ciudad y a nadie parece importarle.

Todos los pliegues en la cara de la mujer de Reed se intensificaron. Una lágrima cayó por la mejilla diestra de la mujer. En cuanto contuvo el incipiente temblor de su barbilla, Amanda solicitó:

–Trata de ayudarnos en primer lugar a tu hijo y a mí. Te echamos de menos.

Reed cerró los ojos; sintió el confortable calor de las manos de su mujer entre las palmas de las suyas.

–Yo sé que eres un buen hombre…, pero no puedes sacrificarlo todo –continuó Amanda–. Nadie va a vivir tu vida por ti.

–Te prometo que lo haré –aseveró Reed–. Últimamente han pasado una serie de cosas que me han hecho reflexionar. Te juro que Devin y tú me tendréis a vuestro lado. Solo necesito ocuparme de un último asunto.

–Oh, Owen… –pronunció ella con todo el pesar de su corazón a juzgar por su cara, que era el espejo de su alma en aquel instante. Lo observó con una tristeza bienintencionada, como si se estuviera apiadando de su alma marchita.

–No lo entiendes. Esto es lo peor a lo que me he enfrentado en mi vida. Nos repercute a todos. Y si estoy aquí contigo es para implorarte ayuda–. Hizo una pausa, durante la cual se vio en la necesidad de tragar saliva y poner sus entrañas sobre el tapete. Inspiró profundamente y rogó–: Necesito que me ayudes, por favor… No me refiero a que me des tu apoyo… otra vez.

–¿Entonces? –preguntó ella, extrañada y realizando una

sacudida de cabeza provocada por un acto reflejo.

Con una ternura inaudita en el comisario de policía, este cerró las dos manos de su mujer hasta formar sendos puños y los envolvió entre sus manos.

–Tienes que echarme una mano. En la investigación.

–¿¡Yo!? –prorrumpió, esta vez extremadamente confundida, Amanda. Puso la mano en la frente de su marido en un gesto de tomarle la temperatura–. ¿Estás bien?

–Pues claro. Amanda, es necesario que me prestes tu ayuda con algo que yo desconozco.

–¿En serio? Sí. Lo que quieras…

Las palabras parecían estar dentro de boca de Reed, pero este solo atinaba a masticarlas como si fueran chicle. Y, al igual que si hubiera hecho una gran pompa, todas salieron de golpe:

–¿Crees que alguien podría regresar del más allá en busca de venganza?

A Amanda le cogió por sorpresa la pregunta de su marido; se quedó tan descolocada como intrigada.

–¿Owen…?

–Por favor… Esto ya es lo suficiente duro de aceptar para mí.

Después de unos segundos de silencio, durante los cuales Reed había mantenido sus ojos en el más humillante de los suelos, la mujer que estaba frente a él contestó:

–Sí, claro que podría.

Como un condenado al que por primera vez alguien cree sobre un crimen que nunca ha cometido, Reed levantó el mentón del pecho y, con toda la ilusión del mundo, prestó atención.

–¿Se trata de algún tipo de posesión?

–No, creo que no –negó él sacudiendo la cabeza.

–Dime, ¿qué es lo que has visto?

–Como… una sombra.

–Un ente oscuro –le corrigió ella.

–No, no. Me refiero a una sombra, literalmente. ¿Te suena de algo?

La mirada de Amanda se desplazó hacia arriba y a su izquierda.

Se mantuvo ahí, como si la esposa de Reed buscara una información perdida en alguna parte recóndita en su mente. Tardó un poco en dar una respuesta.

–Creo que sí… Leí una vez…, no recuerdo dónde, algo sobre los buscadores de almas. Son espíritus que se materializan en forma de sombra para, a través de ella, conseguir un cuerpo.

El asunto estaba tomando un cariz de lo más incómodo para Reed. Investigar asuntos terrenales, por truculentos que fueran, entraban dentro de sus competencias. Eso sin contar que estaba más que acostumbrado a ellos. Había presenciado crímenes de todo tipo: enrevesados, de dureza extrema, sangrientos como pocos, inverosímiles… Pero aquello era otra historia. Enfrentarse a algo que no era de ese mundo, en donde sus habilidades no valían para nada, le hizo sentirse impotente. En aquel momento la palabra de un sacerdote tenía más poder que su placa de policía o que cualquier bala disparada con su .357 Magnum. Caviló mientras deambulaba por un bosque oscuro en el que no existía un sendero a seguir y en donde las ramas de los árboles, pardas y verdosas, se extendían como auténticas pitones reticuladas. Los sonidos de la noche, sobrecogedores y amenazantes, inundaron sus pabellones auditivos. Sin estrellas que le sirvieran de guía ni Luna que le transmitiera involuntaria euforia, Reed se creyó perdido. Pero por alguna extraña razón, aquello que insuflaba zozobra a los seres humanos a él le transmitió una seguridad inaudita. Aun así, sintió miedo, pero miedo por que aquella noche terminara. Temor porque el Sol saliera por el horizonte e inundara con sus rayos luminosos la frondosa vegetación del mundo irreal en el que estaba. No quiso, de ninguna manera, volver a abrir los párpados. Nunca jamás. Desgraciadamente, tenía que hacerlo.

De vuelta al salón de su hogar, y recordando las últimas palabras pronunciadas por su esposa, Reed repitió en voz baja, para él mismo:

–Buscadores de almas…

–Así es. ¿Qué ha pasado? –habló ella con verdadero interés.

–Te lo contaré cuando esté seguro de ello –le respondió Reed a Amanda–. ¿Tienes algún libro que hable sobre ello?

–¡Oh, venga, Owen…! ¿Te imaginas qué habría pasado si te hubieras enterado de que tengo uno?

Reed agachó la cabeza y se disculpó. En respuesta, su mujer le puso en la mano en la barbilla, y eso provocó que él levantara la mirada. Amanda le sonrió y, con un suave movimiento de acompañamiento, guio la barbilla de su marido hasta una posición más digna. A continuación, apuntó:

–Que no tenga no significa que no sepa dónde podamos encontrarlo.

–¿Dónde? –preguntó él con entusiasmo.

–¿Dónde va a ser si no? En la Biblioteca Principal. En la sección de religión y teología, probablemente. Tal vez ahí podamos encontrar algo de información.

–Perfecto. –Como un resorte, Reed se levantó.

–Owen…

Él se giró hacia ella, a la espera de unas palabras de cariño o de suerte, o quizás ambas, pues es lo que suponía que iba a decirle su esposa.

–Hace mucho que no pisas una biblioteca, ¿verdad? –pronunció Amanda con cierto tono burlesco, aunque sin resultar excesivamente atrevida.

Con cara circunspecta, pues no sabía a lo que se refería ni por dónde iba a salir su mujer, respondió:

–En realidad, ni me acuerdo. ¿Por?

–Es domingo a la noche –aclaró ella–. Ahora mismo estará cerrada.

Reed se desanimó momentáneamente, pero como si una piedra hubiera pasado muy cerca de su cabeza, giró el cuello. Aprovechó dicho movimiento para observar el teléfono. Entonces, comentó:

–Tranquila, de eso puedo ocuparme.

Después de efectuar un par de llamadas, ante las cuales Amanda estuvo presente y al tanto de todo, Reed consiguió ponerse en contacto con el vigilante nocturno de la biblioteca pública. Llegó a un acuerdo para hacer uso de la biblioteca sin restricciones si no demoraba demasiado su llegada.

–Iré contigo; puedo ayudarte –sugirió Amanda.

–No. Tú quédate con Devin. Tienes que protegerle. No te separes de él hasta que vuelva, ¿de acuerdo?

La mujer no pudo evitar exhibir el miedo en su rostro.

–Sí… Sí… –titubeó.

Reed se encorvó y le dio un beso en los labios a su mujer. Largo para lo que estaba acostumbrada la pareja en los últimos años. Hacía mucho que no juntaban los labios de aquella manera, con ternura y suma dulzura. Sintió cómo el calor recorría todo su cuerpo, desde lo más alto de su frente hasta las puntas de los pies, y lo agradeció. Con aquel bienestar físico y emocional, al que ni siquiera las funestas circunstancias pudieron restarle un ápice de intensidad, el comisario de policía salió del inmueble.

El cerrojo, echado con las llaves desde fuera, resonó en la oscuridad nocturna del hogar de la familia Reed.

15

La entrada de la biblioteca pública se abrió haciendo un ruido acorde a la importancia de las circunstancias. «Por lo visto, el dinero de mis impuestos no se destina a que engrasen las puertas de este sitio», razonó Reed. «Espero que sí lo haga para lo que hay en el interior, por el bien de todos», añadió a su pensamiento. Tras la puerta principal apareció Roy, un hombre de cuarenta años uniformado con un traje marrón mal planchado, una gorra de plato del mismo color y una placa sin ningún valor legal y que, por supuesto, no infundía respeto alguno de cara a un acto vandálico.

–Gracias por dejarme pasar a estas horas –habló el comisario.

–Pase –le urgió el vigilante nocturno con un gesto de mano y mirando a un lado y a otro de la calle.

En cuanto el comisario puso sus pies dentro del *hall* de la biblioteca, Roy cerró con llave la puerta principal. El sonido de la cerradura retumbó en el silencio sepulcral de aquel templo de la sabiduría. Todo se encontraba a media luz en aquel enorme vestíbulo, y por ello Reed a duras penas podía diferenciar los rasgos faciales de su colaborador. Gracias a los grandes ventanales biselados, la escasa luz proveniente del exterior, principalmente de las farolas más cercanas, penetraba en aquel recinto de forma difuminada, creando así un ambiente homogéneo exento de sombras definidas.

–Comisario, ¿puedo saber que se le ha perdido a estas horas en un sitio como este? –curioseó Roy.

–Es algo complicado –contestó Reed–. Necesito una información muy importante y…, la verdad, no sabía muy bien en dónde

encontrarla.

–No se preocupe. Si hay un lugar en el mundo en el que consultar algo, es este.

–Eso es lo que me han dicho.

El vigilante se mantuvo expectante ante la inminente demanda de su visitante, pero dado que esta no se produjo, haciendo las veces de bibliotecario, preguntó:

–¿Qué es lo que busca exactamente?

–Eh… ¿Dónde está la sección de religión y teología, o como sea que lo tengáis clasificado?

–No es usted un lector muy asiduo, ¿cierto?

–No te voy a engañar… Hace siglos que no pongo un pie en una biblioteca. Al menos, una que en la que no se haya cometido un crimen.

Aquella respuesta pareció impactar al vigilante nocturno a juzgar por su contención al respirar. Al poco, Roy carraspeó ligeramente y añadió:

–Sígame.

Reed fue tras los pasos de su guía, el cual, antes de ponerse a caminar, encendió una linterna bastante aparatosa que llevaba entre las manos. El haz de luz, siempre dirigido al frente, les servía para diferenciar los diferentes espacios. De vez en cuando, Roy alumbraba a un lado y otro, y se detenía momentáneamente en los letreros de las estanterías que albergaban todo aquel saber acumulado por el hombre. Pasaron por varios pasillos hechos gracias a los muebles altos compuestos de anaqueles. Y torcieron tres veces: dos a la izquierda y una a la derecha. Mientras llegaban al lugar, Roy se vanaglorió de todos los años que llevaba trabajando allí y de que se sabía la organización de la biblioteca tanto o mejor que el propio trabajador encargado de ello.

A Reed aquel recorrido se le antojó similar al de un laberinto, y se preguntó cuánto le llevaría salir en caso de quedarse solo. Esperó que no fuera así.

–Es aquí –informó Roy tras pararse en seco y hacer un barrido con la luz sobre un par de estanterías. A continuación, se sacó una

pequeña linterna del bolsillo, se la entregó a su acompañante y dijo–: Sírvase usted mismo.

El comisario de policía asió la linterna, mucho más pequeña en comparación con la del vigilante de seguridad. Después miró con agradecimiento sincero a aquellos ojos ocultos por la penumbra, imposible saber su color si no era por adivinación, y pronunció:

–Gracias de nuevo, Roy.

–No tiene por qué dármelas. Siempre es un placer ayudar en un caso policial. Si necesita ayuda, deme una voz. Las mesas de estudio están dos filas más allá, no hay pérdida. –El hombre con uniforme y gorra de plato marrones hizo un gesto con el brazo para indicar la dirección a la que se refería.

El repiqueteo de los zapatos de Roy sobre el mármol se fue debilitando a medida que este se alejaba de la posición de Reed. Aquel sonido terminó por extinguirse.

En intranquila soledad, y ya con la linterna prestada encendida, Reed comenzó a buscar algún título que ofreciera indicios de que la información que necesitaba se hallara entre sus tapas. Tardó un tiempo considerable, principalmente por las dudas, pero más aún por la cantidad de libros a examinar. Tras hacerse con un par de ellos, *Destellos finales más allá de la psique* y *Las entidades oscuras: Estudio de los límites del alma*, buscó la zona habilitada con mesas de la que le había informado el vigilante nocturno de la biblioteca. Se sentó y encendió una lamparita de mesa, cuya luz indició directamente sobre las hojas de los libros.

Estudió el primero de ellos. Obviamente, no podía detenerse a leer toda la información, pues le hubiera tomado toda la noche y parte del día siguiente. Por ello, leyó los encabezados y los párrafos que, a primera vista, le resultaron más atractivos en relación a lo que andaba buscando. Tras cuarenta y cinco minutos, abrió el segundo libro que había tomado prestado. La primera imagen allí contenida le erizó los pelos de los antebrazos. También lo hizo lo que allí se describía. Los pasajes eran oscuros e intrincados; y los dibujos en tinta, a cada cual más siniestro. Desde luego, aquella segunda obra se aproximaba mucho más a sus desvelos. Pasó una hoja tras otra. Las leyó

completas; nada de volar de un encabezado al siguiente. Cada párrafo resultaba más perturbador que el anterior. Y, por fin, lo vio. Encontró lo que buscaba. Posó el dedo índice sobre las líneas impresas. Un dibujo de una sombra aterradora, pero humana, acompañaba el texto. Leyó en alto:

–En un mundo lleno de secretos oscuros y misterios insondables, existe una figura enigmática conocida como el Buscador de Almas. Su presencia se mantiene oculta en las sombras, alimentándose de las almas de sus víctimas, mientras se sumerge en las profundidades de la espiritualidad. La muerte, ese paso inevitable hacia lo desconocido, es el terreno en el que el Buscador de Almas encuentra su sustento. Se dice que este ser siniestro tiene la capacidad de percibir el momento exacto en el que un alma se desprende de su forma terrenal, liberándose en el universo y convirtiéndose en un ser etéreo. Para hacerse con ellas, el Buscador de Almas, tan sigiloso como su propia existencia, puede materializarse a través de las imágenes oscuras proyectadas por sus víctimas. Estas son elegidas por el Buscador de Almas con cautela y precisión. No cualquiera puede convertirse en su presa. Se rumorea que solo lo son aquellos que conllevan una carga espiritual particularmente ligada a la muerte terrenal del propio ente, ya sea de forma directa o mediante una experiencia compartida. La esencia de diez seres humanos será el mecanismo mediante el que logrará convertirse en un Buscador Siniestro. Una vez convertido en Buscador Siniestro, este disfrutará de poderes inimaginables, y lo hará mediante el aspecto del último mortal al que robó el alma. La luz lo hará imparable, temible, digno de ser abominado. Su naturaleza, como la de un agente infeccioso, lo hará ir de alma en alma, tomándolas, y adoptando el cuerpo en que ellas se hallen, siendo capaz de tomar control de cada uno de los sistemas que en vida utilizaban.

Reed levantó los ojos del texto, sin saber muy bien dónde descansar su mirada. Se encontraba superado por las circunstancias. Todo su sistema de creencias basado en evidencias materiales acababa de quedar reducido a cenizas.

–Es imposible… La Sombra… –titubeó.

Luces fuera. El dedo pulgar de Reed se separó del interruptor de la lámpara de mesa. También apagó la pequeña linterna. Se mantuvo en silencio, quieto como un animal durmiente. Tras oxigenar sus pulmones, se levantó de la silla y dio unos pasos tan lentos como dubitativos. Quería ir a muchos sitios y a ninguna parte al mismo tiempo. Puso en orden sus ideas, que no eran pocas ni fáciles de manejar. Y voceó:

–¡Roy! ¡Roy! ¿Puede venir un momento?

–¡Ya voy, comisario! –se oyó decir al vigilante nocturno desde lejos.

Pasaba el tiempo y Roy no aparecía. Reed esperaba con impaciencia, repiqueteando la punta de su zapato derecho en el suelo, arrancándose los padrastros de los dedos gracias al sentido del tacto. En un momento dado, notó una presencia a su espalda. Eso lo inquietó. Su respiración se tornó ansiosa, pero debía enfrentarse a sus miedos. Se giró de sopetón y vio una figura negra a lo lejos, inmóvil. Oscuridad sobre oscuridad. Los músculos se le tensaron. Quiso huir, pero sus pies se sentían clavados al suelo.

–¿Se encuentra bien? –pronunció, al fin, aquella silueta humana.

Reed reconoció el timbre de la voz al instante, por ello respiró aliviado y dijo:

–Maldición, Roy… Me has asustado…

–Lo siento comisario, no era mi intención –se excusó el vigilante nocturno mientras se acercaba a su interlocutor–. Ya le dije que venía. No se lo va a creer, pero se acaba de quedar sin pilas. –Dio un par de golpes a su linterna con la palma de la mano, en vano, pues el aparato eléctrico no recuperó la energía.

El comisario de policía terminó de coger una última bocanada de aire con la que aplacar sus nervios y preguntó:

–¿Le importaría que hiciera una llamada?

–Claro que no. Sígame. –Cuando no hubo dado ni dos pasos, Roy se paró en seco, se dio la vuelta y pidió–: Oiga, ¿le importa déjame su linterna? Iremos más seguros.

–Eh… Sé que le va a sonar raro, pero… preferiría ir a oscuras.

Se lo pido por favor.

–¿Jaqueca? –trató de adivinar Roy.

–Sí, algo así… Por lo visto ya soy muy mayor para iniciarme en la lectura.

El vigilante de seguridad de la biblioteca le rio la gracia a su invitado. Después le guio por los pasillos en penumbra hasta el *hall*. Reed había pensado que tendrían más problemas en llegar debido a la reducida visibilidad, pero, por lo visto, su guía conocía sobradamente aquel espacio laberíntico.

–Está ahí –indicó Roy señalando con el dedo índice el teléfono sobre la mesa que servía para recibir a los usuarios de aquella institución. Se alejó varios pasos, dejándole así a su invitado un espacio de intimidad.

Reed se sacó la cartera y extrajo un pequeño papel con un listado de números de teléfono apuntados a bolígrafo. Apuntó directamente a la hoja con la linterna, que previamente se había encargado de encender. A continuación, marcó y llamó a la residencia de los Rutherford. Los tonos se sucedían, pero nadie cogía el aparato al otro lado de la línea.

–Vamos, Elizabeth… Wayne… ¿Dónde coño estáis? –se quejó entre dientes para no ser oído por su acompañante de uniforme marrón. Tras siete tonos interminables, desistió.

Roy espiaba disimuladamente a Reed, pero en cuanto el policía al que había permitido entrar allí a esas horas de la noche colgó, actuó como si no prestara atención a lo que hacía o decía. Reed, por su parte, sin importarle lo más mínimo que su colaborador lo vigilara, tomó la nota con el listado telefónico escrito a mano y marcó un nuevo número. Al cuarto tono alguien descolgó y dijo:

–¿Sí?

–Kenneth, ¡gracias a Dios!

–Owen, ¿eres tú? –habló Barnett en un estado claramente soñoliento.

–Sí, sí, soy yo. Oye, siento despertarte.

–¡Santo Dios…! ¿Sabes qué hora es?

Reed podría haber echado una ojeada a su reloj de pulsera,

pero no quería exponer una parte de su cuerpo a la luz. Se imaginó que sería más de la una de la madrugada. Iba a responder, si bien su interlocutor, después de bostezar, se adelantó a decir:

–Joder, espero que sea importante.

–Lo es. He descubierto algo. Nuestras vidas están en peligro.

–Me estás asustando… ¿Qué ocurre?

–Es algo difícil de explicar. Voy para tu casa, ¿de acuerdo? No tardaré más de quince minutos.

–Eh… –titubeó Barnett–. Sí, sí. Vale. Pero…

–Escúchame, esto es sumamente importante –cortó Reed a su interlocutor–. Por lo que más quieras, no enciendas ninguna luz. ¿Has entendido bien? Ninguna luz. Quédate a oscuras.

–Pero ¿de qué va esto?

–Kenneth, por favor, haz lo que te digo. Es un ruego como amigo y una orden como superior. Luego te lo explicaré.

–Vale… Vale…

El comisario de policía escuchó un clic que atribuyó al sistema de apagado de alguna mesilla de noche. Sintió cierto alivio, no todo el que hubiera querido dado que Wayne y Elizabeth Rutherford todavía no estaban al tanto de la situación, mas confiaba en que el matrimonio estuviera dormido, lo que les evitaría la tentación de encender cualquier tipo de luz en su hogar, una casa situada en uno de los barrios residenciales más tranquilos de Columbia. Reed sabía muy bien por las continuas quejas de la mujer del sargento Rutherford que este solía dormir de un tirón. Esperaba que ella, al menos por esa vez, no hubiera tenido que levantarse para ir al baño, o a beber un vaso de agua, o a cualquier otra necesidad que la hubiera llevado a abrir los ojos en plena noche. Sin capacidad en su cerebro para más planteamientos, Reed anunció:

–Está bien, salgo para allá. Espérame.

El sonido del teléfono al ser colocado de nuevo en su hueco correspondiente devolvió el interés manifiesto del vigilante de la biblioteca hacia su invitado.

–¿Todo bien, comisario? –preguntó.

–Sí. Creo que he terminado.

–Ya sabe que… siempre que necesite mi ayuda, me tiene aquí.

Reed se acercó al hombre que le había permitido acceder allí en mitad de la noche y le puso una mano sobre el hombro. Tras ello, añadió:

–Gracias por todo.

A pesar de la media luz instalada en el vestíbulo, el comisario de policía pudo apreciar una sonrisa llena de orgullo en el rostro de su interlocutor. De hecho, creyó distinguir cómo se hinchaba la caja torácica del vigilante, como si, de hecho, este fuera uno de aquellos superhéroes protagonistas de los cómics que de vez en cuando leía su hijo, los cuales lucían siempre orgullosos alguna insignia colorida y llamativa en el pecho.

El vigilante de seguridad le deseó buena suerte y Reed, a paso muy ligero, casi corriendo, salió de la biblioteca en busca de su vehículo.

16

Conducía frenéticamente; respiraba con ansia. Y maldecía en la noche. Reed circulaba por el centro de la ciudad de Columbia como un poseso. Se dirigía al noroeste, a Seven Oaks. Tenía que llegar cuanto antes a la casa de Barnett, en primer término, y, seguidamente, sin perder tiempo, a la de Wayne y Elizabeth Rutherford.

–¡Maldito hijo de mil putas…! –Dio un puñetazo al volante que hizo sonar por un instante el claxon.

Circuló por la Interestatal 20 como si nunca hubieran existido límites de velocidad, cruzándose de carril en carril cuando la situación lo requería. Nada iba a impedir que desperdiciara un preciado segundo. Ya en la St Andrews Rd, un Honda Accord del 89 se vio obligado a pegar un frenazo. En caso de no haberlo hecho, hubiera chocado contra el lateral del Ford Tempo de Reed. El comisario de policía siguió conduciendo como si este hecho nunca hubiera sucedido, exponiendo su integridad física en favor de una llegada lo más inmediata posible a casa del forense Barnett. Giró el volante de forma brusca para introducirse por la calle del barrio residencial en la que sabía que vivía su compañero. En cuanto reconoció la casa aparcó el coche sin miramientos, aplastando el césped de la parte frontal de la vivienda con las ruedas delanteras. Los faros quedaron apuntando a la fachada de la casa. Y él salió del vehículo.

Reed extrajo el revólver de la pistolera bajo su camisa y, con un movimiento certero, impulsó el tambor hacia afuera. Comprobó que la recámara contaba con toda la munición. Volvió a colocar el tambor en su lugar original y empuñó el arma. A pesar de la hora intempestiva, y

de que todos los vecinos dormían, la mantuvo junto a la cadera para no crear excesivo revuelo en caso de ser visto por alguien. Forzó la vista y descubrió a Barnett asomado al ventanal, casi a ras de suelo, perteneciente al salón. Las luces del Ford Tempo parecían cegarle, por lo que tenía una mano curvada sobre la frente a modo de visera. Vigilaba la llegada de Reed. El comisario de policía corrió hacia la vivienda, pero cuando se encontraba en un punto equidistante entre su coche y la casa, cayó en la cuenta. Las luces del Ford Tempo apuntaban hacia el ventanal en el que se hallaba encuadrado Barnett y, como si los focos de una obra de teatro se trataran, lo hacían protagonista indiscutible de la escena. Reed se detuvo. Sus ojos se abrieron de par en par; su mandíbula se desencajó.

–Oh, no, no, no…

Pero Barnett no entendía nada a juzgar por su expresión. «¡Qué estúpido soy!», se reprochó Reed, que empezó a hacer aspavientos con la mano libre de revólver al grito de:

–¡Quítate de ahí, Kenneth! ¡Sal de la luz!

Debido al cristal que se interponía entre los dos policías, junto a la falta de contexto y también a la relativa distancia, a Barnett le costaba entender aquel griterío. Reed dudó si deshacer el camino andado, volver a su vehículo y apagar los faros o derribar la puerta principal y arrastrar a Barnett hacia un lugar en penumbra. ¿Qué decisión resultaría más rápida? El comisario entendió que la primera opción dependía única y exclusivamente de sus capacidades y que no obtendría obstrucción. Por ello, dio la vuelta y corrió, entre tropiezos, al vehículo con el motor todavía en marcha.

La sombra de Barnett, proyectada sobre el suelo de su salón, era extremadamente alargada. Incluso se alzaba ligeramente sobre la pared del fondo. De repente, tomó volumen. Su aspecto trasmutó al de alguien mucho más corpulento.

–¿Qué haces, Owen? –habló en alto el médico forense sin apartar la vista de su superior. Ajeno a lo que ocurría a su espalda, observaba atento los movimientos rápidos de Reed. Reparó en el revólver y empezó a temblar.

¡Plaf!

Barnett se giró sobresaltado y contempló a su sombra convertida en un ente corpóreo de proporciones grotescas. Los cristales de un marco de fotos salpicaban la alfombra. Su propia orina le manchó el pantalón del pijama. Balbuceaba como un bebé de corta edad, pero ese sonido gutural pronto pasó a ser uno sordo. Aquella sombra le estaba ahogando con una fuerza inaudita, hasta tal punto que los ojos se le dieron la vuelta y únicamente la esclerótica quedó a la vista.

En el exterior, Reed puso la mano sobre el tirador del Ford Tempo y abrió la puerta del conductor, pero antes de meter la mitad superior de su cuerpo dentro, un gran estruendo lo detuvo en su acción. Barnett acababa de atravesar el ventanal de su casa. Salió despedido varios metros hasta golpearse contra el césped del jardín delantero de su casa. Aun no habiendo llegado a tiempo, Reed extendió el brazo y giró la pequeña palanca que accionaba las luces. Los faros del vehículo se apagaron. Debido al alboroto, los primeros vecinos empezaron a asomarse. Algunos por las ventanas; otros directamente salieron a los porches de sus viviendas.

–¡Llamen a una ambulancia! –exclamó el comisario de policía, pese a que sabía que ya era tarde para eso. Se puso la mano en la barbilla, pero ni aun con ese gesto fue capaz de aquietar el temblor en ella. En un estado de nervios imposible de calmar, se introdujo en su coche y condujo. Condujo con una única y sola meta en su cerebro, al menos en el plazo más inmediato: prevenir a Wayne y Elizabeth Rutherford.

–¡Coño! –explotó en un momento dado, a mitad de trayecto–. ¡Joder! ¿¡Qué coño era eso!? –Reed la emprendió a puñetazos con el volante sin parar de conducir a toda prisa por el barrio de Seven Oaks. Sus nudillos quedaron parcialmente despellejados, pero ese fue un hecho que apenas pudo notar, dadas las circunstancias. Presionó el encendedor del Ford Tempo y, cuando el aparato alcanzó el rojo vivo, se sacó una cajetilla de Winston del bolsillo de su camisa y encendió un cigarrillo. Lo hizo con una sola mano, la dañada; la otra nunca la separó del volante. Casi estaba llegando a casa de sus compañeros, aquellos a los que debía avisar cuanto antes del peligro que corrían,

por lo que consumió medio cigarro de una calada tan larga como su desesperación.

En cuanto se encontró frente al domicilio del matrimonio Rutherford, se aseguró de no cometer el mismo error que ante la casa de Barnett. Apagó las luces, mucho antes que el motor, y se metió de lleno en el jardín. La ausencia de función de los focos delanteros provocó que Reed no percibiera el tronco de un árbol. A causa de ello, golpeó la esquina delantera derecha de su coche. El choque destrozó el faro y el Ford Tempo quedó, de esa manera, tuerto. Aparte de eso, no parecía que el motor ni la rueda hubieran sufrido daños considerables. El inspector de policía dio marcha atrás y comprobó que así era. Decidido, se encaminó hacia la vivienda. Esta vez iba a salvar la vida de sus amigos. No iba a permitir, por nada en el mundo, que tuvieran el mismo destino fatal que el resto de su equipo.

17

El mundo se veía rojo. Dejó de estarlo tan pronto como Amanda se retiró de la cara una copa de vino rosado que sostenía con la mano derecha. Abrió el otro ojo, que había sumido durante casi un minuto en la oscuridad más absoluta. Entonces, se llevó la copa a la boca y apuró la bebida de un trago largo como pocos. Ese último trago recorrió su esófago, y lo manchó sin que ella pudiera verlo, pero sí sentirlo. El líquido se depositó en su estómago con el resto del alcohol que previamente había ingerido. Siguió observando por la ventana de la cocina, sentada en un taburete, sin poder evitar que el sueño empezara a vencerla. A través de sus pupilas solo podía penetrar la oscuridad de la noche, más en concreto aquella que existía al otro lado del cristal, en el patio trasero de la casa. En sus retinas se dibujó la imagen de su marido envuelto por las sombras, no sin antes ser terriblemente lacerado. Dio una cabezada. La sensación de un golpe inminente contra la encimera la despertó. Atacada por los nervios, fue corriendo al mueble de la cocina y, del cajón más bajo, tras unos manteles, sacó una baraja del tarot. Después de la última discusión con su marido lo que menos había deseado era otro intercambio de palabras hirientes, de ahí aquel lugar recóndito para guardarla. Barajó mientras pensaba en él y dio la vuelta a tres cartas. Las puso sobre la mesa de desayuno de una en una. Y lo que allí vio… la tranquilizó. Expulsó el aire emponzoñado de sus pulmones y lo renovó por uno completamente nuevo, mucho más limpio. Incluso recostó la espalda contra la pared, dejando así descansar su cuerpo fatigado por la tensión. Los presagios en torno a su marido no eran tan fatales como

su imaginación desbordada por los acontecimientos había desarrollado.

–¡Aaaaah!

Amanda se separó de la pared de un respingo. Abrió los ojos de par en par. Su respiración se aceleró, obteniendo el aire a trompicones, del tipo que fuera. Un poco desconcertada al principio, no tardó en darse cuenta de que el grito había salido de la garganta de su hijo. Salió a toda prisa de la cocina, subió las escaleras y se metió de sopetón en la habitación de Devin. Sus temores le hicieron girar la cabeza hacia un lado y el otro, buscando el origen de aquel grito, pero eso solo duró lo que Amanda tardó en ser consciente de por qué estaba ahí. Se fijó en su hijo, el cual estaba junto a la estantería, en el extremo opuesto a la cama, y corrió a abrazarle. Él se apretó a ella tanto como pudo.

–¿Qué te pasa, cariño? ¿Por qué te has levantado?

–¡Había un fantasma! –declaró Devin–. En el cabecero de mi cama.

–Habrá sido una pesadilla –le intentó calmar ella.

–¡No, no! ¡Había alguien ahí, mamá! ¡De pie!

Amanda dirigió su mirada hacia el punto que estaba señalando su pequeño: el cabecero de la cama; más en concreto, la pared detrás de este. Sin embargo, lo que realmente le llamó la atención a la mujer fue una sábana sobre el acuario. La fina tela de algodón se encargaba de aplacar la luz azulada que desprendía el depósito de agua, de modo que a las sombras originadas por el fulgor las había sustituido una claridad difuminada incapaz de proyectar imágenes oscuras sobre cualquier tipo de superficie.

–¿Por qué has tapado el acuario?

Devin estuvo a punto de hablar, pero en lugar de eso se encogió de hombros.

–Ven, anda, daré la luz para que veas que no hay nadie.

–¡No, mamá…!

En lugar de prestar atención a su hijo, Amanda lo separó de sus brazos y se acercó a la puerta, junto a la que estaba el interruptor de la luz. Encendió la lámpara de techo.

–¿Ves? –dijo ella haciendo un barrido exagerado con la cabeza–. Nadie.

El niño se quedó callado; más bien, amedrentado. Se incorporó con excesiva vacilación, pero antes de que llegara a erguir su frágil cuerpo del todo, su madre, que acababa de reparar en el detalle inesperado, le exhortó:

–No te muevas, Devin.

La puerta izquierda de armario se encontraba abierta. Si aquel niño ya tenía miedo de por sí, en aquel instante su cerebro en proceso de desarrollo empezó a volar en picado hacia las profundidades de la Tierra, allí donde habitaban los monstruos.

Amanda, estaba paralizada y no atinaba a decir nada más. Se forzó a sí misma a actuar. Con paso trémulo, Amanda avanzó hacia el mueble. Quería salir corriendo de allí con su hijo en brazos, ponerlo a salvo cuanto antes, pero aquella operación le pareció desproporcionada para alguien llevado solo y únicamente por su fantasía, o miedo, o la combinación de ambos. Al fin y al cabo, solo se trataba de un armario con una de las dos hojas abiertas.

–No, mamá, no vayas…

–Shhh… –Como si los monstruos creados en la mente de su hijo acabaran de asomar sus cabezas desproporcionadas al mundo, la mujer vaciló a la hora de moverse hacia adelante. Mientras lo hacía, extendió el brazo con la misma inseguridad con la que avanzaba. Tardó más de lo que hubiera deseado, pero cuando por fin pudo tocar el armario, movió hacia afuera la hoja que permanecía cerrada. Así, el mueble quedó abierto de par en par.

Respiró aliviada; rio nerviosa.

Después de comprobar que dentro no había nada más que ropa, apartó las perchas a un lado y terminó de cerciorarse de que estaban libres de peligro. Con el fondo vacío del armario frente a ella, añadió–: ¿Ves, cariño? Aquí solo estamos nosotros dos.

–¿Seguro?

–Pues claro. Venga, vuelve a la cama. Me quedaré contigo hasta que te duermas.

Amanda se acercó a su hijo y le tendió la mano. Lo acompañó

hasta la cama en el reducido recorrido que los separaba de ella y lo arropó. Antes de sentarse, la mujer apagó la luz y retiró la sábana de encima del acuario en la estantería. La habitación quedó bañada por un turquesa que, en un principio, debía inclinar el ánimo hacia la tranquilidad.

–A dormir. Cierra los ojos.

El niño obedeció a su madre, pero cuando no habían transcurrido ni cinco segundos separó los párpados y preguntó:

–¿Y papá?

–Está haciendo una cosa muy importante del trabajo. Pero no tardará. Le diré que pase a darte un beso antes de acostarse. ¿Te quedarás más tranquilo así?

–Sí, mamá.

–Venga, ahora cierra los ojos. Es muy tarde.

Devin acomodó la cabeza en la almohada y volvió a cerrarlos. Amanda, entonces, empezó a tararear una nana con toda la dulzura contenida en sus cuerdas vocales. Pero aquel arrullo tuvo su fin en el mismo momento que la mujer elevó la mirada desde el rostro de su retoño hasta el cabecero de la cama. Proyectada en la pared, gracias a la luz azulada que lo bañaba todo, una figura siniestra de manos alargadas y dedos acabados en punta amenazaba la integridad física del niño. La mujer giró la cabeza en busca del engendro que se debía de interponer entre el acuario y la pared. Pero no encontró a nadie.

–Devin… –susurró Amanda.

–¿Qué, mamá?

–Incorpórate.

La madre ayudó a elevar el tronco a su hijo, el cual abrió los ojos durante el movimiento, un movimiento tan suave como aquel que evita incitar el ataque de un animal agresivo.

–Mamá, tengo miedo. –El niño miró de soslayo a su espalda, pero, sin girar la cabeza, fue incapaz de distinguir algo en concreto. Aun así, el pánico se empezó a instaurar en sus pequeños ojos marrones, y es que aquella presencia extraña se podía sentir en el ambiente.

–Tú no te muevas, ¿vale? –siguió susurrando ella–. Confía en

mí.

–¿Es el fantasma?

El movimiento descompasado del pecho de Amanda habló por ella. El aire entraba en sus pulmones de manera entrecortada, aunque en grandes cantidades. No podía evitarlo. Entre jadeo y jadeo, indicó:

–Sal de la cama… Y no dejes de mirarme…

–Pero ¿qué pasa?

–Haz lo que te digo.

Amanda retiró muy lentamente la colcha y Devin arrastró sus cortas piernas hasta el borde de la cama, donde se sentó. En esa postura, torció la cabeza y contempló la silueta amenazante. Se quedó privado, y su madre lo percibió.

–Devin… Devin… Por favor… –susurró Amanda, que intentó ayudar a su hijo con un leve tirón hacia ella.

El niño recobró el sentido y se inclinó hacia su madre. Esta lo arropó entre sus brazos, pero antes de que pudiera llevárselo en volandas, fue testigo de cómo aquella sombra tomaba volumen. Sin ningún tipo de preámbulo, el ente oscuro le arrebató de los brazos a su hijo y comenzó a ahogarle, como a un cachorro indefenso. Devin jadeaba; intentaba no morir asfixiado. Pataleaba en el aire mientras trataba de usar sus pequeñas manos para quitarse aquellas garras de alrededor de su cuello. En un intento desesperado por liberar a su hijo, Amanda se abalanzó sobre el ser oscuro, pero antes de llegar a hacer contacto con él, recibió por parte de este un golpe tan contundente como una coz de un caballo. Amanda salió despedida y se precipitó de lleno contra el interior del armario. Sin tiempo de reacción, una de las garras de aquella sombra se extendió más allá de lo imaginable y cerró las puertas del mueble.

–¡¡Noooo!! ¡¡Noooo!! –vociferó ella.

Amanda se desgañitó en la completa oscuridad. Golpeaba con sus puños las dos hojas de madera, pero no había forma de abrirlas. Afuera, sobre la cama, Devin luchaba por mantenerse con vida. Sus resuellos y ahogados gritos de auxilio se oían claramente en el interior del armario. Llevada por el instinto de madre, entre tinieblas, la mujer recostó la espalda contra el fondo del mueble e impulsó las plantas de

los pies hacia adelante. Abrió las puertas de golpe. Y salió. Con la violencia del movimiento, dio la casualidad de que sus ojos se dirigieron hacia el set de béisbol de su hijo, sobre el escritorio. Entonces, lo entendió. En vez de volver a cometer el mismo error y tratar de liberar a Devin de una fuerza sobrenatural contra la que no podía luchar, Amanda aferró el bate y lo estrelló contra el acuario. El recipiente se rompió en mil pedazos, y el agua, mezclada con la incontable cantidad de cristales, cubrió todo el suelo.

La luz azulada dejó de existir, y así también lo hizo aquella sombra agresora. Devin cayó sobre la cama, y al tiempo que el colchón amortiguaba la caída, el pequeño intentó recuperar la respiración y, por tanto, el habla. Tosía irremediablemente.

–¿Estás bien? –Sin soltar el bate, Amanda se acercó a toda prisa a su hijo y lo abrazó. Le apartó el pelo de la cara e intentó comprobar, pese a la reinante oscuridad, que no tenía ninguna herida de consideración.

–Mamá, ¿qué era eso? –dijo el niño entre lloros.

–No lo sé, hijo, no lo sé.

Devin se abrazó con fuerza a su madre y esta lo sacó de la habitación sin que sus pies desnudos entraran en contacto con los cristales esparcidos por el suelo húmedo.

18

–¡Wayne! ¡Elizabeth! ¡Soy Owen, abridme la puerta!

Aquel llamamiento se produjo después de que Reed pulsara con excesiva insistencia el timbre. Y lo continuó haciendo nada más callarse. Pasó a aporrear la puerta con el mollete del puño derecho. Estaba a punto de tirarla abajo cuando, de repente, la luz del recibidor se encendió (lo vio a través de un par de cristales verticales opacos colocados a ambos lados de la entrada) y la puerta se abrió. Al otro lado apareció la inspectora Rutherford, en bata y camisón y ciertamente malhumorada.

–Joder, Owen, qué susto… ¿Qué sucede?

Reed apartó a su compañera y entró en el domicilio sin pedir permiso.

–¡Eh! ¿¡De qué va esto, Reed!? –Los ojos de la mujer, algo entrecerrados todavía a causa del sueño, se abrieron de par en par.

–¡Apaga todas las luces, rápido! –mandó el comisario, que buscó con impaciencia el interruptor del recibidor. No tardó en encontrarlo, pero mucho menos tardó en apagar la luz bajo la que se encontraba.

–¿¡Qué crees que estás haciendo!? ¿Te has vuelto loco?

Reed se acercó a Rutherford y la agarró por los antebrazos con la fuerza justa para que le prestara atención, pero al mismo tiempo para no causarle daño. Acto seguido, añadió:

–¡Elizabeth, por Dios, no hay tiempo! ¡Apaga todas las luces! ¿Cuál más has dado?

Reed estaba tan cerca de su compañera que esta pudo oler su

aliento. Rutherford arrugó la nariz y dejó de respirar por un par de segundos.

–Te apesta el aliento. Quita –se quejó ella, tras lo cual se separó medio metro de su inesperado visitante–. Sé que no has bebido porque no hueles a alcohol, pero ya no estoy tan segura de que no hayas tomado algo que te haya nublado la mente.

–No lo entiendes, es cuestión de vida o muerte. Barnett acaba de morir. Ante mis propios ojos.

–Estás de broma, ¿no?

–No, no es una jodida broma.

Rutherford se quedó mirándole, estupefacta. Su respiración volvió a detenerse, pero esta vez no fue para no inhalar algo físico. En vista de la falta de respuesta por parte de su interlocutora, Reed habló:

–Elizabeth, es una orden, ¿me oyes? Apaga… las putas… luces.

La mujer le llevó un par de segundos reaccionar. En cuanto lo hizo, salió corriendo con sus pies desnudos hacia los escalones que conectaban las dos plantas de aquella casa situada en un barrio residencial. Allí, apagó la luz de la escalera.

–¿Dónde está Wayne? –preguntó Reed.

–¿¡Dónde quieres que esté!? Arriba. En la cama.

–Tenemos que avisarle. Hay que dejar la maldita casa a oscuras. ¿Hay alguna luz encendida arriba?

–No –contestó ella. Reflexionó sobre su respuesta y, al instante, se contradijo con un–: Bueno, sí. La luz de la mesilla. ¿Eso cuenta?

–¡Claro que cuenta, maldita sea!

Reed empezó a subir los escalones de dos en dos. Rutherford le siguió a la voz de:

–¡Owen…! ¡Owen…! ¡Espérame!

–¿Quién es, cielo? –se oyó decir al marido de Elizabeth. No era una voz limpia; algo se interponía entre él y la mujer a la que iba dirigida la pregunta.

–Es Reed. Estamos subiendo –informó ella en un tono bien alto para ser oída. –Pero ¿qué pasa, Owen? ¿¡Me lo vas a decir de una vez o qué!? Me estoy poniendo de los nervios.

–Os llamé por teléfono para avisaros. ¿Dónde carajos estabais?

—¿¡Así que eras tú!? ¡Por Dios, somos un matrimonio joven, Owen! ¿Se te ocurre qué estábamos haciendo justo en ese momento?

Cuando por fin dejaron atrás las escaleras y llegaron a la entrada de la habitación principal, se dieron cuenta de que la puerta del dormitorio de los Rutherford se encontraba cerrada.

—Yo la dejé abierta —comentó la inspectora, en bata y camisón.

A través de la rendija existente entre la parte inferior de la puerta y el suelo se colaba un fulgor amarillento. Aquella leve luminiscencia moría rápidamente en la oscuridad del descansillo. Sin previo aviso, el sargento Rutherford comenzó a emitir alaridos. No eran gritos de pánico o socorro, sino de dolor. Clara y manifiestamente.

—¡Wayne! ¡Wayne! ¡Apaga la luz! ¡Apágala!

—¡Cielo, ¿qué te ocurre?!

Reed asió el tirador de la puerta, pero, por más que lo intentó, no pudo abrir.

—¡Abre la maldita puerta, Owen! —urgió al comisario la esposa del hombre que seguía gritando aquejado por el dolor en el interior de la habitación.

—¡Aparta! —Con un movimiento de brazo, Reed apartó a un lado a su compañera. Tras ello, cogió impulso y le propinó una patada a la puerta. No consiguió forzarla. Volvió a intentarlo, con más impulso aun si cabía, y esta vez sí consiguió abrirla. El impacto del resbalón contra la zona del marco en el que iba encajado astilló la madera. La puerta se movió con violencia excesiva hasta chocar contra el tope del suelo. El golpetazo coincidió con el fin de los gritos por parte del hombre dentro del dormitorio. Reed y Rutherford, sin esperar ni un segundo, entraron casi al mismo tiempo, el justo para dejar pasar primero un cuerpo, visiblemente más abultado, y luego el otro, grácil y envuelto por prendas de vestir holgadas.

Las dos lámparas de mesa, apoyadas sobre sendas mesillas, cada una a un lado de la cama, creaban una imagen fantasmagórica. El sargento Rutherford, en pijama, permanecía recostado en la cama. Sus piernas se hallaban dentro de las sábanas; la espalda, apoyada en el cabecero. Pero todo lo que pudieron ver la inspectora Rutherford y

el comisario Reed de su marido y amigo, respectivamente, fue la nuca. El hombre tenía la cabeza girada ciento ochenta grados y, por supuesto, su existencia terrenal había pasado a formar parte del recuerdo.

Elizabeth se echó las manos a la boca sin poder evitar que el resultado de su dolor tomara forma en sus lagrimales. Aquellas dos gotas, pesadas como el acero, en un recorrido que abarcó la totalidad de los pómulos y terminaron por quedar colgadas en la quijada, amplificaron la afonía imprevista de la mujer.

Reed, en ese momento, no supo que le afectó más, si el estado del policía recién asesinado o la reacción de la cónyuge. No tardó en tomar la iniciativa; de otra forma, pasaría a estar muerto sin siquiera darse cuenta. Pero la inspectora Rutherford se le adelantó. La mujer salió corriendo hacia el cuerpo de su marido y lo tomó entre sus brazos. Sin parar de llorar.

—¡No, Elizabeth! ¡Detente!

Rutherford no hizo ni el más mínimo caso a Reed. Ante la falta de atención, este esprintó en dirección a una de las lámparas de mesa. La de la derecha. Pero no pudo alcanzarla. Antes de ello, su sombra cobró vida y le propinó un golpe de tal magnitud que lo lanzó hasta el otro extremo de la habitación. Reed se golpeó contra la pared y cayó al suelo. Si no perdió la consciencia, al menos sí quedó en un estado de absoluto aturdimiento.

Con el cuerpo sin vida de su marido entre los brazos, a la inspectora le sobrepasaban las circunstancias. Acababa de ser espectadora en primera fila del suceso más sobrecogedor jamás visto con sus ojos (y dada su trayectoria policial, habían sido muchos). Soltó a su esposo y lo dejó otra vez sobre la cama. Y, entonces, su atención se concentró en la lámpara de mesa a la que había tratado de llegar Reed. De rodillas, tomó impulso con las piernas y dio un salto hacia el aparato eléctrico. Pero tampoco lo alcanzó. Algo tiró de sus piernas hacia atrás, que quedaron plenamente estiradas. Giró la cabeza y fue testigo de cómo su propia sombra la mantenía retenida. Rutherford trató de agarrarse a la colcha, pero solo consiguió arrastrarla junto a ella. La mujer se giró; gritaba sin parar. Arrojó

parte de la colcha sobre su sombra, que había tomado cierto volumen. El trozo de tela atravesó la sombra. Más bien, fue la sombra la que atravesó el cubrecama blanco con puntos verdes. El ente oscuro propinó también un golpe a la inspectora. Esta rodó y cayó al suelo, en un lateral de la cama. Se dio antes con el pico de la mesilla. El golpe la provocó una pequeña brecha en la cabeza y, en consecuencia, un hilillo rojo se le dibujó en la frente. Giró la cabeza. En realidad, todo el cuerpo. Y lo vio. Vio a aquella sombra, la suya, pies con pies, con el mismo volumen que el de un ser humano. La figura parecía a punto de abalanzarse con intenciones perniciosas sobre ella. En un último intento por defenderse, Rutherford extendió el brazo y estiró los dedos. Quería aferrarse al último atisbo de esperanza que le quedaba. Pero a lo que realmente se agarró fue a la lámpara de noche, que estaba solo un poco más allá de su cabeza.

Justo en el momento en el que el alma de la dueña de la casa estaba a punto de ser aniquilada, Reed recobró su capacidad de obrar. Seguía aturdido, si bien era completamente capaz de controlar todo su cuerpo. Se incorporó mientras pestañeaba y tomaba una bocanada de aire, dispuesto en ir en ayuda de su compañera. Pero no le dio tiempo a actuar. En cambio, fue testigo de cómo Rutherford abalanzaba la lámpara contra la sombra. La bombilla se rompió y el casquillo, dentro del cual se hallaba el contacto, se hundió en el ente oscuro. Las chispas saltaron. Aquella sombra recibió una descarga eléctrica. A juzgar por el sonido desgarrador emanado por el ser maligno, el cual todavía estaba siendo proyectado gracias a la otra lámpara de mesa, la corriente eléctrica no parecía ser su mejor aliada que se dijera. Pero ¿hasta qué punto podría llegar a hacerle daño? El comisario esperó que todo el del mundo y más.

La habitación seguía iluminada (en menor medida que al principio) por la única de las dos lámparas de mesas que quedaba intacta. Debido a ello, la sombra de Rutherford había cambiado de posición, no así de intenciones. Su aspecto seguía siendo aterrador; parecía recuperada y poseedora de todo su potencial. Y Reed, mientras tanto, no podía dar crédito a lo que estaba contemplando, como si aquella imagen formara parte de un estado de duermevela, en donde

la realidad se confundía con el ensueño. Pero era real. Todo aquel sinsentido revestido de violencia era real. Por eso, y sin pensar en su integridad física, corrió de nuevo hacia el encuentro. Pero ya era tarde: la inspectora se hallaba sometida a la voluntad del espectro oscuro.

La sombra envolvió a Rutherford antes de que Reed lograra alcanzarla para prestarle ayuda. Por ello, el comisario no pudo hacer nada. Por cómo se le deban la vuelta los globos oculares a la inspectora junto a sus últimos estertores, que se desvanecían hasta quedar ahogados, Reed supo el ente se acababa de hacer con el alma de su compañera.

La sombra desapareció… ¿Realmente?

La indulgencia no formaba parte de las criaturas diabólicas. Si nunca lo había hecho en los cuentos populares, por algo sería. Reed se giró y quedó de espaldas a la lámpara de noche. Observó su sombra proyectada en mayor medida sobre el suelo y parcialmente sobre la pared. La silueta se despegó de la superficie y se hinchó como un globo. Los rasgos del ente oscuro se afilaron. El comisario apuntó a aquella imagen oscura. Las manos le temblaban, pero la distancia era escasa. Difícilmente podía fallar.

–¿Crees que también vas a poder conmigo? Te vas a enterar, cabrón.

La sombra se hacía más y más grande. Y las extremidades más y más puntiagudas. Reed cerró los ojos y negó con la cabeza. Pero ¿qué estaba haciendo? Una bala lo atravesaría. O sería engullida y transformada en… ¿Polvo? Fuera lo que fuese, se desintegraría, probablemente. El caso es que no causaría ni el más leve daño a aquel ser venido de ultratumba. Entonces, el comisario giró el tronco hacia su derecha con el brazo extendido y apuntó a la lámpara de mesa.

Disparó.

El cuarto quedó completamente a oscuras. El profundo silencio después de la detonación estremeció al policía.

Ahí, frente a los cuerpos sin vida de dos de sus mejores amigos, dos compañeros leales, a los que no podía ver, pero a los que, muy a su pesar, se encontraba velando, Reed hincó las rodillas en el suelo y

sollozó. Todo su equipo había muerto. No quedaba nadie. Trató de incorporarse, y no pudo a la primera. Una rodilla le bailó. Volvió a intentarlo, esta vez con más empeño, y esta vez sí lo consiguió. Ahora solo le quedaba una cosa por hacer: ponerse a salvo para mantener al tanto de las circunstancias a su familia, cuanto antes.

19

Por más que forzó la vista, y a pesar de aquel tono similar al de la riqueza, el comisario Reed no pudo distinguir las rudbeckias. De hecho, fue incapaz de apreciar detalle alguno, ya fuera color, forma o tamaño, de cualquiera de las plantas habidas en el jardín delantero de su casa y que con tanto esmero se había encargado de cultivar su esposa. Esta circunstancia se debió enteramente a la falta completa y absoluta de claridad. La luz del porche, al contrario del proceder consuetudinario por parte del matrimonio Reed, se encontraba apagada. Desde la distancia, acompañado únicamente por el sonido del aire entrando y saliendo a través de sus vías respiratorias, al inspector de policía no le pareció que aquella estructura se correspondiera con la de su hogar sino más bien con la de una casa deshabitada. O lo que era más estremecedor, una casa habitada por un fantasma. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Dejó atrás su Ford Tempo, correctamente aparcado a pesar de no contar con la iluminación adecuada para ejecutar la maniobra de estacionamiento. Por supuesto, el policía se había asegurado de apagar el faro que todavía funcionaba. Obligado a andar a tientas, movió los pies con el temor a pisar algún juguete olvidado allí por Devin y experimentar un tropezón o, peor todavía, una caída. Cuando consiguió atravesar el jardín, entró en la vivienda. El interior de la casa se hallaba tanto o más oscuro que el porche delantero. Cada pasillo de su hogar, un mundo silente de incertidumbre, amparado por el caudal de la invulnerabilidad proporcionado por las sombras. Entró sin miedo, sin miedo a ver dañada su propia integridad, no así a las condiciones en

las que podría encontrar a su familia. Pensando en ella, profirió:

–¿Amanda?

Si Amanda no le contestó, tampoco lo hizo la visión imaginada en su sobrepasada mente justo antes de entrar en la casa.

–Amanda… Devin… –volvió a llamar Reed. Ante la ausencia de réplica, sacó su revólver, pese a no tener nada a lo que apuntar en aquella negrura.

Buen conocedor de cada rincón de su propio domicilio, Reed echó a andar mientras creaba un plano mental del lugar, con una aproximación de las medidas de cada espacio por el que iba a moverse. Empezó por el pasillo, que se extendía desde el recibidor, en donde estaba en ese momento. Puso un pie tras otro, con cuidado de que su presencia no resultara demasiado evidente. Afortunadamente para él, sus ojos comenzaron a acostumbrarse a la oscuridad y, así, los elementos más evidentes, como las paredes blancas, se tornaron una realidad en la que ampararse. Muy pronto, en uno de los instantes en que posó un pie en el suelo, un ruido le hizo quedarse clavado en el sitio. Si había alguien al acecho, Reed se acababa de delatar. Respiró aliviado, pues no pasó nada más allá de aquella obligada toma de oxígeno para apaciguar el incremento de los latidos de su corazón. El hombre que allí residía dobló las rodillas y palpó el suelo. Notó varios fragmentos de cristal. ¿De dónde provenían? Y, entonces, cayó en la cuenta. Justo sobre su cabeza había un aplique. Reed volvió a incorporarse y elevó el mentón. Forzó la vista, que ya empezaba a discernir los detalles menos manifiestos. Y lo vio. La lámpara fijada al techo estaba rota. Si el ritmo cardiaco de Reed ya se encontraba acelerado, en ese instante alcanzó unas cuotas de vértigo. La idea de que a su mujer y a su hijo les hubiera pasado algo le aterró. Pero más le agitó la maldita incertidumbre. ¿Se habría producido tal subida de tensión que los filamentos hubieran quebrado la ampolla de cristal? Ante una entidad maligna proveniente del más allá cualquier cosa era posible. Al menos, así era en el imaginario colectivo, en el que estaba incluido el propio Reed, por mucho que renegara de la ficción, en todas sus formas. La duda le corroía las entrañas. Por ello, y ya con una visión relativamente adaptada a la penumbra reinante, prosiguió

con su investigación. Se dirigió al salón, en donde además de comprobar que allí las bombillas de la lámpara de tres brazos también habían sido hechas pedazos, descubrió el bate de béisbol de su hijo tirado en el suelo. Se acuclilló y lo tomó entre las manos. Jugueteó con los dedos en la madera mientras se imaginaba las circunstancias apresuradas y de sumo nerviosismo para haber optado por romper las bombillas en vez de desenroscarlas.

Reed subió al piso de arriba y comprobó que allí las luces, además de apagadas, también habían sufrido, supuestamente, la furia de su mujer. El leve chapoteo de sus pies al contacto con el agua le hizo detenerse. El líquido parecía provenir del cuarto de Devin, por lo que entró. Al hacerlo, al chapoteo se le sumó el crujido producido por las suelas de sus zapatos al ejercer presión sobre los pequeños cristales.

–¿Devin? ¿Amanda?

Visto que no se encontraban allí, Reed siguió buscando por la planta superior. Entró en el baño, y allí vio la cortina de la ducha estirada. Unas respiraciones calmadas, livianas como pocas, anticiparon la presencia de alguien tras ella. El comisario de policía descorrió con precaución la tela impermeable y, en la oscuridad, descubrió a su mujer e hijo sentados en la bañera. Dormían. Amanda abrigaba a Devin con las cuatro extremidades, y al mismo tiempo le servía de almohada; ella usaba un par de toallas para sujetarse la cabeza.

Un crujido despertó a la mujer. Al principio esta parpadeó un par de veces mientras se desperezaba, pero al ser consciente de las circunstancias que la habían puesto allí, se alarmó. Un grito estuvo a punto de escapársele, si bien su marido se anticipó con un:

–Soy yo, cariño. Owen.

–Owen…

Reed levantó el pie y lo alejó del pedazo de vidrio que acababa de pisar, que quedó despedazado. Por lo que parecía, Amanda también se había encargado de destruir las bombillas de la planta superior.

–Gracias a Dios que estáis bien. ¿Qué ha pasado?

–Esa cosa… Es inexplicable… No me vas a creer…

–Sí que lo voy a hacer. Te lo juro–. Reed acarició la cara a su esposa y añadió–: Solo dime lo que has visto e intentaremos ponerle remedio.

A la mujer le costaba sacar las palabras de su interior. Sollozaba como una niña pequeña.

–Tranquila. Respira hondo.

–Nos… Nos atacó nuestra propia sombra… Cobró forma… Fue horrible… No sabía dónde meterme… He roto todas las luces con el bate de Devin…

–Ya lo he visto. Muy bien hecho.

–Nos metimos aquí. Pensé que en la oscuridad no podría hacernos nada. Y nos quedamos dormidos.

Reed sonrió, orgulloso, sin prisa. Después explicó:

–Sé de lo que hablas porque yo también lo he visto. Pero no podemos esquivar la luz por siempre. Os sacaré de aquí. Sé el sitio perfecto para escondernos hasta que averigüe cómo solucionar todo esto.

Amanda asintió con los labios apretados. Parecía que quería exhibir una sonrisa, pero la tensión de su rostro lo impedía. Tras ello, zarandeó con suma suavidad a su hijo hasta que se despertó.

–No… No… –gimoteó el pequeño, aturdido por la escasa visión.

–Vamos, Devin, no tengas miedo. Es papá –le intentó calmar su madre mientras le reconfortaba con un cálido abrazo desde detrás.

–¿Papá?

–Sí, soy yo, Devin.

–Papá, he visto un monstruo. Quería hacernos daño.

–Ya lo sé, cielo. Por eso vamos a irnos de aquí. Nos vamos a un lugar donde estaremos todos protegidos. ¿Ayudas a mamá a salir de ahí?

Devin se incorporó y Reed lo sacó de la bañera sin que los pies desnudos del pequeño entraran en contacto con el suelo. Padre e hijo salieron del baño seguidos por Amanda. Reed cogió algunas provisiones y mantas; ella, por du parte, vistió al niño con ropa cómoda y funcional. Y en cuanto estuvieron listos, emprendieron un viaje en coche del que, de momento, solo el comisario de policía


conocía los detalles.

20

El sudor poblaba la frente, marcada por tres profundos surcos, de Reed. Pronto el abundante alumbrado de la ciudad dio paso a las luces intermitentes de la autopista. Cuando ese hecho se produjo, el conductor estiró la piel de la parte alta de la cabeza y, en consecuencia, algunas gotas se deslizaron irremediablemente hacia abajo. Primero hasta sus cejas, luego cayeron en sus pestañas. Reed asió la manta atrapada por luna lateral de su lado y se la pasó por los ojos, consiguiendo así una visión adecuada de la carretera. El comisario de policía se acordó en ese instante del día en que había conseguido detener a Robert Colton Black, el más lluvioso con diferencia en muchísimos años en el estado de Carolina del Sur. Ahora volvía a llover, como nunca antes otra vez, pero solo en su mente revolucionada, acometida por un tifón de emociones, y que necesitaba drenar todo aquel líquido a través de los poros. Lo único que podía asemejarse a la velocidad del huracán interior de Reed era la rapidez a la que conducía. El velocímetro sobrepasaba por más de cuarenta kilómetros los límites de la autopista por la que circulaba, pero para él toda prisa era poca. Si no pisaba más a fondo el acelerador era debido a la seguridad de su familia. Para proteger a su hijo y a su mujer, y con la ayuda de esta última, había aprisionado tres mantas con las cuatro lunas laterales. Dos mantas pequeñas tapaban cada una de las ventanas laterales delanteras. La otra pieza de algodón, mucho más alargada, iba de lado a lado en la parte trasera del vehículo, de forma que tapaba las dos lunas de los laterales, así como la trasera. Devin, sentado a solas en la parte de atrás, parecía estar escondido en una

cueva.

Amanda había aguantado callada durante lo que llevaban de trayecto. No había motivo para no confiar en su marido, pero hasta cierto punto, y más cuando la integridad de su hijo se veía afectada. Cuando Reed pasó de conducir por la autopista a una carretera secundaria, exteriorizó su preocupación:

–¿A dónde vamos, Owen?

–Mi padre construyó un búnker –expresó él sin ambages.

–¿¡Qué!? –se sorprendió ella–. ¿Cómo que un búnker? ¿A qué refieres?

–Un refugio subterráneo. Su obsesión por los rusos le ha llevado a construir uno.

–Pero ¿cuándo le has visto? Hace siglos que no pasamos por allí.

–Hará cosa de unas semanas. Te lo iba a decir, pero estos días han sido una auténtica locura. Le dije que un día de estos pasaríamos a hacerle una visita. Y ya ves: voy a cumplir mi palabra.

–¿Y qué se supone que vamos a hacer? Meternos ahí, sin más. ¿Quieres que vivamos en un zulo el resto de nuestras vidas?

–No se trata de eso, Amanda. Es solo que así conseguiremos un margen de tiempo suficiente.

–¿Margen de tiempo para qué?

–No-no lo sé. Todavía. Todo esto me supera… y necesito tiempo para pensar. ¡Joder, estamos hablando de fantasmas! Seres del más allá. Soy policía, no un hechicero. Ha acabado con seis miembros de mi equipo… ¡y ahora va a por vosotros!

Amanda frunció el ceño y entornó los ojos, clavados en el perfil de su marido. Las expresiones de ambos eran muy similares, pero la causa radicalmente opuesta. Él lo hacía porque necesitaba discernir los detalles de aquella carretera secundaria parca en iluminación; ella como resultado de la información recibida, que la acababa de coger totalmente por sorpresa.

–¿¡Cómo que a seis!? ¿¡A qué seis!? –Su enfado fue más que notorio debido a la aspereza de su pronunciación–. Sé lo de tus dos oficiales y lo de Samuel. ¿Qué me he perdido, Owen? ¿Qué no me has

contado?

–Acaba de suceder esta noche. Barnett, el forense. Y Wayne y Elizabeth. Los Rutherford, ya sabes–. El tono del conductor se iba elevando a medida que hablaba–. Han muerto hace apenas una hora y media. Mientras me esperabas. No quiero ver cómo acabáis descuartizados delante de mis propios ojos como ellos.

–Para, Owen. Estás asustando al niño.

Reed giró la cabeza y echó una mirada a Devin, el cual permanecía guarecido bajo la manta de cuadros de tonos marrones que cruzaba de lado a lado la parte trasera del vehículo. A su hijo se le caían las lágrimas en un llanto mudo. Por ello, y después de una sacudida de cabeza con los labios bien apretados, dijo:

–Lo siento, hijo. Oye, no va a pasar nada malo, ¿de acuerdo? Ya sabes que papá es el mejor policía del mundo. Estoy aquí para protegeros. A mamá y a ti. Haré todo lo que…

–¡Cuidado!

Alertado por el grito inesperado de su mujer, Reed pegó un volantazo tan brusco como instintivo. Gracias al movimiento, esquivó un Chevrolet Cavalier azulado que se incorporaba a la vía desde una intersección. Probablemente, dada la carencia de un faro por parte del Ford Tempo, el conductor del otro coche no advirtió a la familia Reed. O quizás fuera que pensara que, al tratarse de una motocicleta, esta estaba usando el carril más lejano al de la incorporación. El caso fue que Reed y los suyos no pudieron evitar salirse de la vía. Rebotaron en la cuneta y, debido a la alta velocidad a la que circulaban, el Ford Tempo dio una vuelta de campana. El mundo exterior giró alrededor de la familia. Y después de la violencia, todo se volvió demasiado confuso… hasta dejar de tener una presencia visible.

21

El sonido de la sirena lo despertó de un sobresalto. Enseguida el padre del comisario Reed se dio cuenta de que seguía junto al faro y que debía de estar empezando a formarse algo de bruma. Se había quedado completamente dormido y, a pesar de haber llegado cuando todavía era de día, a esa hora la negrura de la noche ya se había adueñado del mundo. Al menos, en esa parte del mundo. Observó el hosco manto inestable más allá de aquel cabo en el que había estado meditando, relajando su mente embrollada a raíz de sus firmes creencias adquiridas por el paso del tiempo. Apoyó las dos manos en el suelo rocoso e intentó incorporarse. A pesar de que sus músculos agarrotados se lo impidieron, finalmente lo consiguió. Y empezó a caminar de vuelta a su camioneta, aparcada a unos doscientos metros. Con extremado cuidado. A lo irregular del terrero se le añadía la completa oscuridad de la zona. El viejo Reed vio con complacencia la luz en funcionamiento del faro. Cuando esta no estaba cumpliendo su función marítima, en sus movimientos rotatorios alumbraba la parte de la tierra alrededor de aquella torre alta pintada con un patrón helicoidal de blancos y negros. Cada faro tenía asignado un patrón de pintura distintivo para permitir a los marineros reconocerlos y distinguir a simple vista unos de otros. Bien lo sabía aquel antiguo farero en mitad de la noche. Lo que también conocía sobradamente era que, del mismo modo y con la misma misión, las secuencias de destellos variaban dependiendo el faro. No había uno que tuviera una marca nocturna igual a otro. Y en aquella lengua de tierra, conocida como el cementerio del Atlántico por la cantidad de naufragios

producidos a lo largo de la historia, la señal de luz completaba su ciclo rotatorio cada trece segundos exactos. Ni uno más ni uno menos. Tiempo suficiente para que el viejo Reed pudiera, a medida que se iba alejando de la costa, reconocer el terreno y mirar dónde pisaba.

Tardó un rato en llegar hasta la zona en la que el faro empezaba a iluminarle. A unos cien metros de su posición inicial. Ya solo le quedaba la mitad del recorrido, y con claridad, por intermitente que fuera, resultaría mucho más rápido y seguro el trayecto a pie. La sorpresa vino cuando algo le hizo caer. En un acto reflejo, apoyó las manos en el suelo, amortiguando así el golpe en su pecho. Se levantó con prontitud y se sacudió las rodillas. A continuación, examinó los las inmediaciones en busca de algún animal. ¿Qué otra cosa podía haber sido si no? No había visto obstáculo alguno cuando la luz del faro había permitido distinguir el relieve. Sin nada que le advirtiera de un peligro próximo o le sugiriera que podía haberlo, prosiguió con el camino de vuelta, esta vez mucho más atento que antes. Y, entonces, lo vio. Cuando la luz del faro iluminó desde su espalda todo aquello que tenía delante, distinguió cómo su sombra, proyectada hacia el frente, se movía de manera ilógica. El espanto que aquella imagen le hizo darse la vuelta de sopetón. Buscó a alguien detrás de él, pero estaba solo. Siguió caminando, y en cuanto el chorro de luz volvió a esclarecer todo aquello que se disponía ante él, la silueta oscura que su propio cuerpo proyectaba tomó cierto volumen y realizó un movimiento que nada tenía que ver con el suyo. Lo que en un primer momento habían sido dudas razonables, ahora se instauraban como puras verdades. Los movimientos de sombra del viejo Reed atentaban contra las leyes de la física.

Y el mundo volvió a ser de noche.

El padre del comisario Reed tenía menos de trece segundos antes de aquel ente oscuro volviera a aparecer. Imposible alcanzar su vehículo sin que aquella visión se repitiera; absurdo recorrer unos ochenta metros en tan corto espacio de tiempo. Aceleró el paso mientras su respiración se tornaba ansiosa. Así como pensaba, la luz le alcanzó a mitad de camino. Volvió a caer. Esta vez no fue una especie

de zancadilla, sino más bien un golpe firme en el muslo. Los nervios le incapacitaban para llevar a cabo su evasión. Avanzó a cuatro patas entre tambaleos, como un animal indefenso. Unos cuantos metros más… Cada vez la distancia en relación a su camioneta era menor. En el momento en el que el faro volvió a alumbrarle, esta vez sufrió un severo golpe en el pecho. Gracias a ello, pues el impacto lo dejó sentado, y sacando fuerzas de flaqueza, el viejo Reed se puso en pie. Si no ponía remedio, tenía la certeza de que aquello tendría un horrible final. Y discurrió un plan de escape en los segundos que se podían contar con una mano: si seguía corriendo hacia su vehículo, pero variando moderadamente la dirección hacia la izquierda (la contraria desde la que llegaba el barrido del chorro de luz), acortaría el periodo de tiempo durante el cual el faro lo iluminaba. Y así lo hizo. De esa forma, el padre del comisario Reed redujo medio segundo su exposición en cada intermitencia de la luz. Aquel logro resultó ser suficiente para que el hombre a la carrera recortara la distancia al medio de transporte que lo había llevado hasta allí, no sin sufrir algún que otro golpe, aunque considerablemente más liviano que los anteriores.

Cuando llegó a la altura de su camioneta, el viejo Reed se escondió detrás del primer arbusto que vio. Verde y frondoso. Gracias a ello, las partículas luminosas no pudieron incidir sobre él. Esperó a que transcurrieran varios ciclos, principalmente para recuperar el aliento y calmar su estado de nerviosismo. Tan pronto se sintió capacitado, se dirigió hacia su vehículo. Se cubrió un par de veces antes de llegar. Primero, con otro arbusto; después, tirándose al suelo para aprovechar la sombra de un pequeño montículo. Entonces, arrancó el motor de su Dodge y condujo lo más lejos que pudo de aquel lugar, cuyas aguas eran designadas como el cementerio del Atlántico.

22

La luz se hizo de nuevo.

Desorientado, Reed pestañeó repetidas veces. El mundo estaba bocabajo, y con el aspecto de una imagen vista a través de un vidrio esmerilado. A medida que las formas se volvieron más nítidas, también lo hizo su percepción de los acontecimientos. El comisario, entonces, entendió que era él quien se encontraba del revés y no los objetos alrededor. Acababa de tener un grave accidente automovilístico. Se palpó el torso; incluso se echó un vistazo a sí mismo. Nada de sangre; ningún hueso roto. Giró la cabeza a la derecha y descubrió que su mujer tenía los ojos cerrados.

–Amanda… ¿Estás bien?

La mujer del comisario permanecía inconsciente.

–¡Amanda…! ¡Responde, por favor…! –Reed la zarandeó con un solo brazo (el único con el que alcanzaba a hacerlo) mientras pedía–: ¡Amanda, despierta!

La mujer abrió los párpados con parsimonia. Una bocanada profunda la devolvió junto a su marido, pero no fue de él de quien se preocupó a juzgar por sus primeras palabras.

–Mamá… –respondió Devin.

El aire tomado por Amanda pasó de estar contenido en sus pulmones a quedar libre como un espíritu absuelto de su condena. Pero aquella voz aguda que en primera instancia parecía haberla tranquilizado, desencadenó en la mujer una segunda preocupación que esta exteriorizó en forma de pregunta.

–¿Te encuentras bien?

–Estoy como mareado…

–Estás aturdido, es normal –intervino Reed–. Hijo, mira si tienes sangre. Espera, te ayudaré. –Se desabrochó el cinturón y cayó con brusquedad contra el techo. La maniobrabilidad en aquellas circunstancias resultó complicada; aun así, el comisario consiguió darse la vuelta y colarse entre los dos asientos delanteros.

–Dime que está bien –solicitó Amanda, todavía sujeta gracias al arnés incorporado en el Ford Tempo.

Palpó la cabeza del pequeño y nada le empapó la palma de la mano. Por ello, Reed comentó–: Creo que no tiene nada.

–¡Eh, ¿se encuentran bien?!

Los tres ocupantes del vehículo giraron la cabeza hacia la voz, pero al momento se vieron obligados a entrecerrar los ojos y a cubrírselos con los dorsos de las manos. Una luz blanquecina, direccionada hacia ellos, iluminaba el interior del coche siniestrado. Reed no era capaz de distinguir nada más allá del armazón de metal abollado, pero comprendió que aquella luminiscencia provenía de una linterna y que el hecho de que le resultara tan molesta no se debía a la potencia sino al paso inmediato de la penumbra a la luminosidad.

–¡Apague la luz! –solicitó Reed.

–Pero ¿de qué habla? Amigo, ha tenido un accidente –respondió el dueño de la linterna. Un hombre, por el tono de voz grave.

–No ha sido mi culpa. Usted salió de repente… Tenía un faro fundido. Pensé que era una moto. Iré a buscar ayuda.

–¡Está bien, pero apáguela ahora mismo!

La luz se aproximaba cada vez más a la familia Reed. Estaba claro que el hombre caminaba hacia ellos.

–Antes necesito saber cómo se encuentran. No puedo dejarlos así.

–¡Estamos bien! ¡Váyase! ¡Aleje la luz!

–Pero ¿qué dice? –continuó hablando el causante del accidente. Se agachó y puso los ojos a la altura de la ventanilla mientras alumbraba a los tres ocupantes del Ford Tempo–. Déjeme. Les ayudaré a salir.

Ante las negativas de aquel desconocido, Reed desenfundó su arma reglamentaria y apuntó hacía él.

–Váyase o disparo.

–¿Se ha vuelto loco o qué le pasa?

–¡No, Owen! ¿¡Qué haces!? –se inquietó Amanda.

Devin permanecía callado en la parte de atrás, con los ojos abiertos de par en par y el corazón encogido. Sollozaba.

–No se lo diré más veces –sentenció Reed. Amartilló el revólver para intimidar a aquel hombre que solo pretendía prestarles auxilio.

–Está bien, hombre, está bien… Pero no dispare. –El dueño de aquella linterna que iluminaba a la familia Reed reculó para, acto seguido, darse la vuela y salir corriendo al grito de–: ¡Llamaré a la policía, ¿me oye?!

La familia Reed quedó nuevamente envuelta por la oscuridad de la noche. A salvo. En momentánea paz. El promotor de aquella huida por carretera en plena madrugada abrió la puerta del conductor y salió por ella. Fuera del vehículo, bajo el cielo despejado, la negrura daba algo de tregua a la vista. Y es que, sin toda la base del vehículo como techo, la luz de las estrellas desperdigadas por el firmamento, por escasa que fuera, ayudaba a discernir detalles que no implicaran de una minuciosa inspección ocular. Reed descubrió su Ford Tempo bocabajo sobre la tierra, mucho más allá del arcén. Al parecer, y por efecto del desnivel de la cuneta, el vehículo había girado hasta quedar bocabajo. Obviamente, la estructura estaba dañada, y las lunas, rotas en su totalidad; pero no se había producido ningún impacto frontal. El surco en la tierra sugería que el coche se había detenido por la acción del rozamiento continuado contra el suelo.

El comisario de policía rodeó el coche, abrió la puerta trasera y ayudó a salir a Devin.

–Hijo, ¿estás bien?

–Sí, papá.

–Estupendo, campeón –animó al pequeño al tiempo que le acariciaba con energía el pelo–. Espera mientras ayudo a tu madre.

Reed abrió también la puerta delantera y puso la mano sobre el botón que desanclaba el cinturón de seguridad.

–Sujétate.

Siguiendo el consejo de su marido, Amanda alzó los brazos y los apoyó contra el techo. El hombre presionó el botón rojo y la hebilla metálica salió de su ranura. La tira se deslizó e hizo caer a la ocupante del asiento del acompañante. Poco a poco, y con ayuda de Reed, Amanda logró salir también fuera del vehículo accidentado.

–Estoy machacada –confesó ella.

–Lo sé. ¿Crees que podrás caminar? –preguntó él.

Amanda asintió y se aproximó a su hijo. Lo apretó con firmeza contra su pecho. Reed aprovechó aquel abrazo para acercarse a la carretera. Curioseó la zona. Miró a un lado y al otro de la vía.

–Creo que no estamos lejos –informó–. ¿Os veis con fuerza para continuar el camino andando?

El aire circuló entre el cuerpo de Devin y Amanda. Ella no habló; tan solo se limitó a fruncir el ceño. Pese a ello, Reed procedió a explicar:

–Iremos siempre a un lado de la carretera. Por la tierra. No es una zona muy transitada, pero no quiero arriesgarme. De este modo evitaremos que los faros nos den de lleno. Calculo que… en un par de horas, quizá menos, podemos estar en casa de mi padre.

–¿Y si amanece antes? –se preocupó ella.

–Eso no pasará; conseguiremos llegar antes. Deprisa. –Reed bajó la cuneta a toda prisa gracias a la inclinación del terreno y acució a su familia a iniciar la marcha.

***

Los moratones comenzaron a aflorar tan pronto como los maltrechos cuerpos de los tres miembros de familia Reed se enfriaron. Así también lo hizo el dolor inherente a aquellas manchas negruzcas en la piel.

Llevaban media hora caminando en la oscuridad de la noche, siguiendo el recorrido de la carretera, sin acercarse a ella. Durante aquel tiempo, solo avistaron un par de vehículos. La distancia prudencial con respecto a la vía, como así había previsto Reed, había evitado que la luz emitida por los faros les iluminara directamente. Y sin proyecciones sobre la tierra, no existía el peligro. No al menos de

uno proveniente de ultratumba.

Devin renqueaba. Caminaba cogido de la mano por su padre. Con la otra, Reed mantenía los dedos entrelazados con los de su esposa. Los tres avanzaban como si fueran una barrera. Si tropezaba alguno de ellos, los otros podrían evitar la caída. Pero lo más importante de aquel contacto de piel radicaba en el amor, en el afecto incondicional.

–Vamos, hijo, debemos continuar, no nos queda mucho tiempo –señaló Reed al sentir que su hijo oponía cierta resistencia.

–Es que me duele mucho la pierna –se quejó el pequeño de la familia.

–Ha debido de hacerse daño con el accidente, Owen.

Reed se detuvo, y con él el resto de su familia. Resopló. Sin atisbo de enojo. Lo hizo de una manera prolongada, de esas con la que se puede medir el grado de desesperación de una persona. Y por la duración de aquella sonora respiración, era mucha.

–Está bien, no pasa nada –comentó Reed–. Sube.

El niño se pegó a su padre al ver que este se acuclillaba y le ofrecía la espalda. Se abrazó al cuello y Reed le pasó los brazos por debajo de las corvas. Amanda los ayudó y, gracias a dicha acción, levantar aquellos veintiséis kilogramos se volvió una tarea más liviana.

Con Devin a caballito, el matrimonio Reed reanudó la marcha.

Los metros se iban sucediendo. Con el paso de los minutos, pronto se convirtieron en un par kilómetros. Pero transcurrida una media hora, Reed trastabilló. Consiguió mantener el equilibrio y librar a su hijo de un buen golpe.

–Tengo que parar, Amanda. No puedo más. –Se detuvo tras informar. Obligado por la falta de fuerzas, se agachó y dejó que su hijo posara los pies en la tierra.

Amanda se ocupó de acoger a Devin entre sus brazos mientras Reed recuperaba las fuerzas y se limpiaba el sudor de la cara.

–No puedes seguir así. Necesitas descansar. Y nosotros también.

–Nos sentaremos solo un momento, lo justo para reponer fuerzas. El tiempo apremia, y una vez salga el sol…

–Ven aquí… –cortó Amanda a su marido. Le apoyó la cabeza en uno de sus hombros y, con un suave movimiento, le invitó a sentarse en el suelo junto a ella. –Acuéstate junto a mamá, cariño. –Amanda colocó el bolso en el suelo a modo de almohada e hizo que su hijo apoyara la cabeza en él.

Reed contempló en silencio a su mujer y a su hijo. A pesar de la oscuridad a la que estaban expuestos a aquellas horas, era capaz de distinguir cada uno de sus rasgos y, por supuesto, los sentimientos ocultos tras ellos. Aun así, quiso que quedaran patentes. Más bien, esperó que no fueran tan desesperanzadores como los suyos. Por ello, preguntó:

–¿Y si todo esto no hace más que ir a peor?

Amanda elevó las cejas y, mientras intentaba distinguir las pupilas de su marido en la tenebrosidad de la noche, contestó:

–Espero que no. Por nuestro bien.

–¿Sabes una cosa, Amanda?

La mujer negó con la cabeza.

–Ahora. más que nunca. quisiera que tuvieras esas cartas contigo. Mi labor como policía no vale para nada aquí. Me gustaría saber que todo va a ir bien. Que ese espíritu, o demonio, o lo que sea que es, no va a poder con nosotros.

Amanda se rio por lo bajo. Reed frunció el ceño y la miró con detenimiento. Después de unos segundos, en vista de que su mujer seguía riéndose para adentro y no emitía una respuesta, preguntó:

–¿Qué es lo que pasa?

–Hoy es tu día de suerte.

–¿Qué? ¿De qué estás hablando? Míranos.

Tras apartar con suma suavidad a su hijo, Amanda abrió el bolso y sacó un mazo de cartas. Volvió a colocar la cabeza de Devin sobre el bolso para que pudiera seguir descansando.

–¿De verdad? –pronunció Reed con gran desconcierto.

–¿No irás a echarme la bronca esta vez?

–No, claro que no.

–Entonces, ¿realmente quieres que haga una adivinación?

–No tengo otra cosa a la que recurrir. Y tú eres la persona en la

que más confío.

–Está bien. –Amanda forzó la vista, y gracias también el tacto de su mano, buscó una piedra en aquel suelo parcialmente cubierto por la hierba. La agarró y se levantó. A continuación, hizo un surco en la tierra en forma de círculo y en él quedaron incluidos tanto Reed como ella. Dejó a Devin fuera de aquella área.

–¿Qué es eso? –curioseó Reed.

–Es un círculo de protección –explicó ella.

–¿Necesitamos protegernos?

–No es eso. Es para que nada interfiera en el resultado de las cartas. –Barajar las cartas llevó a Amanda casi un minuto. Realizó la acción con delicadeza y esmero. Después, indicó–: Vamos a consultar el pasado, el presente y el futuro, ¿de acuerdo?

–Solo me interesa saber qué es lo que va a pasar.

–Esto no funciona así. Para saber a dónde te diriges primero tienes que saber de dónde vienes y en qué momento te encuentras. Aunque no lo creas, la mayoría de las veces no somos conscientes de nuestras circunstancias. Y la única forma de verlas es a través de una mirada exterior.

–Si así tiene que ser…

La aficionada al tarot puso tres cartas bocabajo sobre el suelo. Le dio la vuelta a la primera por su izquierda. En ella apareció dibujada una torre en llamas desde la que un par de personas parecían haberse lanzado al vacío.

–La torre –expuso Amanda–. La agitación interna, el cambio repentino te ha sobrevenido. Todas tus creencias se han derrumbado y, por ello, te has tenido que replantear tu forma de entender las cosas. Los sucesos te han sacado de tu zona de confort, algo que para ti era impensable. Sin embargo, lo verdaderamente importante es si ese cambio trágico lo has afrontado con la suficiente gracia y valentía como para superarlo. –La esposa de Reed dio la vuelta a la carta del medio. Al hacerlo, quedó a la vista un esqueleto con una guadaña. En consecuencia, Amanda reveló–: La muerte. Los acontecimientos actuales provocarán cambios en tu futuro. Cambios significativos, dramáticos, que ya han empezado a producirse y que no van a parar

aquí. Debes aceptarlos, nunca negarlos ni rechazarlos. Solo de esa forma podrás seguir avanzando. No te enfoques en lo negativo; busca siempre la parte positiva o, por lo menos, intenta sacar soluciones a partir de lo que te está ocurriendo.

—Entendido —dijo Reed—. ¿Y qué hay del futuro? Es ahora cuando viene, ¿no?

—Sí —manifestó ella. Volvió a girar otra carta; la última que quedaba oculta. En ella apareció la ilustración de un sol y una luna fusionados, bajo la que se hallaba un par de lobos aullando y una laguna con un cangrejo de río sobre ella. Aquella carta estaba girada, de modo que la parte de arriba quedaba más cercana a Amanda—. La luna en posición invertida. Esta carta representa la liberación del miedo, la superación de la tristeza, la resolución de la confusión. Tu imaginación te llevará al éxito si tus pensamientos están unidos a la acción práctica. Toda la angustia que has pasado se levantará como un velo. Pero ello tendrá un costo. Probablemente grande.

Atento como un completo devoto, Reed ni pestañeó. Todas aquellas palabras habían calado profundo en su ser. Solo cuando el horizonte se tornó anaranjado, lo cual ocurrió en aquel justo instante, el comisario salió de su ensimismamiento. A raíz de ello, urgió a su familia a levantarse y proseguir cuanto antes con el viaje a pie.

—¿Qué ocurre, mamá? —se quejó Devin.

—Va a amanecer. Hay que darse prisa. ¿Te ves con fuerza?

—Sí, ya estoy un poco mejor.

La familia Reed se puso nuevamente rumbo a casa del viejo Reed. La luz del alba no tardó en volverse blanquecina… y en cobrar más protagonismo. Reed la miró con extrema preocupación. Y es que, aunque en el cielo todavía predominaba la negrura, eso no tardaría en ser un mero recuerdo.

Caminaron aprisa. En cuanto los primeros rayos de sol incidieron en sus rostros, pasaron a trotar. No existía el dolor en sus cuerpos magullados en aquellos momentos. Y si existía, pasaba a un segundo plano frente a lo que iban a tener que enfrentarse si no actuaban con premura. Padre, madre e hijo entrecerraron los ojos. La luz solar iba cobrando cada vez más fuerza y se posicionaba justo en

el punto hacia el que se dirigían. Los cegaba.

–¡¡Owen!!

Reed se giró. Y, entonces, fue consciente de la situación. La luz del amanecer, con el Sol posicionado justo sobre la línea del horizonte, proyectaba la silueta de sus cuerpos sobre la tierra. Aquellas tres sombras eran alargadas, tanto que parecían tener el filo de un cuchillo. El hombre vio a su hijo a su lado, a solo dos pasos detrás de él; su mujer, en cambio, se había quedado rezagada. Reed abrió los ojos, ahora que los rayos solares le incidían en la nuca. Su vista tardó un par de segundos en percibir las imágenes de forma correcta. ¡Algo tiraba de la pierna de Amanda! De tal forma lo hacía que la hizo caer casi de inmediato. La cara de su esposa golpeó con violencia el suelo. Reed no pudo distinguir de qué lugar exacto provenía, si de la nariz o de la boca, o de ambas, pero la sangre de Amanda quedó impregnada en la mezcla de tierra, hierba y pequeñas piedras.

Devin comenzó a llorar.

–¡Amanda, aguanta! –El comisario corrió hacia su mujer, la cual estaba siendo arrastrada por las piernas por su propia sombra. Cuanto más se aproximaba Reed a Amanda, más se alejaba ella de él. Forzó la marcha como un auténtico atleta y consiguió darle alcance. Sin embargo, nada más tocarla… ¡Paf! Reed salió volando como tirado por un sistema contráctil. Cayó de espaldas. Tosió. Y se quejó.

–¡Socorro! ¡Owen! –imploraba ella–. ¡Ayúdame!

–¡Papá! ¿Qué le pasa a mamá? –dijo, entre sollozos, Devin.

–¡No te acerques! ¡Busca una sombra!

El niño lloriqueaba, sin mover ni un solo músculo. Estaba aterrorizado.

Reed hincó una rodilla en el suelo y, con ayuda de las manos, se incorporó dispuesto en iniciar otra acometida desesperada con la intención de salvar a su mujer. Al mirar hacia ella, descubrió que Amanda ya no seguía siendo arrastrada. Al contrario, se encontraba quieta. Más bien, inmovilizada. Pero antes de que Reed pudiera mover la primera pierna, aquella sombra siniestra rodeó con las manos la cabeza de su esposa. Un crack, amplificado por la tranquilidad del

amanecer, demolió cualquier anhelo de salvarla. El cráneo se separó de la mandíbula. Y la coronilla de Amanda llegó a tocar la parte alta de su espalda. El cuerpo sin vida de la mujer quedó tendido ante padre e hijo. Reed ya no podían hacer nada por ella.

—¡¡¡Nooooo!!! —El comisario de policía se desgarró las cuerdas vocales al tiempo que aquella sombra dejaba también de moverse. A pesar de las lágrimas, y aun con su corazón resquebrajado, Reed era consciente de que todavía tenía una vida por salvar. Y no era otra que la de su vástago. La actuación debía ser inmediata, al igual que la decisión. Miró a su hijo. Aquel golpe que le había hecho volar por los aires había ocasionado que cayera no muy lejos del niño. Dio un par de pasos con una celeridad asombrosa y lo tomó en brazos—. ¡Agárrate fuerte! —le ordenó.

Devin se abrazó a su padre al igual que un joven primate en auxilio de su progenitor. Aquel padre desesperado, carente de medios para resolver definitivamente la situación, echó a correr. Buscaba un modo de protegerse. Más tarde trataría de averiguar cómo enfrentarse a aquel ente mortífero. Aquella zona estaba abarrotada de pinos amarillos de hoja larga, que contaban con tallos finos y alargados, algunos de hasta treinta metros de altitud. Desgraciadamente, las hojas parecían agujas, presentadas en paquetes de tres. Dicho de otra forma, aquellas copas eran tan poco frondosas que apenas producían sombras tupidas.

Sin más medios a los que recurrir, Reed se dirigió hacia el primer árbol que se presentó ante sus ojos. Era una distancia ridícula, pero aun así no estaba seguro de si su sombra o la de su hijo se volvería autónoma antes de llegar a su objetivo. Toda aquella zona del estado era una gran planicie. Correr por ella resultaba fácil. Alcanzó el pino que pretendía y colocó a su hijo pegado al tronco, de modo que la sombra de este le cubriera. Los dos palmos de grosor del tallo resultaban insuficientes para dos personas, así que se fijó un nuevo destino. Corrió hacia el árbol más próximo. Y lo alcanzó, sorpresivamente, sin ser atacado antes. Tal vez el ser de ultratumba necesitaba de un tiempo, por corto que fuera, para hacerse con el alma de su víctima y tomar posesión de la sombra de la siguiente.

Para Reed no fueron más de diez segundos. Quizás un par más como mucho. Fuera como fuese, le dio tiempo a llegar a donde pretendía. Tras haber puesto a su hijo al resguardo de aquella sombra tremendamente estirada, él también hizo lo mismo. En su caso, Reed se vio obligado a colocarse de lado, pues su cuerpo era mucho más abultado que el tronco de aquel pino amarillo de hoja larga.

–¡No te muevas, Devin, por lo que más quieras!

–¿Qué le ha pasado a mamá? –lloriqueó el pequeño sin apenas mover más músculos que los de su pecho y rostro.

–Eh, vamos, vamos… –Reed quería envolver a su hijo con los brazos y apretarle muy fuerte contra él. Necesitaba ofrecerle todo el cariño del disponía, pese a no poder disimular su respiración ansiosa y entrecortada. Se imaginó la cabeza de Devin apoyada en su pecho mientras trataba de recuperar el aliento. Pero la realidad era que aquella distancia de media docena de cuerpos era insalvable. No pudo contener las lágrimas, que le seguían corriendo por las mejillas. En cuanto dispuso del arrojo necesario, se focalizó en su hijo y pronunció–: ¿Estás bien?

–¿Mamá está muerta?

Reed se mantuvo callado, con la cara hecha una completa arruga. ¿Qué le podía decir a su hijo? Si solo tenía seis años, por Dios… Entre las competencias de su puesto se encontraba notificar la muerte de personas envueltas en crímenes (violentos la mayoría de las veces) a los familiares. Pero con Devin no bastaba con ser comedido y servicial. Tenía que tener más mano izquierda que nunca. Y una sensibilidad sincera y profunda. Entornó los ojos, más para coger fuerzas que para pensar acerca de lo que iba a pronunciar. Y explicó:

–Mamá ahora ya no está con nosotros. Pero ahora no tiene que preocuparse de que la puedan hacer daño. ¿Comprendes? Ella lo que quiere ahora es que tú y yo nos pongamos a salvo. Que seamos fuertes y nos protejamos el uno al otro. ¿De acuerdo?

Devin elevó la mirada para poder ver los ojos oscuros de su padre. A este le hubiera gustado limpiarle las lágrimas, pero se limitó a le regalarle una sonrisa tierna, de esas que se ofrecen con los labios apretados y a medio recorrido.

–Sí, papá…

–Verás lo que haremos: esto es como jugar a… ¿Cómo lo llamabas? Cuando solo puedes caminar por la sombra.

–Tierra a la sombra –apuntó el pequeño.

–Exacto. La sombra es la tierra, ¿vale? Y el sol es como si fuera el agua. Nos podemos ahogar.

–Entonces, ¿puedo moverme por la sombra?

–No, no, no… Verás, estos árboles no dan la suficiente. ¿Ves los espacios con luz? De momento tenemos que quedarnos quietos… Muy quietos. Quizás si alguien pasa por aquí cerca podemos decirle que nos eche una mano para hacer una sombra grande con algo. A lo mejor…

–Un tractor –atajó Devin.

–Sí, un tractor, claro. ¿Cómo no se me había ocurrido? O a lo mejor con una simple lona es suficiente. Pero para eso tenemos que esperar. Y cuando lo consigamos, podremos llegar hasta casa del abuelo. No vive muy lejos de aquí, ¿recuerdas? Si no me equivoco, juraría que no a más de unos diez minutos andando.

–Seguro que lo conseguimos, papá.

Reed contempló el rostro de su hijo. En él se apreciaba una compostura sin igual dadas las recientes y trágicas circunstancias.

–Así me gusta. Eres muy valiente.

***

Las horas transcurrían, y con ellas cambiaba el ángulo de incidencia de la luz solar. Aquella inmensa estrella que iluminaba el planeta Tierra como un dios se iba alzando de manera imperceptible bien en lo alto. Las sombras alargadas de primera hora de la mañana se habían ido achatando de una manera sutil. Al menos, para los ojos de Reed, más pendientes del horizonte que del cielo o de la tierra. El hombre había estado sumergido en la búsqueda en lontananza de algún vehículo o paseante al que hacer señas de auxilio. Desgraciadamente, aquel terreno parecía desprovisto de cualquier tipo de interés que atrajera a alguien a llevar a cabo alguna ocupación, ya fuera por ocio o trabajo.

El transcurso inexorable del tiempo llevó al gran astro a alcanzar una posición en la que los rayos de luz caían como dagas

llovidas del cielo. La sombra de los dos pinos que cobijaban a sendos supervivientes se volvió prácticamente inexistente. Y la poca que existía, las que producían las copas, más bien moteaba la hierba que otra cosa. Es por ello que Reed le dijo a su hijo:

–Pégate al tronco todo lo que puedas y no te separes.

Devin apretó la espalda contra con aquel tallo de un par de palmos de grosor. Después el niño hizo palanca con las piernas y se incorporó. La superficie irregular del tronco le arañó ligeramente la espalda y le causó una herida rectilínea bajo la ropa. Aun así, el pequeño no se quejó. Tan solo se limitó a pasarse una mano por la zona lastimada.

Reed también pegó el cuerpo al tallo del pino en el que se hallaba. Presionó un hombro contra él y metió barriga. El comisario no contaba con un abdomen abultado, pero un acto reflejo le llevó a contraer los músculos de la región baja del tronco, como si así fuera a ocupar mucho menos espacio. Apenas podía dar un diminuto paso al frente, no sin que la luz le incidiera. Elevó tímidamente el mentón y llevó las pupilas lo más arriba que pudo. Y observó el cielo. ¿Cuánto tiempo más serían capaces de aguantar? La situación estaba descontrolada, en tanto en cuanto no podrían seguir eludiendo la luz directa que los llevaría a enfrentarse contra la sombra maligna y letal. Calculó que, en apenas cinco minutos, diez a más tardar, el sol estaría en su punto más álgido y, por ende, no habría sombra densa que los amparara. Reed hizo bocina con las manos y vociferó:

–¡Ayuda! ¿Puede oírme alguien? ¡Ayuda, por favor!

–¿Qué pasa, papá? –preguntó Devin desde el otro pino.

–Prepárate, hijo. Pégate al árbol todo lo que puedas y no te muevas. Cierras los ojos.

–¿Por qué?

–Hazme caso. Cierra los ojos.

El niño cumplió la orden de su padre. Reed, por su parte, después de echar una última ojeada al cielo, también los cerró. Más bien, los entornó. Y comenzó a rezar. De repente, hizo un esfuerzo por integrar en su ser todas aquellas creencias religiosas de las que había renegado a lo largo de su vida. Los dogmas basados en la fe, tan

alejados de su visión del mundo basado en el empirismo como dos planetas situados a años luz el uno del otro, impregnaron su alma. Y también su corazón. Musitaba el padrenuestro. Y rogaba a Dios por la salvación de su hijo. Una y otra vez…

Hasta que todo se oscureció.

Reed no terminó de comprender lo que acababa de ocurrir. La luz que penetraba sus párpados ya no era tan intensa. Seguía siendo de día, pero no como antes. Retrajo los finos pliegues cutáneos que protegían sus ojos. Las pupilas del comisario disminuyeron su tamaño para adaptar la luz diurna que inundaba aquel bosque, muchísimo menos intensa que hacía un par de minutos. Reed echó un vistazo a su alrededor. Ya no había sombras proyectadas sobre la hierba. Todo era un manto homogéneo, carente de luminosidad.

–Papá, las nubes… –pronunció el niño.

Reed tuvo que menear la cabeza, tras lo cual estiró el cuello. En efecto, Devin tenía razón. Una gran nube se había interpuesto entre el sol y la tierra. Caviló por unos instantes. Y enseguida se dio cuenta de que aquella era su oportunidad. Tenía que aprovechar aquel lance del destino (quién sabía si gracias al dios al que había rezado por primera vez) y emprender la marcha.

–Vamos, Devin, no podemos perder tiempo.

–Ahora todo es tierra, papá.

–Sí, venga. Hay que aprovechar antes de que se vuelva a convertir en agua. –Tras agarrar a su hijo de la mano, el comisario de policía echó a correr en dirección al hogar de su padre. Él y su hijo sorteaban con gran destreza la infinidad de pinos ubicados en aquel bosque. Devin trastabillo y se quejó. Reed había descansado durante aquel tiempo, al menos físicamente, así que se lo echó a la espalda. Y mientras movía las piernas, volvió a pedirle al mismo dios que parecía haberle escuchado momentos antes. Pidió porque, de no alcanzar la casa de su progenitor, por lo menos diera con una serie de plantas más frondosas que le permitieran refugiarse de formas más conveniente.

23

Al fin, llegaron. No habían sido más de un par de kilómetros, pero dadas las circunstancias bien podría haberse tratado de una travesía de punta a punta del estado.

Reed dejó a su hijo en el suelo y, sin el pequeño a su espalda, sintió tal alivio que creyó levitar. Casi como un paseo por la Luna. Observó el cielo con recelo. El altostrato estaba a punto de permitir que los rayos solares incidieran de nuevo sobre el mundo. Aquella zona del mundo. La claridad se tornaba más evidente por momentos.

Con urgencia en sus movimientos, el comisario de policía se colocó frente a la puerta de entrada de la casa de su padre. Y llamó. Cuatro tonos que se sucedieron tan deprisa que el anterior se superpuso con el siguiente. Después, aporreó la puerta.

–¡Papá, abre! ¡Soy yo, Owen! ¡Es urgente! ¡Vengo con Devin!

–¿No está el abuelo? –preguntó el niño.

Pero Reed no prestó la más mínima atención a su hijo. En cambio, volvió a llamar a la puerta con el dorso de la mano. Su insistencia se vio reflejada en unos golpes secos y realmente sonoros.

–¡Abre la maldita puerta de una vez!

Ante la falta de señales de vida tras aquellas paredes, el hombre sacó su revólver. Volvió a dirigir su mirada al cielo. El Sol estaba a punto de volver a iluminarlo todo, y con ello se proyectarían imágenes oscuras. Tan indeseadas como mortales.

Reed giró la cabeza hacia Devin y le pidió que se tapara los oídos y que no se preocupara. Entonces, retrocedió un par de pasos y apuntó directamente a la cerradura.

Disparó.

La parte en la que estaba incluido el resbalón se hizo añicos. El comisario primero propinó una patada a la hoja que terminó de dejar aquella puerta de par en par y, a continuación, agarró la mano de Devin y le condujo hacia el interior de la vivienda.

–¡¡Ehh!!

Bajo el umbral de la entrada, Reed se detuvo y se dio la vuelta. Vio a su padre. El viejo Reed tenía asomado medio cuerpo por la entrada del búnker que había construido.

–¿Qué haces ahí? –pronunció, contrariado, el comisario de policía.

–¡Rápido! ¡Dejad en paz la casa! ¡Corred aquí!

A pesar de las muchas dudas que le surgieron en ese momento, Reed las apartó a un lado y solo pensó en su hijo y en el astro luminoso situado a ciento cincuenta millones de kilómetros de ellos. También se deshizo de la gravedad de su mirada. Simplemente tomó a Devin entre los brazos y movió las piernas. Se desplazó, a toda prisa, rápido como un cabritillo acechado, al tiempo que atendía al cielo. El Sol empezaba a asomar y, con él, los primeros rayos de luz. La nube que lo ocultaba se movía empujada por los altos vientos y era cuestión de segundos que lo dejara reinar nuevamente sobre la Tierra. Las sombras comenzaron a hacerse visibles. Reed lanzó al niño a los brazos de su padre. Obraban al límite del riesgo. Abuelo y nieto se introdujeron en el búnker. El hombre que acababa de perder a su mujer los siguió. Y con un ruido seco y metálico, sellaron su peligrosa andadura por la superficie.

–¡No enciendas la luz! –indicó Reed al ver que todo se encontraba en una negrura sepulcral. Tal era la oscuridad allí abajo que se tuvo que mantener quieto para no darse ningún golpe.

–Ya lo sé, Owen.

–¿El qué sabes?

–Espera un momento. Solo un momento. Haré que veamos algo.

–¡Ni se te ocurra! ¿Me oyes? ¡Si lo haces, estamos muertos!

–¡No me sueltes, abuelo! ¡Tengo miedo! –exclamó Devin.

Tras aquellas palabras pronunciadas por el menor de los tres

varones, Reed notó que la mano del pequeño cogía la suya.

–Espera un momento con tu padre –pronunció el viejo Reed.

–¡Papá, te lo repito! ¡No hagas eso! Soy capaz de dispararte…

–Está bien, me quedaré quieto. Lo prometo. Pero ¿a dónde piensas disparar? ¿Acaso ves más allá de un palmo de tus narices?

–A donde haga falta. Alguno acertaré. Así que mantén las luces como están.

–De acuerdo, de acuerdo… Ya te he dicho que no lo haré. Esperaremos a que se nos acostumbre algo la vista. ¿Contento?

–Papá… –demandó el niño.

–Tranquilo, hijo. Es solo oscuridad. ¿Recuerdas tierra a la sombra? Pues esto será como una fortaleza. Aquí estamos completamente a salvo. No tenemos nada que temer.

A aquel planteamiento solo le siguió el mutismo. Por parte de todos. Pero ¿qué había sido del mayor de los tres miembros de la familia Reed? Unas pisadas… Unos pequeños golpecitos, como tocando algo con las manos… Y, de repente, ¡la luz!

Reed se alteró. La respiración se le volvió tan impetuosa como la del animal indefenso que se había sentido momentos antes. El ritmo cardiaco se le disparó; incluso su organismo sufrió una inyección de adrenalina. Espetó:

–¿¡Estás loco!? ¡Apaga eso!

–Tranquilo, Owen, no hay sombras. Fíjate bien. No nos estamos proyectando en ninguna parte.

El comisario inspeccionó con la mirada el búnker. Cada una de las cuatro paredes, así como el suelo y el techo. La luz provenía de una lámpara de pie unidireccional que apuntaba al techo. Dicho de otro modo, la luz que emitía la bombilla, de una intensidad intencionadamente baja, era cortada de raíz por un plato metálico integrado en la misma estructura del aparato. De esa forma, la luz únicamente se orientaba hacia arriba, y la consecuencia más inmediata radicaba en que la parte inferior de aquel habitáculo permanecía penumbra, una penumbra mucho más placentera y considerada para el sentido de la vista que la inicial negrura.

Reed se relajó hasta donde le permitían las circunstancias.

Llenó sus pulmones de aire, y se imaginó cómo cada molécula de oxígeno pasaba de los alveolos al torrente sanguíneo. Se quedó absorto. Por un momento, tanto su padre como su hijo dejaron de existir. ¿Puede que ese fuera el único momento en las últimas cuarenta y ocho horas en el que se había parado a respirar con tranquilidad? Casi con toda probabilidad. La oscuridad de aquella cavidad subterránea lo ponía a salvo, como a un conejo en su madriguera. Desgraciadamente, el zorro había acabado con la vida de casi toda la camada. Por supuesto, el que más había lamentado, el más próximo y doloroso, era el de su mujer, Amanda. La había visto morir delante de sus ojos… sin poder hacer nada. Tampoco había podido evitar pervertir la mente de su hijo. Desde aquel momento, Devin viviría con la imagen del rostro despedazado de su madre. En vez de una boca de labios finos y sonrosados, el pequeño vería, cada que evocara la imagen de la persona que le dio la vida, una lengua flácida en mitad de una gruta sanguinolenta. Ese pensamiento le consternó. Le enfureció. Le hizo sentirse culpable por no haber podido hacer algo al respecto. Se supone que él debía proteger a su mujer. Por encima de todo. Bueno, todo, excepto su hijo. Expulsó el aire dilatadamente. Calmó su mente atribulada. Su hijo se encontraba a salvo, y eso seguro que era lo que deseaba Amanda. Luchar contra un ser de otro mundo no era como detener a un maleante. Poner entre rejas al peor asesino de la historia de la nación se antojaba casi como un juego de niños si se comparaba con su enemigo proveniente de ultratumba.

–¡Joder, Owen, necesito que me expliques qué ocurre! –espetó el creador de aquel refugio subterráneo.

Reed salió de su total estado de abstracción. Su padre y su hijo le observaban fijamente como si estuviera perdiendo la cabeza. ¿Y si de verdad estaba ocurriendo tal cosa? Aquello no tenía ni pies ni cabeza; su visión del mundo había dado un giro de ciento ochenta grados. Hacía tan solo unas semanas había estado en ese lugar, construido bajo tierra, pero en unas circunstancias muy diferentes. La visita apenas había durado unos minutos, y ahora sus deseos más profundos le invitaban a quedarse ahí cuanto más tiempo, mejor. Hasta que se acabaran las provisiones si era posible.

–¿No dices nada? –volvió a hablar su padre.

–Al parecer sabes tú más que yo –contestó él.

–¿Que yo sé más…? No sé nada. Solo sé que esta noche me atacó mi propia sombra. ¡Casi no lo cuento! Estaba tan aterrorizado porque volviera a encontrarme con ella que bajé aquí. Estuve como media hora, creo, en absoluto silencio, pensado en lo que había sucedido. Completamente acojonado. Luego, antes de que amaneciera, fui al trastero. Sabía que tenía esta maldita lámpara por algún lado. Sabía que la había guardado. Y pensar que estuve a punto de tirarla a la basura porque no servía para leer. ¿Quién quiere iluminar solo el techo? Tu madre, supongo. Sigo sin entenderlo… pero ahora doy gracias de no haberme desecho de ella.

–Este sitio me da mucho miedo –intervino Devin, que al parecer nada de lo que acababa de decir su abuelo había calado en su tierno cerebro.

–Vamos, no digas eso. El abuelo lo ha construido para protegernos. –Los miedos de un niño eran más poderosos que cualquier explicación, y Reed era muy consciente de ello. Por ello, lo había intentado, y lo volvería a intentar mil veces más si así hacía falta.

–Bueno, ¿me vas a contar de una maldita vez qué es lo que pasa, Owen? –interrumpió a Reed su padre.

–No lo vas a creer. Hasta yo mismo estoy todavía haciéndome a la idea.

–Apuesto a que no más que yo. Por cierto, ¿y Amanda? ¿Dónde se supone que está Amanda?

El comisario Reed ejecutó un movimiento con la cabeza, acompasado de los ojos, en dirección a Devin, tremendamente exagerado, para que a su padre no le quedaran dudas sobre el significado de aquel gesto.

–Si, eh… Oye, Devin, ¿por qué no nos esperas en salita de estar? Allí tengo un sillón muy cómodo. Recuéstate y descansa.

Devin miró a su padre, el cual agachó la cabeza para poder devolver el gesto a su hijo. A continuación, añadió:

–Haz caso a tu abuelo. Él y yo tenemos que hablar cosas de

mayores. Enseguida estaremos contigo. Lo prometo.

Devin asintió en silencio. Enseguida, el abuelo del niño le tendió la mano y lo acompañó hasta la butaca en el cuarto contiguo. Pero antes de que entraran, Reed pronunció:

–Devin…

Este se dio la vuelta. Atento, muy atento.

–Debemos estar a oscuras, ¿lo comprendes? Solo será un rato. Por lo que hasta que yo no te lo diga, no puedes dar la luz. Bajo ningún concepto. ¿Me has entendido?

El niño volvió a asentir sin media ni una palabra.

–Vamos –le acució su abuelo con un tirón suave y amable de brazo. Le acomodó en la butaca y le susurró–: ¿Ves? Aquí estarás cómodo. Oye, ¿tienes hambre?

–Más bien un poco de sed.

–No te preocupes. De eso puedo ocuparme. Aquí abajo tengo todo lo necesario para pasar una buena temporada. Enseguida te traeré una botella. Tengo chicles también. ¿Te apetece uno?

–Bueno…

–Enseguida vuelvo con ello. Tú, descansa. Voy a hablar con tu papá un momento–. El viejo Reed no esperó a que su nieto le diera una réplica. Tan pronto como le dio la espalda, se dirigió al cuarto contiguo, donde aguardaba su hijo y le espetó–: ¿Y bien? ¿Vas a decirme de que se trata toda esta locura?

Reed respiró hondo y pausadamente. De todas las formas posibles por las que podía empezar a relatar lo sucedido, ninguna de ellas le parecía apropiada. ¿Debería dulcificar los acontecimientos para no horripilar en exceso a su padre? ¿Sería mejor empezar por el final: por la muerte de su esposa y bajo qué circunstancias había conseguido llegar hasta ahí con Devin? ¿O puede que la mejor opción fuera ceñirse a los datos objetivos y narrarlos de manera fría? Esta última forma sería lo más parecido a un informe policial. Recapacitó y se dio cuenta de que su padre, que ni era ni nunca había sido policía, lo miraría como a un demente si comenzara a relatar los hechos como un robot, carente de sentimientos. ¡Santo cielo, se trataba de su mujer y de sus compañeros de trabajo! Por supuesto que debía dejar aflorar

toda su pasión.

Después de poner en orden sus pensamientos, decidió empezar como se hacía en los cuentos, por el principio, pero sin usar el «érase una vez». En aquella historia no había un final feliz ni una moraleja con la que transmitir una enseñanza.

El mayor de los Reed carraspeó. Eso le dio pie a su hijo a abrir la boca y empezar diciendo:

–¿Recuerdas a la Sombra? El asesino en serie.

–Cómo lo voy a olvidar… Aquel hijo de puta se hizo más famoso que el propio Charles Manson. Por lo menos, en este Estado.

–Ha vuelto –pronunció sin ambages de ningún tipo Reed.

A su padre se le arrugó el entrecejo. El hombre que había construido aquel búnker, el mismo en el que se estaba produciendo una confesión cuando menos insólita, sacudió la cabeza.

–¿Cómo que ha vuelto? Le mandaste a la silla eléctrica.

–Y es cierto. Al principio no podía creerlo, pero cuando lo vi con mis propios ojos, la cosa cambió. Ese tipo ha regresado de alguna forma de entre los muertos.

–Venga, Owen. ¿Es una broma? Eso es imposible…

–Créeme que no lo es. Ha vuelto en forma de Buscador de Almas. Usa la sombra de sus víctimas para hacerse con su esencia. Cuando haya conseguido diez almas… Bueno, no quiero imaginarme su poder si realmente lo logra. Estuve investigando sobre ello. Amanda me puso sobre la pista.

–Amanda… –repitió el viejo Reed con tono pesado y ciertamente intranquilo–. ¿Qué ha sido de ella? No me digas que…

La fuerza de la gravedad atrajo hacia el suelo tanto los párpados como el labio inferior del comisario. También una lágrima. Su interlocutor le puso una mano en el hombro y agregó:

–Tranquilo, Owen.

–La Sombra la mató. Delante de nuestros propios ojos.

–¿También de Devin?

Reed asintió con la cabeza gacha.

–Oh, santo cielo…

–No pude hacer nada por ella. Estuve a punto de perder a Devin

también. Por suerte, estamos aquí. Pero antes de ellos, todo mi equipo cayó. Barnett, Clark, Canfield, Alvarado, los Rutherford… Todo mi maldito equipo, papá. Podría haber vivido con todo ello, pero lo de Amanda… ¿Qué voy a hacer ahora?

–Venga, no te fustigues. ¿Qué tal si…?

¿De dónde provenía aquel sonido repentino? Pero, ¿quién demonios estaba hablando? El desconcierto de padre e hijo era tal que, por un momento, parecieron haber involucionado hasta ser poco más que neandertales ante el descubrimiento del fuego. Ambos echaron una ojeada de trescientos sesenta grados a su alrededor, sin todavía ser plenamente conscientes de lo que estaba ocurriendo.

¡Devin!

Los dos hombres se dirigieron a toda prisa a la sala de estar.

–¡No, apágala, Devin! –exclamó el padre del niño, de camino al habitáculo–. ¡Te dije que no encendieras la luz!

–Esto no es la luz, papá –indicó el pequeño en cuanto su padre y su abuelo hicieron acto de presencia. En la televisión estaban retransmitiendo un episodio de la serie animada *Scooby-Doo, ¿dónde estás?*, y en donde los protagonistas corrían de un lado a otro tratando de escapar de un fantasma.

Antes de que Reed terminara de dar el primer paso al frente, su padre le puso una mano en el pecho para detenerle. También pronunció, casi susurrando:

–Owen…

Consciente de que aquel gesto conllevaba una revelación aciaga, Reed dejó de prestar atención al televisor y giró la cabeza. Observó la pared opuesta, allá donde se dirigía la luz emitida por el aparato eléctrico. Se quedó petrificado. Ni el retumbo del trueno más cercano le habría arrancado el más leve respingo.

La sombra de Devin ya tenía una forma muy definida. Y en nada se parecía a la de un niño de seis años. Angulosa, afilada, y ciertamente encorvada hacia el pequeño.

Reed echó a correr hacia su hijo, pero no consiguió ni rozarlo. Aquella sombra con volumen y de terminaciones puntiagudas golpeó a Reed. El comisario se dolió en el suelo. Antes de caer, su espalda se

había golpeado de pleno contra la pared. Tosió. A continuación, trató de tomar aire, sin demasiado éxito. La dureza del impacto le iba a requerir de algo más de tiempo para recuperarse. Del mismo modo, el viejo Reed intentó ayudar al pequeño; sin embargo, en vez de ir directamente a por su nieto, el hombre tomó la decisión de encargarse del foco de luz. Y tampoco pudo ejecutar la acción. A mitad de camino (que ya de por sí era escaso), la sombra de Devin se alargó (aún más) y lo golpeó con fuerza sobrehumana.

—¿Qué está pasando? —gimoteó el niño.

—¡Apágala, Devin! —gritó Reed, con una rodilla hincada en el suelo, y a punto de lograr incorporarse—. ¡Apaga la tele, joder! ¡Va a matarte!

Devin rompió a llorar.

—Mierda… —se lamentó el mayor de los Reed desde el suelo.

Aquella sombra agarró al niño por el cuello. Lo elevó como si apenas pesara un par de kilogramos. Devin sacudía sus piernas en el aire, sin más resultado que la de un torpe baile descoordinado. Los globos oculares pronto se le dieron la vuelta y entre los párpados no quedó más que una superficie blanquecina recubierta de vasos sanguíneos.

Reed logró tomar a su hijo entre los brazos. Lo rodeó a la altura de las rodillas. Pero ya era tarde. La cruenta sombra con vida propia se había desvanecido. Y con ella, la vida del pequeño, así como su alma. Reed mantuvo en alto a su hijo por unos segundos, durante los cuales su padre se aproximó al televisor y lo apagó.

Lloró desconsoladamente. El comisario lloró como jamás lo había hecho. Con la sobrecogedora sonoridad que solo el dolor de un padre o una madre puede transmitir.

Fue el viejo Reed el que tuvo que obligar a su hijo a soltar al niño sin vida. Entre padre e hijo dejaron a Devin recostado en el sillón. Con delicadeza, toda la que se merecía el pequeño. Lo dejaron descansar en paz en la negrura de aquel búnker; más en concreto en la de aquella sala de estar. Y, tras salir, cerraron la puerta, como si hubieran cerrado para siempre la tapa de un féretro.

24

Sentados a la mesa, y con los codos hincados en ella, los dos Reed mantenían una postura encorvada. Escondían sus cabezas entre los brazos. La penumbra los envolvía. Apenas habían intercambiado palabras desde el trágico suceso, y la poca conversación que habían mantenido se había desarrollado carente de dinamismo. La entonación, monótona, casi un susurro, se había producido al igual que en un velatorio, el velatorio del pequeño Devin.

–Ellos no tenían la culpa de nada… –se lamentó por lo bajo Reed–. ¿Por qué? Ellos no formaban parte de esto…

–Lo siento, hijo…

Las palabras con las que le acababa de compadecer su padre parecieron no haber existido nunca.

–Esto es una cabronada. Esto es la mayor putada que me jamás me podía haber pasado. Y ahora va a venir a por ti y a por mí. Ese maldito hijo de puta no parará hasta hacerse con nuestras almas.

–Vamos, Owen… Tranquilízate. Necesitamos tener la cabeza fría si queremos pensar en algo.

Reed sacó la cabeza de entre las manos. La luz difuminada producida por la lámpara de pie direccionada hacia el techo bastó para que los dos hombres pudieran mirarse a los ojos.

–¡Maldita sea, papá! ¿Pensar en qué?

–¿Disculpa? No podemos quedarnos de brazos cruzados, así sin más.

La mirada de Reed fija en su padre habló por él.

–Debemos avisar a alguien –habló, de nuevo, el padre del

comisario.

–¿A quién quieres avisar? No puedo llamar a comisaría como si tal cosa y contarles… que nos está dando caza un tipo que murió hace tres años. ¡Pensarán que estoy loco!

–¿Es que prefieres mantenerte aquí, escondido, como una rata? No te reconozco, Owen. Eres el policía más testarudo que ha visto jamás. Y ahora, así, de repente…

–De repente, no, papá. He perdido a mi mujer y a mi hijo. Y puedo perderte a ti también. Todo esto ha sido por mi culpa. Es una venganza personal contra mi y todo lo que me rodea.

–Por eso mismo. ¿Qué tienes más que perder? ¿A mí? ¡Venga ya! Sí apenas me visitabas. ¿Tanto te importo ahora?

–Siempre me has importado –declaró Reed.

–Déjate de tonterías y demuéstrame que eres el policía con más pelotas de la Costa Este. Demuéstraselo a Amanda y a Devin. Y a todo tu equipo. Toma venganza. A mí no me iban a venir a joder unos rojos, ni a ti tampoco ahora un fantasma de mierda.

–No sé… No sé cómo hacerlo.

–Siempre hay una manera. Buscaremos una médium. O un sacerdote. O lo que sea que haga falta.

–No es tan fácil. No se puede luchar contra un ente. No con las armas a las que yo estoy acostumbrado.

–Venga, Owen, siempre hay una chispa de esperanza…

Y, entonces, Reed se quedó callado. Pensativo. Más bien, reflexivo. Desvió la mirada a la izquierda, y pestañeó enérgicamente, como intentando desligar de las córneas algún tipo de recuerdo.

–Claro, eso es… Una chispa. Usando una chispa.

–Era solo una frase hecha –comentó el viejo Reed.

–No, no, no… Espera… Vi cómo le afectaba la corriente eléctrica. Lo dañó –explicó, con evidente inquietud, el comisario–. Se me ocurre una forma, pero… –Tomó aire… varias veces, antes de atreverse a decir lo que se le acababa de ocurrir–. Papá…

El viejo Reed miró fijamente a su hijo. A pesar de la penumbra, el policía pudo vislumbrar un ligero brillo en los ojos de su padre.

–Sé que esto no te va a hacer ninguna gracia, y puede hasta que

pienses que he perdido la cabeza… –alegó Reed.

–¿De qué estás hablando?

–Antes de que te lo cuente, piensa en Devin y en Amanda. Ella me dio las pistas, y yo, creo, que acabo de encontrar la posible solución.

El mutismo habló por el artífice de aquel refugio subterráneo. Un silencio que indicaba al menor de los dos hombres: «soy todo oídos».

25

La trampilla se abrió; solo una rendija. Los ojos de Reed otearon a través de ella, no lo que había a ras de suelo, sino la cantidad de luz que se colaba por la abertura.

–Ya es de noche. Podemos salir –informó el comisario.

Padre e hijo sacaron sus cuerpos fuera del búnker en el que se habían mantenido ocultos. Ambos se estiraron como dos animales enjaulados recién puestos en libertad. El mundo les permitía campar a sus anchas… siempre y cuando las tinieblas se lo permitieran.

–Sigo sin estar convencido –confesó el viejo Reed.

–¿Acaso se te ocurre una idea mejor?

El padre del policía se frotó la barbilla con los dedos índice y pulgar de la mano derecha. Después, comentó:

–No, creo que no.

–Pues haz lo que te pedido. Por favor…

El hombre de pelo cano se acercó a su casa y abrió la puerta del garaje. En penumbra, buscó entre los múltiples trastos que tenía allí guardados, algunos con plásticos negros por encima. Tomó un foco atornillado a un trípode de hierro amarillo. Y lo transportó hasta su camioneta, donde lo depositó en la parte de carga trasera. También subió a la casa, al baño, de donde se llevó su esponja de ducha. Después, el viejo Reed se puso al mando del volante a invitó a su hijo a sentarse en el asiento de al lado. De ese modo, encendió el motor y condujo. Primero por las carreteras secundarias situadas en el entorno más próximo a su vivienda; más tarde, por las vías asfaltadas y debidamente señalizadas. En cuanto pudo, tomó la autopista en

dirección a la ciudad de Columbia.

Cruzaron el río Congaree. El tono acerado de la corriente, bajo aquel manto nocturno, insufló un desasosiego frío, casi gélido, a Reed. Aquella sensación se transmutó del plano espiritual a algo mucho más terrenal como era su piel. El comisario se frotó las manos repetidas veces y de manera prolongada.

–¿Intentas hacer fuego? –inquirió el conductor.

–¿Es que tú no tienes frío?

–No es frío, Owen. Es miedo. Espanto. Pavor.

Reed dejó de frotarse las manos y sacó un cigarrillo. Lo encendió gracias al encendedor de la camioneta. Si se encontraba helado por fuera, esperó que al menos aquella circunstancia se viera modificada en lo más interno de su ser, en donde sus órganos vitales aún lo mantenían con vida, los cuales, supuestamente, albergaban un alma que, por supuesto, pretendía alejar de la inmundicia. Tras dar un par de caladas, le ofreció un pitillo a su padre. Este negó con la cabeza al tiempo que emitía un par de gruñidos breves, sin perder en ningún momento la vista del puente por el que estaba circulando. Nada más dejarlo atrás, el viejo Reed preguntó:

–¿Estás seguro de lo que vamos a hacer?

–No, claro que no. Pero si se te ocurre una idea mejor, es el momento de proponerla.

El conductor se mantuvo en silencio. Tomó un desvío y se concentró en las señales de la vía. En cuanto pareció que iba por buen camino, respondió:

–¿Y si no funciona?

–Entonces…, habrá ganado. Y nuestras almas quedarán condenadas para siempre. Supongo…

El viejo Reed, ahora sí, dejó de mirar al frente por un momento. Observó fugazmente a su hijo. Si bien aquella mirada solo duró un par de segundos, su intensidad, conspicua, dejaba como una mera anécdota al más abrasivo de los males de ojo.

***

Una vez llegados a su destino, padre e hijo se bajaron de la Dodge RAM. Contemplaron con recelo la imponente y tenebrosa

penitenciaría en la que había sido ejecutado la Sombra. Para el comisario, aunque se trataba de su segunda visita a aquellas instalaciones después del cerramiento, se sintió como si fuera su primera incursión, y no en calidad de visitante precisamente, sino más bien como un verdadero recluso recién ingresado en prisión. A diferencia de un reo, aquel comparado internamiento entrañaba más peligro, mucho más peligro, y un mayor desconocimiento de cuál sería su terminación.

El mayor de los dos hombres portaba entre sus brazos el trípode con foco incorporado. El sonido de sus pisadas, más pesadas que las de su hijo, era devuelto por el eco del lugar. El comisario se encargaba de guiarle por los laberínticos pasillos. Al fin y al cabo, todavía recordaba, hasta cierto punto, el recorrido efectuado con la inspectora Rutherford, el mismo al que les había sometido Joseph, uno de los antiguos encargados de la limpieza. Reed se equivocó un par de veces, pero pronto se dio cuenta de sus errores y retomó el camino que él creía correcto.

Cuando llegaron a un cierto punto, tras pasar por una serie de estancia amplias, Reed anunció:

–Ve por este pasillo. No tardarás en encontrar la sala de ejecuciones. Prepara todo. Y espérame ahí. –Reed se giró dispuesto a irse, pero su progenitor le prendió del brazo antes de que terminara de ejecutar la acción.

Los dos hombres se quedaron mirándose el uno al otro, enmudecidos. Era como si el viejo Reed quisiera contarle algo a su hijo, pero al mismo tiempo evitara incomodarle.

–Suerte –pronunció, al fin, el mayor de los dos hombres. Atrajo hacia sí a su hijo y lo abrazó.

Cuando se separaron, algo emocionado, Reed sonrió de medio lado. Vio cómo su padre seguía las indicaciones que le había dado. El comisario de policía, por su parte, tomó la dirección diametralmente opuesta. Encontró unas escaleras después de buscar durante un rato, pues desconocía el camino. Aquella prisión contaba con una planta por debajo del nivel de calle, como suponía Reed. Ahí, buscó incesantemente la sala que ofrecía suministros a todo aquel complejo.

Al menos, suministros eléctricos (no estaba interesado en el resto). El intruso de camisa y chaqueta arrugadas se topó con alguna que otra rata, de aspecto infeccioso y a la que intentó propinar más de una patada para que no se le acercara. También tuvo que sortear varios insectos indeseables. Cucarachas en su mayor parte.

En cuanto Reed encontró la sala que andaba buscando, se acercó a un enorme cuadro eléctrico. Para su sorpresa, no había indicaciones claras. Solo pistas indescifrables pintadas con rotulador negro en forma de iniciales y signos y flechas. Pero nada inteligible para alguien que no hubiera sido un trabajador del lugar. Accionó el interruptor principal. De ese no tuvo dudas, dada la posición y el tamaño preponderante con respecto al resto de botones. Luego movió cuatro interruptores que, a su juicio, podían suministrar energía a la zona deseada. Y escuchó, muy atento y en silencio, si el cuadro pasaba a emitir un zumbido, por ligero que fuera. Como así sucedió. Había accionado la corriente. Ahora solo faltaba que esta llegara a donde Reed pretendía.

Primero se movió por la planta del semisótano en penumbra, al igual que había hecho al llegar. A continuación, subió a la planta baja y trató de volver sobre sus pasos. No fue una tarea fácil, puesto que su percepción del espacio se vio distorsionada. En primer orden, por su falta de retentiva. Hacer el camino a la inversa resultaba, desde luego, más complejo que simplemente seguir los mismos pasos en el mismo orden. El segundo motivo para errar en aquel trayecto de vuelta fue el evidente estado de nerviosismo del comisario. Todo ello combinado desembocó en un regreso plagado de tomas de pasillos erróneos. La pérdida de tiempo fue considerable, pero definitoria.

No sabía si había accionado la corriente de la sala en la que, presuntamente, aguardaba su padre. Así lo esperaba, pero únicamente tendría la certeza en el momento en que llegara junto a él. De haberse equivocado, debería volver de nuevo hasta la sala de contadores. Eso no le suponía un quebradero de cabeza, ya que recorrer por segunda vez aquel intrincado revoltijo de salas, pasillos y escaleras, debido a la experiencia previa, le iba a resultar más asequible, con la consecuente reducción de tiempo. Lo que sí le preocupaba en el momento actual

era el hecho de toparse con algún pasadizo o zona iluminada. Había accionado hasta cuatro interruptores, por lo que existía la probabilidad de encontrar luz antes de llegar junto a su padre. Existía, como la posibilidad de morir en aquella misión concebida a la desesperada.

Se paró en seco. Los ojos se le abrieron de par en par al principio, pero el fulgor le obligó a entrecerrarlos. El cambio brusco de iluminación provocó que sus pupilas se contrajeran. Reed dio dos pasos atrás para evitar que la claridad le alcanzara. Aquella exposición a la luz apenas duró un segundo. De nuevo, las dos aberturas circulares envueltas por iris marrones cambiaron su tamaño. Esta vez, para dilatarse. Guarecido por la esquina que daba paso a un nuevo corredor, el comisario asomó la cabeza. Ni siquiera fue la parte superior del cuerpo al completo sino solamente un ojo y la parte correspondiente del pómulo y la frente. Aquel paso que tenía que atravesar era ancho. Tanto que en mitad disponía de columnas cuadradas, dispuestas a una distancia equidistante unas de otras a lo largo de todo el recorrido. En cuanto a la longitud, a Reed se le antojó interminable. La fuente de iluminación provenía solo de uno de los lados del pasillo, por lo que cada columna ofrecía una franja de sombra que se extendía por el suelo hasta subir por la pared y volver a ella a través del techo. O viceversa.

Reed se volvió a ocultar en la penumbra. Reflexionó sobre lo que estaba a punto de hacer. Era una locura, y bien podía retroceder sobre sus pasos y probar con alguna otra combinación de interruptores, pero, sin saber cuál era aquel que proporcionaba corriente eléctrica al lugar deseado, podía tomarle más tiempo del que la noche le otorgaba. Además, aquella serie de sombras, estaba seguro, le protegerían a tiempo de cualquier tipo de ataque.

Echó a correr. Y se detuvo al amparo de la primera columna. Nada sucedió, excepto que había avanzado hacia su meta. Reed tomó aire. Volvió a realizar la misma acción. Esta vez no pudo evitar mirar hacia su sombra mientras movía las piernas. Y se paró en seco otra vez, al cobijo de la sombra de la segunda columna. El policía estaba ahora seguro de que los tramos eran tan cortos, y él se movía tan

rápido, que al ente maligno no le daba a tiempo a actuar. Realizó la misma operación hasta en tres ocasiones más. Y se mantuvo a salvo en todas y cada una de ellas.

Ya solo le quedaba un tramo de luz por superar. Solo uno. Confiado, efectuó un esprint. Y esa vez, todo cambió. Su sombra se volvió autónoma. El movimiento se produjo tan rápido que el hombre no pudo ni ser testigo de ello. De un barrido a ras de suelo, lo derribó. Reed cayó al suelo, con el consecuente golpe. Duro y seco. El pecho del comisario quedó tiznado de polvo. Aquella sombra tomó el aspecto de un ser salido del mismísimo averno y se empezó a aproximar hacia el cuerpo que lo generaba. Viendo que se le echaba encima, Reed se giró en el suelo y comenzó a alejarse de ella, impulsándose con los pies, restregando la espalda contra el suelo. Buscó en el interior de su chaqueta y sacó el revólver. Sin vacilación, descargó el arma contra el ente oscuro. Y al igual que había ocurrido anteriormente, las balas lo atravesaron. El espectro oscuro no sufrió ni un rasguño. Reed estaba perdido, tan perdido como un alma desprovista de destino. La mandíbula inferior le temblaba; su respiración, entrecortada, se volvió ruidosa a más no poder. ¿Era posible que las lágrimas fueran a salírsele por la garganta en vez de por los ojos? Mientras se avecinaba la estocada fatal, echó la cabeza hacia atrás, en una postura que indicaba que estaba listo para recibirla y dejarse llevar para siempre. Y así, con la espalda ligeramente arqueada, uno de los focos, el más próximo a él, quedó en su visual. Quiso disparar, pero se percató de que había gastado hasta la última bala de su .357 Magnum. Entonces, pensó que, ante situaciones extremas, buenas eran las medidas desesperadas. A punto de ser despedazado por el ente oscuro, y con la imagen de Devin bateando un lanzamiento suyo en el jardín trasero de su hogar, arrojó con fuerza desmedida el arma de fuego. El revólver impactó contra el foco colocado en el ángulo que formaba el techo y la pared. Este se rompió. Y, por supuesto, se fundió.

El resto de luces seguían funcionando. Antes de que su esfuerzo hubiera sido en vano, Reed se revolcó por el suelo, pues creyó que tardaría menos en alcanzar su objetivo de esa forma que poniéndose primero en pie. Rodó unos cuatro metros hasta situarse más allá de

donde alcanzaban los focos de aquel pasillo. A salvo, recuperó el aliento.

Gritó en un lloro lleno de impotencia.

***

La sala de ejecuciones se encontraba a oscuras. Reed accedió a ella a través del pasillo verde por el que habían pasado tiempo atrás decenas de condenados a la pena capital. Aunque esa vez, por razones obvias, nadie dio el aviso de «hombre muerto en camino», para el comisario se sintió, estaba convencido, de la misma forma que había experimentado cada condenado a la pena capital, por muy en el pasado que quedara el imaginado suceso.

Allí se encontraba su padre, esperándole. Los dos se quedaron observándose mutuamente en el cobijo que la oscuridad les obsequiaba. Apenas podían distinguirse los ojos el uno al otro, pero eso daba igual, la emoción que manaba a través de ellos resultaba tan perceptible como el más llamativo de los metales. Tuvieron que transcurrir unos diez segundos para que Reed se moviera. Se sentó en la silla ubicada en el centro de la sala y pronunció:

–Hazlo de una vez.

El hombre de pelo cano se aproximó a su hijo y le apretó la muñeca izquierda con una mano. Lo hizo con suma firmeza, como si acabara de colocar un grillete para que su copartícipe se viera forzado a escuchar todas y cada una de las palabras que, por lo visto, estaba a punto de pronunciar, a juzgar por su expresión circunspecta y su mirada implorante.

–No, Owen. Seré yo el que lo haga.

–¡Ni loco! ¡Eso no es en lo que habíamos quedado!

–Escúchame. Soy mucho más viejo que tú. Y no tengo en qué gastar mi tiempo. Por eso me dediqué a construir aquel refugio.

–No te lo voy a permitir.

–De acuerdo –determinó con evidente queja el viejo Reed–. Pues, entonces, dejemos que ese maldito canalla se salga con la suya y siga matando inocentes.

–¿¡Qué!? –se sorprendió su hijo–. No puedes hablar en serio…

–Al parecer, es lo que quieres.

–He perdido a mi mujer y a mi hijo. Lo que no quiero es perder también a mi padre, maldita sea.

–¿Crees que yo no he perdido a nadie? ¿Es que ya no recuerdas a tu madre?

–Por supuesto que sí. ¿Qué clase de pregunta es esa?

–Una necesaria porque pareces no entender. O no querer entender. Owen, perdí a tu madre hace ya mucho tiempo. Demasiado… Ahora he perdido a mi nieto. Al único nieto que tenía. –El hombre aflojó la mano y la posó sobre el dorso de la de su descendiente. Incluso la acarició sutilmente–. Ahora, si hago lo que me pides, también voy a perder a un hijo. Por lo menos, si muero yo, el mundo ganará un excelente policía, el mejor que existe. Yo no podré ayudar a nadie; no podré hacer nada por nadie. Tú, en cambio, seguirás poniendo a los criminales entre rejas. Sé que lo harás.

Reed parecía ido. No podía tomar una decisión tan dura como esa así a la ligera, pero tampoco disponía del tiempo suficiente para triturarla bien hasta sacar el grano. Su respuesta debía ser inmediata. Sacudió la cabeza; las arrugas se le marcaron en todas y cada una de las partes de su cara. De haber pretendido encenderse un cigarrillo, estaba seguro que a la primera calada habría vomitado. No tenía otra elección. Su padre estaba en lo cierto, por mucho que a él le doliera. La ley natural dictaba que, en circunstancias normales, a él le quedaban más años por vivir. Asintió con resignación y una aflicción profunda y verdadera. Tras ello, padre e hijo intercambiaron puestos. En esa ocasión, fue el más joven de los dos hombres el que amarró los tobillos y las muñecas del mayor. Esta vez de verdad, con las correas incorporadas en el instrumento para aplicar la pena capital. Tomó la esponja, que descansaba en el suelo, y que previamente su padre se había encargado de mojar en un charco fruto de la fuga de alguna tubería. Con un agua tan sucia como el alma del hombre responsable de toda aquella locura.

–Hazlo de una vez –sentenció el viejo Reed.

El comisario colocó la esponja sobre la cabeza de su progenitor y, a continuación, el electrodo encargado de hacer circular la corriente eléctrica. Antes de retirarse, lo abrazó. No recordaba la última vez que

lo rodeó con los brazos. Probablemente… ¿nunca? Quizás en algún punto de una niñez ya olvidada.

–Lo siento…

–No lo sientas, Owen. Es lo que debemos hacer. Pronto veré a tu madre. Estoy deseando reunirme con ella. Tan solo prométeme que acabarás con ese hijo de puta.

–Por supuesto que lo haré. Te lo juro.

El viejo Reed exhibió una sonrisa que transmitió a su hijo una tranquilidad complaciente. El comisario, por su parte, se retiró hasta la zona en donde se hallaba el trípode con el foco, justo al lado del mecanismo que daba corriente a la silla eléctrica. Respiró pesadamente. No era por necesidad de oxígeno sino de arrojo y valor.

Por fin, presionó el botón y la luz incidió, desde la oblicua trasera izquierda, sobre la máquina fabricada para la aplicación de la pena capital y, por ende, en su padre. La sombra del viejo Reed se proyectó en el suelo. Alargada, dada la escasa altura a la que el trípode mantenía sujeto el foco.

–¡Vamos, aquí nos tienes! ¡Es tu oportunidad de acabar con nosotros! ¿No es eso lo que quieres, maldito cabrón? ¡Donde todo empezó! –vociferó el comisario.

En ese momento, la sombra del viejo Reed mutó de la de un hombre cualquiera a la de un ser atrevidamente amenazador. Como en veces anteriores, aquella silueta oscura tomó volumen y se vio provista de autonomía. Se despegó de donde estaba sentada y se irguió. Con las extremidades cada vez más parecidas a hojas de cuchillos, se aproximó al hombre al que estaba unida por los pies.

Pese a que le costaba horrores, Reed aguardaba al momento preciso. Quería actuar cuanto antes, pero era consciente que así arruinaría su propio plan. Sudaba como un hombre orondo en mitad de una sauna; su corazón palpitaba más que el de un animal a punto de ser desprovisto de su existencia. Y, por supuesto, mantenía la mano agarrada, más bien pegada, al mando que pondría en funcionamiento la silla en la que estaba sentado su padre.

–¡Vamos! ¡Toma mi alma! –gritó con furia el viejo Reed.

El ente oscuro se abalanzó sobre el hombre sujeto por correas

de cuero. Justo en ese momento, sin un atisbo de duda, pero con lágrimas en los ojos, Reed bajó la palanca sobre la que tenía el control. El golpe seco que indicaba el final del recorrido del interruptor marcó el inicio del fin.

La corriente eléctrica circuló a través del electrodo. Gracias a la humedad absorbida por la esponja, se transmitió al cuerpo del hombre destinado al sacrifico. El viejo Reed empezó a sufrir convulsiones. Su cuerpo se achicharraba, como así parecía también hacerlo el ente oscuro a él pegado.

Un gemido gutural salió del ser venido de ultratumba. La electricidad, ciertamente, le estaba causando daño, un daño extremo. La sombra maligna no podía acabar lo que había empezado. No conseguía llegar con sus garras afiladas, ni con cualquier otra parte de su cuerpo que no fuera la unión de los pies, al hombre que estaba sufriendo la descarga eléctrica.

Hombre y sombra, sombra y hombre, estaban sufriendo un dolor extremo. Sus gritos se solapaban. Los quejidos de uno envolvían los del otro, formando así un sonido espeluznante, el alarido de la muerte tras la muerte, el ladrido de un cancerbero herido en un punto crítico.

El ente oscuro terminó por desparecer, como así también pasó con la vida del padre del comisario. Reed subió la palanca hasta su posición inicial y la corriente cesó de transmitirse por el circuito unido a la silla eléctrica. Quería acercarse a su padre, sacar el cuerpo de ahí cuanto antes, alejarse de aquel lugar aniquilador de sensateces. Pero había algo más poderoso que todos aquellos deseos. Quedo, examinó la sombra de su progenitor. La contempló con los ojos de un crío que observa una silueta nocturna desde la cama, un infante que reza a Dios por que no se mueva ni un milímetro. Y, como esperaba, se obró el milagro. La proyección del cuerpo del viejo Reed sobre el suelo cubierto de polvo se mantuvo en su estado natural.

Reed entornó los ojos y agachó la mirada. Sollozó unos minutos, no por la muerte de su padre, a la que ya se había hecho a la idea, sino porque todo había acabado, porque ahora debía enfrentarse a algo mucho más duro que la visión del más horripilante de los seres

infernales como era la muerte de todos y cada uno de sus seres queridos.

26

La copiosa llovizna producía el mismo efecto que el de la más persistente de las neblinas. Centenares de policías, vestidos de gala, abarrotaban el cementerio de Elmwood. Probablemente había más agentes de la ley de Columbia ataviados con sus uniformes azules marinos protocolarios que asistentes de cualquier otra índole o procedencia. Pero todos y cada uno de ellos tenían algo en común: portaban paraguas, en su mayoría de colores tan solemnes como la situación lo demandaba.

–...acoge a Hubert, a Amanda y al pequeño Devin en tu gloria, Señor, para que descansen en paz por el resto de la eternidad –terminó de decir el sacerdote que oficiaba la ceremonia al aire libre. Se persignó, como así también lo hicieron la mayoría de los presentes.

Tres féretros fueron introducidos en sendos hoyos rectangulares excavados en la tierra. Reed había permanecido compungido durante la totalidad de la ceremonia, derramando alguna que otra lágrima en ciertos momentos puntuales, pero lo más contenido posible. Sin embargo, esa vez no pudo ocultar su dolor. El llanto atravesó sus cavidades y lo oyó todo aquel que se encontraba en torno a él y un poco más allá. El comisario derramó cuantiosas lágrimas mientras los ataúdes de madera de pino descendían.

Una salva retumbó en el camposanto.

Ni siquiera el sonido atronador de los tres rifles pareció poder abrir una brizna de claridad en el cielo. El día seguía siendo gris como las paredes de una ciudad regida por la ocupación soviética. A Reed no le importaba este u otro color, que hiciera sol o lloviera a mares.

De hecho, si sostenía un paraguas era para no desentonar con el resto de almas allí presentes, no por el hecho de calarse hasta los huesos. Apenas podía sentir más que su pesar y dolor interno. Su alma estaba tan rota como todas aquellas bombillas que su mujer se había encargado de fracturar a golpe de bate para intentar poner a salvo a Devin. Inútilmente. Pero ya de poco importaba este o aquel suceso. Cualquier pensamiento llevaba al mismo sitio, a la actual situación, en donde sus familiares descansaban en paz y, también, en donde había derrotado a la Sombra. Más bien, al ente venido de ultratumba en busca de venganza gracias a los conocimientos ocultistas de aquel asesino llamado Robert Colton Black.

En cuanto el entierro llegó a su fin, la multitud se dispersó. Pronto el mayor afectado por la muerte de Hubert, Amanda y Devin Reed se quedó a solas bajo la lluvia, que empezaba a volverse más pesada por momentos. Puede que el paraguas lo protegiera de la humedad proveniente del cielo; de lo que no podía ampararle, sin embargo, era de las gotas saladas resultantes de la pena extrema.

–Disculpe, señor Reed.

Aquellas palabras sacaron a Reed de su trance. Se pasó el puño de la chaqueta por las mejillas y se giró, intrigado. ¿Quién había esperado hasta después del sepelio para darle el pésame, y más bajo aquel tiempo inclemente que no invitaba a permanecer allí ni un segundo más del necesario? Al momento, lo descubrió, pero aquella cara no le sonó de nada.

–¿Sí?

–Antes de nada, me gustaría decirle que lo siento mucho –expresó aquel hombre. Su traje y su camisa no resultaban especialmente llamativos, mas no vestía de luto como el resto de asistentes ya de vuelta a sus hogares. –Debe de ser un palo muy duro. No quiero ni imaginarme por lo que está pasando. Le deseo mucho ánimo.

–Muchas gracias –contestó Reed, que acababa de fruncir el ceño. Trató de hacer memoria, de poner aquel rostro con ojeras pronunciadas y de tez paliducha asaltada por el acné en algún lugar en común, pero resultó una tarea vana. Por ello, no le quedó otra que

preguntar–: Perdone, ¿nos conocemos?

–Sí y no. Me llamo Henry Duckstein. Yo fui quien… le proporcionó el material fotográfico a la inspectora Rutherford. Que en paz descanse. Estuve en la ejecución de la Sombra. De hecho, fui yo mismo quien realizó todas esas fotos. Nos presentaron aquel día, pero puede que no se acuerde de mí. Apenas intercambiamos un saludo y un apretón de manos.

El comisario escudriñó todas y cada una de las facciones del hombre frente al que se encontraba. Resultaba más que patente que no estaba allí para acompañarle en su dolor. Lo que sí se manifestaba como evidente era su mal aspecto, y que tenía alguna pretensión en mente, así que lo mejor fue preguntarlo sin ambages.

–¿Qué es lo que busca?

–Sé que no es el mejor momento, pero… –Duckstein parpadeó con el ojo izquierdo un par de veces, algo más como un tic nervioso que como una acción consciente. Tras ello, pasó de la cortesía más absoluta a usar un tono con disimulada agresividad–. Oiga, hace ya un tiempo de aquello. Bastante, a decir verdad. De lo de entregarle aquellas fotos a la inspectora me refiero. Ella murió, así como su marido, el sargento Rutherford. Mi contacto, realmente. Bueno, eso ya lo sabe. Supongo que tendría que darle cuentas a usted cada vez que «negociaba» con la prensa. He investigado, ¿sabe? Y resulta que todos sus hombres de confianza también fallecieron. En un período de apenas unos días. Algo huele raro aquí y siento que la noticia se me escapa. No tengo ni idea de si eso tiene relación con el favor que les hice. Lo que sí sé es el acuerdo al que llegué con ella. Así que, con el debido respeto, le insto a que me proporcione la información que me debe. No ahora, por supuesto. En un ambiente más relajado. Pero tampoco se demore, si es demasiado tarde puede que la información no me valga de nada.

–¿Viene al funeral de mi familia a decirme todo esto? Debería partirle la cara aquí mismo –amenazó Reed a su imprevisto interlocutor.

–No se ofenda, comisario. Solo quería informarle. Me marcharé ahora mismo. Póngase en contacto conmigo cuando se encuentre

mejor, se lo ruego. –El periodista se sacó una tarjeta del bolsillo y, sujeta mediante los dedos índice y corazón, la acercó a su sorprendido interlocutor.

El hombre enviudado se quedó mirando con desdén el pequeño cartón de color hueso. Finalmente, extendió el brazo y lo tomó. Le echó un vistazo, más como un gesto de cortesía que como a algo que le generara interés alguno.

–Ya nos veremos las caras. Prepararé la carnaza para usted.

–Eso espero, señor Reed. Y le ruego que no alargue mucho la espera.

El periodista se marchó siguiendo la línea imaginaria que formaba una serie de lápidas, protegido de la lluvia por un paraguas de cúpula morada, ensombrecido por el cielo encapotado sobre la ciudad de la soda.

27

Lo primero que hizo Reed fue tomarse unos días libres.

Alejado de comisaría y de todas las obligaciones que ello conllevaba, trató de descansar. Pero no tuvieron que pasar ni veinticuatro horas para comprender que no era capaz de permanecer en su casa. Tanto el olor de su mujer como el de su hijo persistía en el hogar, y eso le atormentaba de tal forma que le impedía pegar ojo. Y aun de hacerlo, ¿a qué precio sería? Las pesadillas lo avasallarían; acabarían de rematar su trastocada cordura. Por eso, la primera noche decidió marcharse sin dar más vueltas al asunto. Se subió a la Dodge RAM de su padre (que ahora le pertenecía a él) y condujo. La piel cilíndrica le resbalaba entre las manos en cada curva, ya fuera a izquierda o a derecha. En las rectas, especialmente en cada semáforo, Reed la estrujaba como si quisiera sacar zumo de la pieza negra con forma de aro. Primero pensó en ahogar sus penas en el alcohol. Así olvidaría sus problemas momentáneamente; puede que hasta las viera desde una perspectiva menos pesimista. Sin embargo, el hecho de ver alterado su estado de ánimo y autocontrol pronto le llevó a desechar esa idea. Una mente nublada podía acarrear un acto suicida si el estado de embriaguez era lo bastante poderoso como para dominar por completo los receptores cerebrales. Inaceptable, por supuesto. Había sacrificado demasiado como para tirar todo por la borda. También había acordado con su padre destinar el resto de su existencia a ayudar a los demás, aunque fuera a través de las tareas inherentes a su cargo policial.

Entró en el establecimiento frente al que había estacionado. Y cambió el *whiskey* por un café bien cargado. Le echó azúcar. Dos terrones. Lo bebió sin prisa y trató de endulzar la amargura que le

consumía por dentro. Reflexionó acerca de qué era lo mejor para él, para su turbado cerebro, y solo se le ocurrió una cosa. Una que no le pertenecía, pero que le valía, a fin de cuentas.

De nuevo con el volante de la Dodge RAM entre las manos, encendió un cigarrillo, así como el motor de la camioneta, y salió de Columbia en dirección este. Le llevó tres horas llegar a su destino. Bajó del vehículo y, en la oscuridad de la noche, anduvo iluminado a ráfagas por la potente lámpara del faro en el que había servido su padre y al que había continuado yendo después de la jubilación. Los aires del Atlántico despejaron su mente. O puede que fueran los efectos del café y el azúcar. Fuera como fuese, respiró la brisa de mar, que pareció henchir sus pulmones de una vitalidad inaudita dadas las circunstancias. Y, entonces, tras perder la noción del tiempo, y cuando creyó que el amanecer estaba cerca, se sentó en una roca a esperar.

Empezó a amanecer.

Reed contempló con auténtica fascinación la salida del Sol. Su existencia se limitó a observar la franja del cielo sobre la inmensidad del mar. La pesadumbre que lo había estado arrastrando hacia el centro de la Tierra navegó a la deriva. Y, así, pasaron las horas. Realmente, el comisario no pudo afirmar cuántas habían sido, pues había perdido la noción del tiempo, aunque, a juzgar por la posición de la descomunal esfera incandescente que alumbraba el mundo, el día ya pasaba de las once.

No pensaba regresar a casa bajo ningún concepto (salvo fuerza mayor, claro está; algo como un incendio o una catástrofe parecida), pues los recuerdos lo volverían a atormentar. De eso estaba seguro. ¿Y si se instalaba en la casa de su padre? Al fin y al cabo, ahora formaba parte de su propiedad. Si no vivir allí, al menos sí permanecer hasta que decidiera retomar sus labores policiales, puesto que, debido a la distancia, la inhabilitaría para ir y volver de casa al trabajo, y viceversa, a diario. Con aquella idea, condujo con toda la tranquilidad del mundo. Aparcó la camioneta de cualquier manera en el jardín (no se molestó ni en meterla en el garaje). Antes de entrar en la casa echó una mirada a la trampilla de acceso al búnker construido por su progenitor. La visión de aquella entrada a un microcosmos angosto y

subterráneo le dio escalofríos. Y más pensando en lo que había perdido allí: parte de su alma y otro tanto de su corazón. Los párpados de Reed hicieron la función de velos, no porque el hombre no quisiera acordarse de su hijo, sino porque se encontraba en paz en aquel momento y no quería atormentar a su espíritu nuevamente por lo que restaba de día. Y, así, entró en la vivienda.

En el interior de la casa no tenía mucho que hacer. Quizás limpiar un poco y ordenar a su gusto todos las cosas allí existentes; guardar la mayoría de ellas en cajas, principalmente la ropa. Pero le pareció que no era momento para eso, así que decidió que se encargaría de ello al día siguiente nada más despertarse. Por consiguiente, se sentó en el sillón del comedor. Allí se puso a ver la televisión. Nada de noticias ni de telerrealidad. Pasó los canales hasta encontrar una comedia acerca de un extraterrestre peludo al que ocultaba una familia acomodada. Pasó un rato agradable; incluso soltó un par de risotadas. Cuando terminó aquella serie titulada *ALF*, buscó más seriales con los que dejarse llevar a un lugar placentero y confortable.

A la hora y media, se quedó dormido.

***

Su propia tos lo despertó. Tardó unos cinco minutos en despejarse y otros dos en desentumecerse. Se acercó a la pila y llenó un vaso con agua del grifo. Se lo bebió como si llevara días sin hidratarse. Miró por la ventana, pero no vio nada más allá de sus pensamientos. La evasión había sido útil, reconfortante en cierto sentido, pero su corazón rogaba por la compañía de su mujer y su hijo. Así que Reed se echó mano a la cartera, dispuesto a contemplar una pequeña fotografía que llevaba consigo de Devin y Amanda.

Algo le detuvo.

La visión de una pequeña cartulina rectangular de un blanco sutilmente amarronado le recordó el compromiso establecido dos días atrás. Sacó la tarjeta y la puso junto al teléfono. No llamó al instante, pues no quería tratar con aquel periodista sin modales. Si había llevado a cabo aquel movimiento de mano, aunque fuera con desgana, se debía a la obligación moral de cumplir con su parte del trato,

aunque hubiera sido establecido por terceros, los cuales ya ni siquiera se encontraban con él en esa realidad.

Al tercer tono, cuando advirtió que la línea se establecía, Reed estuvo a punto de colgar.

–¿Sí? ¿Dígame?

El hombre que acababa de hacer girar el dial se mantuvo callado.

–¿Sí? –insistió la persona que había recibido aquella llamada–. Henry Duckstein al habla.

–Señor Duckstein…

–El mismo. ¿Con quién hablo?

–Soy Owen Reed.

–¡Comisario…! –sonó con evidente sorpresa, a la par que entusiasmo, el hombre al otro lado de la línea–. Qué alegría oírle. ¿Se ha decidido ya?

–Me temo que sí –contestó Reed sin ocultar su tremenda desidia.

–Estupendo –expresó Duckstein–. Pásese por mi oficina mañana a primera hora. ¿Le va bien? Oh, dígame que le va bien.

–Eh… –vaciló el comisario–. Verá: si realmente quiere que le cuente todo lo sucedido, tendrá usted que venir a mi encuentro. Estoy en la antigua casa de mi padre. ¿Está de acuerdo?

Duckstein dejó escapar un resoplido, tan resonante que no se había molestado en disimularlo de algún modo, ya fuera alejándose el auricular de la cara o conteniendo la impetuosidad de su respiración con la cara interna de los labios.

–Qué quiere que le diga. Me tiene usted a su voluntad. Si es tan amable de darme la dirección…

–Va a tener que coger el coche. Apunte.

Reed era consciente de la ubicación recóndita de la vivienda de su difunto padre, así que dio pelos y señales a Duckstein para que este pudiera encontrar lo más fácilmente posible la casa. Después de que el periodista apuntara bien todo en una libreta, la comunicación se cortó de forma deliberada por parte del ejecutor de la llamada.

A aquella conversación, sucinta y carente de armonía, le siguió

un paseo por el bosque. Hablar con aquel periodista, pero sobre todo ceder a sus peticiones (razonables, por otra parte), le había revuelto las tripas. Solo un paseo al aire libre podía servirle de ayuda. Por ello, el comisario se alejó de la casa. Sin mesura. Algo en su interior, casi un instinto más que un pensamiento lógico, le instaba a perderse sin importar que sufriera cualquier tipo de percance. De la índole que fuera, incluso mortal. Le sobrevino la necesidad de vomitar, y no rechazó aquella sensación. De hecho, la deseó. Deseó expeler fuera de su organismo, junto con los jugos gástricos, todo su malestar. Pero eso fue todo, un anhelo y nada más, a pesar de la larga hora de caminata (entre ida y vuelta).

De regreso a la casa, el comisario se detuvo antes de ingresar en ella. Se quedó observando la entrada al búnker como quien mira fotografías de un pasado indeseado. Ni quería ni pretendía ocultarse nunca más. No solo allí, sino en cualquier otro lugar, sin importar las condiciones que lo rodearan. Además, aunque hubiera dado sepultura a Devin en el cementerio de Elmwood, para él aquella obra subterránea siempre significaría la tumba de su vástago. Su sentimiento le llevó a dirigirse al garaje. Entró por la puerta principal y abrió el portón desde dentro. La luz natural invadió el local. Allí, con claridad suficiente para diferenciar cada objeto, entre los aparejos del viejo y desaparecido Reed, tomó algún material de obra, previamente seleccionado, y lo transportó con una carretilla hasta la entrada del búnker. Primero mezcló el cemento con agua y, con una paleta, comenzó a untar la pasta en cada ladrillo que fue colocando.

Después de una media hora de reloj, por lo que advirtió tras echar un vistazo a su muñeca, el hombre enviudado consiguió obstruir la entrada.

28

El timbre sonó.

Sabía quién estaba al otro lado de la puerta, por eso Reed bajó con deliberada parsimonia las escaleras que lo ponían en la planta principal. Que esperara su invitado. Por él, como si decidía darse media vuelta y regresar al lugar del que provenía, en donde tendría otra noticia que cubrir, por insustancial que resultara. Todos los días sucedían tragedias, ¿por qué no se olvidaba de la suya? Al repensar dicha cuestión, a Reed se le escapó el aire a través de la boca junto a una sonrisa emponzoñada por el desprecio. Por supuesto, su tragedia iba a dar que hablar, largo y tendido, y la opinión pública echaría mierda, mucha mierda, sobre el cuerpo de policía. Lamentablemente, debía cumplir el acuerdo establecido por la inspectora Rutherford. Su amiga Elizabeth Rutherford.

Abrió la puerta. Y el mal aspecto de Henry Duckstein le agitó.

–Joder, ¿ha dormido usted algo?

–La verdad es que no mucho. No le quiero engañar. Esta entrevista es de vital importancia para mi carrera.

–Pero ¿qué dice? Usted ya es un periodista con años de trayectoria.

–Me huelo que lo que tiene usted que contarme es algo gordo. Y cuando se trata de ascender en el negocio, hay que tomárselo muy en serio. Uno no llega a lo más alto cubriendo las mismas noticias. El escalón que pone a uno en la cima es difícil de superar.

Reed permanecía en el recibidor de la casa de su difunto padre, pero antes de invitar al periodista a pasar, dio un paso al frente y puso

medio cuerpo más allá del umbral de la puerta. Observó el cielo, cubierto por un nimbo extenso y plomizo, portador de frío. Si en algún momento iba acompañado de lluvia, eso le daba igual. Volvió a mirar al frente, más en concreto a su interlocutor, y agregó:

–Está usted pálido. Casi parece un fantasma. Hágase un favor y en cuanto salga el sol, tómelo un poco.

–Descuide, señor Reed –contestó Duckstein–. En cuanto concluya la cobertura de esta noticia, me tomaré unas buenas vacaciones. Y, entonces, tendré tiempo más que de sobra para cambiar el estado de mi piel. Ahora, si no le importa, ¿puedo pasar? ¿O prefiere que hablemos en el jardín?

Reed se apartó con desgana e hizo un gesto con el brazo que invitaba a acceder a la casa al periodista. Este siguió las indicaciones del comisario y se sentó en una de las sillas junto a la mesa baja de la cocina.

–¿Té? ¿Café?

–Nada, muchas gracias. Solo quiero la información.

–Si no le importa, yo me tomaré una tila.

Duckstein sacudió la cabeza, dando a entender que por él no había ningún inconveniente.

–¿Está usted nervioso? –inquirió.

–Si supiera de antemano lo que voy a contarle, usted también lo estaría.

–Me tiene intrigado, comisario.

Reed puso el agua a calentar en uno de los fogones de la cocina. Se dio la vuela y sacó su cajetilla de Winston. Le dio un par de golpecitos con el dorso de la mano para que asomara uno de los cigarros. A continuación, preguntó, más como una cortesía que como para obtener permiso:

–¿Le importa?

–En absoluto.

La llama de una cerilla enseguida prendió el tabaco y el olor a nicotina se extendió por todo el lugar, y más cuando Reed dio la primera calada y echó el humo fuera de sus pulmones. Duckstein, por su parte, esperaba pacientemente abstraído en la ventana, a pesar de

que desde su posición no alcanzaba a ver lo que había afuera.

–¿Y bien? –habló el periodista, dado que su anfitrión solo se limitaba a absorber el humo compulsivamente.

–Es complicado –se excusó Reed–. Verá, nadie sabe lo que le voy a contar. El único motivo por el que he accedido a quedar con usted es porque Elizabeth se lo debía. Yo le pedí aquellas fotos; ella solo hizo de intermediaria.

–Eso me da igual, señor Reed. Yo cumplí mi parte del acuerdo. Y solo quiero recibir lo que me corresponde.

El comisario gruñó. Aquella voz era humana, pero bien podría haber pertenecido a un can. El sonido del vapor de la tetera dejó la incipiente irritación de Reed en un segundo plano y este echó el agua hirviendo en una taza. Tras poner dentro una bolsita con la tila, quiso beber, pero la infusión estaba demasiado caliente, así que en su lugar articuló:

–¿Recuerda el asesinato del ex alcaide Cunningham?

–Ajá. Tremendo…

–Mi equipo fue incapaz de dar con una mísera pista con la que intentar resolver el caso. No teníamos nada. Estábamos perdidos, como nunca. Después de ello, los miembros de mi equipo empezaron a caer. Al principio no vi la relación por ningún lado. Pero después, pensando en ello detenidamente, entendí que los unía un acontecimiento. –Parecía que Reed iba a seguir con su revelación, pero nada más lejos de la realidad. El mutismo se instaló en aquel hombre atormentado por la muerte de su familia, y tan solo se limitó a mirar a su invitado a los ojos.

–¿Cuál? Me tiene en ascuas.

–Eh… –Bebió un sorbo de tila, aunque con ello se quemara la punta de la lengua, y continuó como si nada–: El encarcelamiento y la ejecución de la Sombra.

–¿De qué sombra? –preguntó, contrariado, Duckstein.

–¿Cómo que qué sombra? Robert Colton Black, por supuesto. Alias la Sombra.

–Pero… ¡Pero si está muerto!

Reed respiró honda y sonoramente. Tras ello, explicó:

–Es cierto… hasta cierto punto.

–No me diga más. ¿Algún tipo de fanático continuista? Una especie de vengador.

–Sí, una venganza, pero no en la forma en la que está usted pensando.

–No le sigo.

–Verá, ¿y si le digo que los fantasmas existen? ¿Qué la Sombra vino desde el más allá para resarcirse de aquellas personas que se vieron envueltas, de una u otra forma, en su ajusticiamiento? Más bien, que fueron testigos directos de su muerte y que, por supuesto, se alegraron de ello.

–Oiga, ¿me ha hecho conducir hasta aquí para esto? Teníamos un trato, y usted lo está rompiendo. Si quería reírse de mí podía haberlo hecho en Columbia. No hacía falta hacerme venir hasta el culo del mundo.

–¡No le estoy mintiendo! –espetó Reed–. Ese cabrón acabó, no solo con la vida de mis hombres, también con la de mi familia. ¿Cree que jugaría con algo tan sagrado como eso?

–Ha perdido la cabeza, comisario. La muerte de su mujer y su hijo le ha afectado. Está delirando.

–¡Escúcheme, maldita sea! No estoy loco. Yo mismo tuve que enfrentarme a él. Lo vi con mis propios ojos. No solo yo; el resto también. Pero ahora están todos muertos para corroborar mis palabras. Mi padre fue el último en morir. Robert Colton Black regresó de la muerte en forma de Buscador de Almas. Una especie de ente maléfico que se manifiesta en forma de sombra. Como la que usted y yo proyectamos cuando nos ponemos delante de la luz. No puedo ofrecerle pruebas; solo puedo decirle lo que pasó. Investíguelo. Y si no me cree, tome las represalias que crea convenientes contra mí. Ahora, si no tiene ninguna otra pregunta, váyase de mi casa.

Duckstein se quedó callado con los ojos puestos en su supuesto confidente, con la boca hecha un trapo apretujado. Reed, por su parte, al que no le faltaban ganas de propinar un puñetazo a aquel periodista incrédulo, se mordió el labio inferior mientras intentaba domar la mirada conminatoria de la que era destinatario.

–Está bien, señor Reed –contestó, tras un inacabable cuarto de minuto, Duckstein–. ¿Sabe qué? Me cuesta tomar en serio sus palabras, pero por alguna razón le creo. Lo investigaré. No le quepa ninguna duda. Pero si no encuentro nada… Si averiguo que todo lo que me ha contado ha sido solo para reírse de mí…

–No lo es –atajó, con excesiva circunspección, el ahora dueño de la casa.

Un molesto chirrido avisó a Reed de que su invitado estaba a punto de abandonar el inmueble. El periodista acababa de retirar su asiento de forma brusca y, se podría afirmar, intencionada. Como si en vez de un «se lo aviso» expresado de forma verbal lo hubiera enmascarado con dicha acción. Sin más diálogo ni ninguna otra operación de carácter ambiguo, se dirigió a la salida, seguido por su anfitrión. Una vez fuera, elevó el mentón. La gran nube estaba a minutos de dar paso un inmenso claro azul.

–Parece que voy a tener suerte.

Reed también miró al cielo. Bien alto. La postura le obligó a levantar las cejas. Y le invitó a relajarse, en un inminente baño de sol exento de compañía indeseada.

–Perdone mi intromisión. No he podido evitar fijarme en la obra que tiene montada aquí fuera. No le dije nada antes por prudencia.

Aquellas palabras devolvieron a Reed a la tierra, allí donde residían sus penas y preocupaciones, lejos de la libertad albiceleste que iba proclamar su victoria definitiva sobre el manto de acero y cenizas que había reinado aquella jornada desde mucho antes del amanecer.

–¿Qué se supone que es esto? ¿Un búnker?

La pregunta sacó a Reed de la casa. Tras dejar atrás la extraña confortabilidad de un hogar vacío, se posicionó junto a Duckstein para poder hablarle en un tono discreto, pese a que no vivía nadie a cinco kilómetros a la redonda.

–Oh, nada importante.

–¿¡Nada importante!? ¡Tiene usted un maldito búnker! Después de lo que me ha relatado… Perdone si pienso que ha perdido la razón.

–Créame. Eran cosas de mi padre. Por alguna razón tenía la creencia de que la mejor forma de protegernos de un hipotético ataque soviético era construyendo un refugio. Vivía un pelín obsesionado con esos temas.

–¿Y se ha encargado usted de taparlo?

–Me trae muy malos recuerdos. Pero ese es un tema del que no me apetece hablar ahora mismo.

–Tranquilo. Sé de lo que habla.

–¿Disculpe?

–El pequeño Devin, ¿no es así?

–¿Cómo sabe…? ¿Quién coño es usted?

Duckstein volvió a mirar a la inconmensurable nube que viajaba por el cielo. La claridad se intensificaba. Los primeros rayos solares estaban a punto de incidir sobre aquella parte de la Tierra. Mientras eso pasaba, el periodista pronunció:

–¿Sabes, Reed? Hubo más gente en esa sala.

–¿Qué sala? –El comisario dio un par de pasos atrás y amplió el espacio que le separaba de su interlocutor.

–La sala de ejecuciones –prosiguió Duckstein–. Allí, además de tu equipo, además del alcaide, había funcionarios…, familiares…, y periodistas…, como yo. –El párpado izquierdo empezó a abrírsele y cerrársele. Con ligereza involuntaria. Tenía un tic.

–No lo comprendo… No… Tú no puedes ser…

–La Sombra –desveló, finalmente, el hombre de aspecto enfermizo.

–¿Cómo? ¿Cómo es posible? Te matamos.

–¿De verdad? Hace falta mucho más que una descarga eléctrica para acabar con un espíritu. Es cierto que me dolió. Y mucho. Me vi obligado a desaparecer. Y eso me recordó que debía dejar de jugar contigo y tomarme las cosas más en serio. Así que fui a por otro de los hombres que fue testigo de mi ejecución.

–Henry Duckstein.

–Exacto. El mismo que está frente a ti. Alguien cuya alma podía poseer y así dar fin al ciclo. Pero no le mires como al periodista miserable que era. Ya no es él. Poseo su cuerpo. Y también sus

recuerdos. Pero lo mejor de todo es que ahora su voluntad es la mía. ¿Sabes lo que eso significa?

Reed se limitó a inspirar con un temor que le había calado hasta los mismísimos huesos.

–Que he dejado de ser un Buscador de Almas. Y me he convertido en algo mucho más poderoso. Ahora puedo sentir. Como tú, Reed. –La Sombra, apoderada del cuerpo de Duckstein, sonrió de medio lado mientras en el ojo izquierdo se volvía a instaurar su tic característico–. Podré disfrutar del tacto cada vez que arranque la vida a un ser humano. Oler el aroma de la muerte. Saborear la sangre, incluso, mientras disfruto de tal visión. Y oír el dulce sonido de los últimos estertores de quien deja de existir. Pero eso no es lo mejor…

Reed, de forma disimulada a la par que vacilante, retrocedía caminando hacia atrás.

–Ah, ¿no? ¿Y qué es? –preguntó obligado por las circunstancias.

La comisura de los labios de Duckstein se perfiló afilada. Y la Sombra reveló:

–Que podré hacerlo en un cuerpo nuevo cada vez. Quería que tú fueras el primero. Darte ese privilegio. Bueno, más bien, dármelo a mí.

El Sol, como había estado anunciando, terminó por descubrirse en lo alto.

Primero con unos tímidos rayos; enseguida en toda su efervescencia. El tono apagado del mundo mudó a uno mucho más vivo. Las hojas de los pinos se revelaron de un verde amarillento urente y sin armonía. La casa del viejo Reed invitaba a que la volvieran a habitar. Pero cuando Reed quiso dirigirse a ella se dio cuenta de que algo se interponía en su camino. Algo de lo que tenía serias dudas que tuviera un ápice de humanidad, aunque su silueta fuera la de un hombre. La luz había provocado que el cuerpo de Duckstein se tornara negro, más grande y mucho más amenazador. Cambiado radicalmente de aspecto, ahora la Sombra se veía como un *bigfoot* embadurnado de brea.

Reed estaba convencido: tenía en frente al Buscador Siniestro. Y si la Sombra como Buscador de Almas ya le había parecido temible,

con aquella nueva apariencia su zozobra se acababa de multiplicar exponencialmente.

Aquel monstruo de formas grotescas parecía tremendamente poderoso. Por lo que, si el comisario corría hacia la casa, lo más probable era que fuera alcanzado antes de llegar. Lo siguiente en lo que pensó fue en introducirse en el refugio subterráneo. Por eso, y a la desesperada, Reed comenzó a propinar golpes a la entrada a nivel de suelo, pero el eficiente trabajo realizado con ladrillos y cemento le impidió crear una abertura. Y no disponía de tiempo para insistir en su acción. Más cuando el Buscador Siniestro se aproximaba inexorablemente hacia él. Sin sitio en el que esconderse, al comisario no le quedó más remedio que huir en busca de una zona exenta de luz solar directa. Si tenía que enfrentarse a alguien, que al menos fuera al que un día fue Duckstein y no a un temible ser de casi tres metros y cuerpo oscuro como la noche más cerrada.

Corría por el bosque perseguido por el Buscador Siniestro sin saber hacia dónde dirigirse. Reed atravesaba las incontables salpicaduras oscuras producidas por las copas de los pinos con el único propósito de encontrar una zona lo suficientemente sombría. En vano y con padecimiento. En aquel momento del día la luz ya había ganado la batalla a las sombras. Los nimbos, de camino al sureste, pronto descargarían su insolencia sobre las embarcaciones del océano Atlántico. Como así también lo haría el ogro hecho de oscuridad sobre el comisario, si nada cambiaba.

Sin aliento, en parte por el sobreesfuerzo, en parte por efecto del miedo extremo, Reed empezó a disminuir la velocidad de carrera. Trastabilló y perdió el equilibrio. Por ende, la distancia que lo separaba de la Sombra disminuyó. Volvió a adoptar una posición erguida. Con sus esperanzas puestas en el avistamiento de alguna construcción (lo mismo daba que fuera para el uso agrícola o destinada a la habitabilidad), movió las piernas con presteza y ligera descoordinación. Huía como un animal indefenso perseguido por perros de caza. También reclamó al cielo por un día de tormenta. Pero ya no había nubes. Aquel azul radiante se volvía más tenebroso que la más profunda de las marismas.

Cansado, agotado, derrotado, física y mentalmente, y sin atisbo de una arboleda lo suficientemente tupida que le proporcionara una cama de sombra en la que descansar, el comisario terminó por hincar las rodillas en el suelo. Había quedado claro que si tenía que luchar no iba a ser contra el cuerpo de un hombre, sino contra un ser nebuloso y ciclópeo cuya fuerza parecía exceder con creces la del más robusto de los seres humanos.

No llegó a haber pelea; solo sometimiento.

Los huesos, músculos, articulaciones, incluso el alma, los recuerdos y la voluntad de Reed pasaron a manos de la Sombra. El Buscador Siniestro no solo acababa de tomar posesión del organismo de Reed, sino marcar el inicio de una época para la que el mundo de los inocentes no estaba preparado.

Por favor, deja tu valoración y un comentario para poder ofrecerte, así, nuevas y mejores historias con las que puedas seguir disfrutando.

Tu opinión me importa y me interesa.

También te animo a que compartas en tus redes sociales información sobre esta novela para que de esa forma otras personas puedan saber sobre ella.

Muchas gracias.